

AÑO 1 - NUMERO 2 - \$a 145.-

# DARSEC MANS

CIENCIA · FICCION

REVISTA

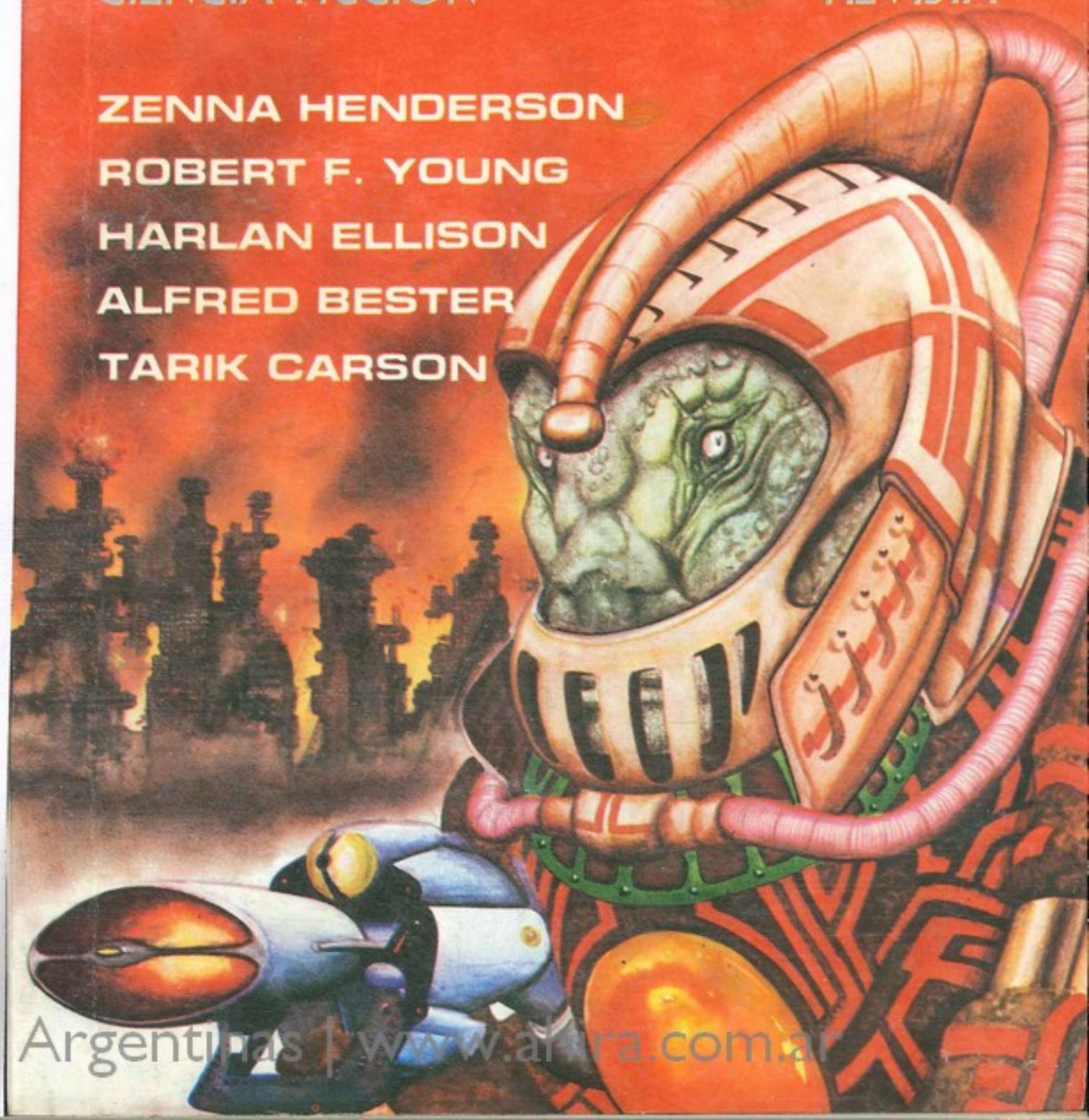
ZENNA HENDERSON

ROBERT F. YOUNG

HARLAN ELLISON

ALFRED BESTER

TARIK CARSON



DIS-1086  
Contd.



CIENCIA-FICCION

REVISTA

AÑO 1  
NUMERO 2

———— DIRECTOR EJECUTIVO ————  
DANIEL RUBEN MOURELLE

———— DIRECTOR EDITORIAL ————  
SERGIO GAUT VEL HARTMAN

———— COLABORADORES ————  
Pablo Ruina, Graciela Parini, Horacio Seto, Cecilia Polisena,  
Alejandro Schwerdel, Pablo Román, Carlos Sánchez,  
Norma Dangla, Verónica Figueirido, Tomás Mooney  
Miguel Doreau, Esteban Paes, Omar Comín

———— PRODUCCION Y DISEÑO GRAFICOS ————  
Taller de Ediciones Independientes  
855 - 3472 / 854 - 9982

Impreso en el mes de junio de 1984  
Dibujo de tapa: Esteban Paes



Aparece mensualmente. Las menciones que se publican, incluidas marcas, ilustraciones y precios tienen el carácter exclusivo de servicio y su publicación no implica responsabilidad o compromiso, excepto el informativo. PARSEC no recibe remuneración alguna por la información que publica.

Parsec Ciencia Ficción Revista es una publicación de Ediciones Filofalsía (Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Buenos Aires, República Argentina). Distribuidor en Capital Federal: Mateo Cancellaro e Hijo (Echeverría 2469 - 5o. C). Suscripciones e informes: C. C. 200, Sucursal 53 (B), (1453) C. F. Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723. (c) 1984, Ediciones Filofalsía. Prohibida la reproducción total o parcial. Registro Nacional del Derecho de Autor en Trámite. Impreso en la Argentina.

## EDITORIAL

En consideración a que Parsec se propone presentar relatos pertenecientes a todas las líneas del género (tuvimos ladrones de planetas e inseminadores de mesías, cuerpos de tercera categoría y piedras charlatanas, creadores de laboratorio casero y viajeros espaciales desmaterializados) vaya este puñado de nuevas muestras de lo que se escribió (y se sigue escribiendo).

El relato que podríamos denominar "central" de Parsec/2, "Las penurias por el agua", se apoya en uno de los temas básicos de la ciencia ficción: la llegada a la Tierra de seres de otro planeta, en este caso los primeros "náufragos" del Pueblo. Y Harlan Ellison apela al viaje temporal y dentro de esta vertiente a su aspecto más atractivo: la paradoja. "El abismo de Tártaro" mezcla el viaje hiperespacial con elementos mitológicos y bíblicos. Bester recicla un tema identificable con el género mismo (aunque prefiero no adelantar nada) y Tarik Carson fusiona elementos del "space opera" en un marco social que evoca al muy vigente 1984 de Orwell...

Una vez más cabría hablar de las posibilidades inagotables de la literatura fantástica. Pero aún así nos quedaríamos cortos. Sturgeon la parangona con la poesía, aunque a veces hay poesía en cuentos durísimos, estructuras metaliformes uniéndose en gravedad cero para catapultarse a distancias enormes, distancias que sólo pueden medirse en parsecs.

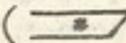
Tal unidad en la diversidad nos remite al poderoso factor común, tan común que por pura sinonimia proporcionó los nombres de todas las grandes revistas del género: del "sense of wonder" derivan *Amazing* y *Fantastic*, *Astounding* y *Unknown*, *Galaxy* e *If*. Sorpresa. Excitación. Distancias infinitas. Realizaciones en el límite mismo de las posibilidades humanas.

Estos cinco relatos encierran así, como entre cuatro paredes (las cuatro paredes que nos suelen limitar cuando leemos en casa) una especie de espacio topológico inmensurable. ¿Acaso no empieza a parecerles que las aristas del cubo habitual se proyectan hasta formar un tesseract?

A decir de Elvio Gandolfo, Robert F. Young (1915) "es un efectivo Bradbury menor". Un escritor curiosamente marginado porque no ha escrito novelas y ninguno de sus dos volúmenes de cuentos ha sido traducido al castellano, aporta suficientes elementos efectivos en cada uno de sus trabajos como para que pensemos tenerlo con frecuencia en estas páginas.

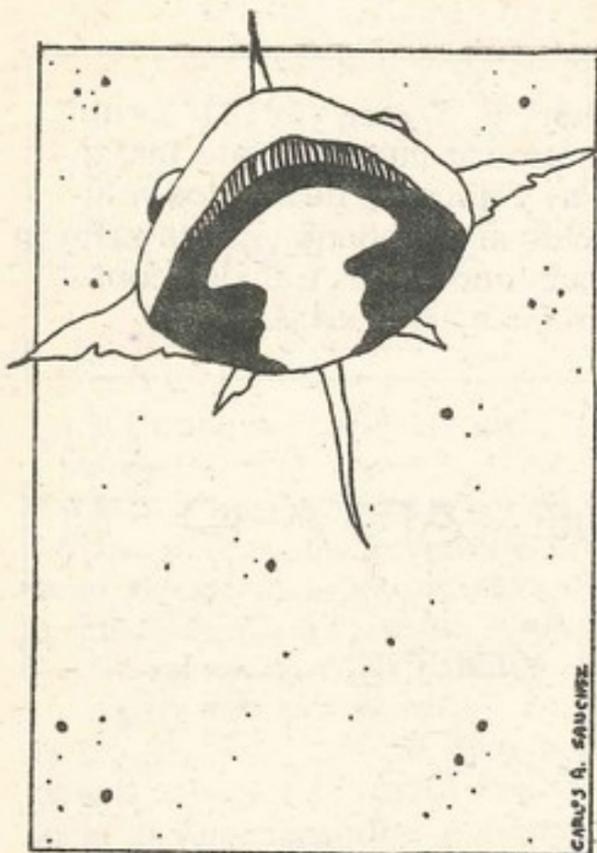
## EL ABISMO DE TARTARO

Robert F. Young

() Consideren a la ballena. Observen a este pavoroso leviatán del tiempo y del espacio. Antes de su captura tenía la piel dividida y agrietada, su vasto vientre convertido en un laberinto. Tenía dos ganglios, uno de los cuales fue pasado por alto por sus captores. Pero cuando el primero fue destruido, el segundo quedó dañado, y la ballena estaba más muerta que viva cuando fue remolcada a los astilleros orbitales de Altair IV. Allí se la sometió a la conversión y se la transformó casi completamente en una nave. Ahora su superficie está pulida y se le han embutido portillas. Esclusas hechas por los hombres abren el camino hacia su vientre; las compuertas de los botes salvavidas se amontonan a ambos flancos. El laberinto se ha convertido en un comple-

jo de cubiertas y cabinas, camarotes y bodegas. Hay un puente equipado con lo último en instrumentos de astrogación. Un jardín hidropónico autosuficiente asegura las reservas de oxígeno, y máquinas autosuficientes proveen una temperatura media de 21 grados y una gravedad constante de 1. Hay una cocina equipada con una abundante despensa. Un sistema hidráulico cerrado provee el agua, caliente y fría, a cien diferentes canillas. Los únicos segmentos de sí misma que la ballena puede considerar propios son su segundo ganglio, su estómago desgarrado y abierto y su tejido conductivo.

¿Una ballena? No, no puede ser llamada realmente una ballena. Pero tampoco puede ser llamada realmente una nave. ¿Qué nave ha existido



CARLOS A. SAUCHEZ

jamás que pueda ver en su interior y al mismo tiempo muchos parsecs hacia adelante? ¿Que pueda con la misma facilidad viajar por el Mar del Espacio y sondear el Mar del Tiempo? ¿Que pueda pensar con absoluta lógica? No, no puede ser llamada nave ni ballena. Sólo puede ser llamada "la ballena de Starfinder" por el hombre que le curó el segundo ganglio y la liberó de los astilleros orbitales, el mismo que ahora está de pie en el puente, su capitán y único pasajero, ese que mira por la pantalla central hacia el Mar del Tiempo.

 Consideren a Starfinder. Observen su pose clásica mientras está de pie mirando el interior del tiempo. Es la pose de un hombre condenado —no por su prójimo, sino por sí mis-

mo. Porque hay sangre en sus manos —la sangre de la mujer terraltariana a quien amó y mató en su cama. La asesinó porque ella lo estaba asesinando a él —la destruyó con sus manos desnudas antes de que ella lo destruyera a él con su cuerpo desnudo. Pero aunque el hecho haya estado justificado, él sigue siendo responsable por aquello, y la sangre que mancha sus manos se resiste a desaparecer.

Otra clase de sangre manchó sus manos —la sangre de las ballenas espaciales. Porque él era un Jonás —un matador profesional de ballenas. Penetraba en sus vientres y hacía volar las grandes rosas azules de sus cerebros —sus ganglios— para que pudieran ser convertidas en naves. Y luego aquella carnicería lo enfermó y quiso morir y casi lo consiguió, y no mató más ballenas. Después encontró a esta ballena, que supuestamente debía estar muerta pero no lo estaba, porque tenía dos ganglios y solamente uno había sido destruido. Curó el segundo, y este acto barrió con el residuo de culpa que aún permanecía en su interior, pero la nueva sangre ya estaba en sus manos y ahora se resistía a irse.

¿Nunca conoceré la paz? Tal vez me espera en el pasado. La buscaré allí. Pero primero la buscaré aquí, aunque estoy seguro de que jamás la encontraré. Aquí, en el Mar del Tiempo...

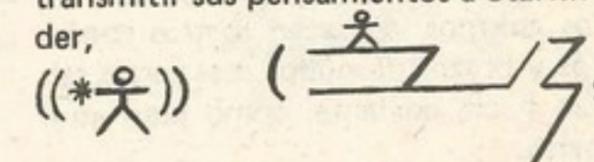
 Consideren el Mar del Tiempo. Observen esta paradoja. Porque si puede decirse que no contiene espacio como tal, tampoco puede decirse

que contenga tiempo. Consiste en tiempo puro, y el tiempo puro no tiene ninguna afinidad con el tiempo convencional. No es ni una composición de momentos ni una sucesión de eventos. Es tiempo sin tiempo —una interrealidad que contiene a la realidad convencional. No es algo nuevo. El hombre lo descubrió al principio de su historia. Pero en su ingenuidad lo confundió con otra cosa y le dio coordenadas geográficas. Ignorante de su verdadera naturaleza, no entendió que geográficamente no existía, no podía existir. El hombre se volvió sofisticado y perdió el rastro del  y cuando lo buscó nuevamente ya no estaba.

El aspecto del Mar del Tiempo se presenta como austero y triste, aunque no sin belleza. Los tenues riscos semi-reales que sobresalen de las profundas sombras de los abismos brillan con una pálida luminiscencia dorada que surge de la nada, y una irreal luz carmesí serpentea por sus desgarradas y empinadas cuevas, y se mezcla sutilmente con la oscuridad de las profundidades. Fragmentos de nubes grises revolotean en los cielos sin sol, aparentando ser gigantescas águilas grises detenidas en medio del vuelo y grandes gaviotas grises a punto de zambullirse. Sí, hay belleza en el Mar del Tiempo, y como el paso de la ballena está despojado de todo movimiento, la belleza luce con más intensidad. Pero es un desperdicio para Starfinder. El ve al Mar del Tiempo como el saco negro en el que Iván Ilich cayó dos horas antes de su muerte.

Starfinder habla, mitad para sí mismo, mitad para la ballena: —¿Por qué será, ballena, que en el instante en que el hombre consigue algo que desea, ya no lo desea más? Yo quería tanto el pasado que te robé a ti para conseguirlo. Lo deseaba tanto, que no pude esperar hasta que comenzaras tu zambullida. Y ahora que lo tengo al alcance de mi mano, ya no me interesa.

La ballena no contesta. No se ha comunicado desde que dijo, en la forma tele-jeroglífica utilizada para transmitir sus pensamientos a Starfinder,



significando con la cercana yuxtaposición de  (Starfinder) y \* (su ganglio) la unidad de sí misma y su benefactor; y con el hombre de pie sobre su lomo su promesa de obedecer cualquier orden de Starfinder y de ir adonde y cuando él quisiera en  (espacio) y  (tiempo).

El silencio de la ballena no molesta a Starfinder. Porque sabe que con o sin promesa, mientras él tripule el puente ella cumplirá sus mandatos. Debe hacerlo, porque él tiene los medios y la forma de dañar su ganglio e infligirle dolor. En cierta forma, es tan prisionera como antes.

Starfinder continúa: —Pensé que me gustaría ver al astuto Jenofonte comandando la retirada de los Diez Mil bajo las narices de Tisafernes, a Van Gogh pintando Vincent en las llamas, al Dante cruzando el puente con Beatriz. Pero yo sería un intruso,

ballena. No pertenezco al pasado más de lo que pertenezco al presente. Tal vez pertenezco al Mar del Tiempo.

La ballena permanece en silencio. Los riscos parecen estremecerse en la pantalla y la negrura de las profundidades parece trepar por las desgarradas y escarpadas cuevas, para extenderse como largos y afilados dedos, cuyos extremos están manchados de sangre.

Ahora hay movimiento en los abismos y en las burbujas de oscuridad líquida. Extrañas figuras se yerguen y revolotean en la pantalla. Oscuros mantos se arrastran de nuevo a los abismos; aparecen rostros confusos y brazos desnudos. Las garras saltan hacia adelante, como para atraparlo.

Involuntariamente Starfinder se echa hacia atrás. Ha pasado casi un día desde que zarpó, no ha dormido en el doble de ese lapso de tiempo. Sin duda está alucinado. Las caras aparecen en horribles enfoques. Sangre negra emerge de ojos ciegos, corre por flacas y rajadas mejillas. Labios que se descarnan, revelando dientes que sobresalen. Una mano horrible se adelanta otra vez como para agarrarlo.

Luego las figuras desaparecen, los dedos y los rostros y los mantos oscuros, y los riscos, con sus cimas sangrientas, reaparecen. Starfinder aparta los ojos cansados. —Voy a dormir, ballena —dice—. No emerjas hasta que despierte. Y no me despiertes sin una buena razón.

Caliente sopa instantánea en la cocina, se toma un tazón lleno. Encuen-

tra píldoras de nepente en la despensa, se toma dos. Dirige sus pasos hacia la cabina del capitán.

La cabina del capitán está dos cubiertas por debajo del puente y a mitad de camino hacia la popa. Está al final de un pasadizo lateral, justo debajo de los cuartos del primer y segundo piloto. Más allá está el mamparo exterior, y conectado con éste por cerraduras de acción rápida, reside la lógica de su ubicación: las compuertas de los botes salvavidas.

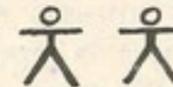
La ballena es nave de carga, pero tiene varios camarotes en la cola, todos equipados más lujosamente que la cabina del capitán. Además de una litera con cortinas, tiene un armario, un espejo de cuerpo entero, un escritorio empotrado, una mesa, la vitrina del revólver, un proyector de video y un guardarropa. Las paredes son azul pastel, el suelo está alfombrado de pared a pared y un mural representando la construcción del Afroditorium en Swerz, capital de Altair IV, cubre todo el techo.

Hay también un lavatorio adjunto. Starfinder se quita la ropa, se ducha y se afeita. Luego vuelve a la cabina, se tiende en la litera y corre las cortinas para librarse de la fosforescencia que emana del tejido interno de la ballena y que hace innecesaria la luz artificial. Las píldoras surten efecto, expulsan los negros pensamientos. Duerme.

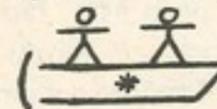
Por toda la intemporalidad del Mar del Tiempo, el tiempo corre a bordo de la ballena, e insertado en el pie de la cama de la litera del capitán hay un reloj que lo marca. Cuando

Starfinder cerró sus ojos el reloj marcaba 0231 horas. Cuando los abre, marca 0257.

Su agotamiento le indica que no ha comido un día entero. ¿Pero por qué, entonces, se despertó? La pregunta es contestada cuando el mensaje jeroglífico que había aparecido en su mente dormida reaparece ahora en su mente despierta:



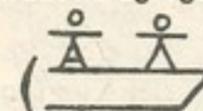
Frunce el ceño.  es la palabra que la ballena usa para "Starfinder". Pero hay sólo un Starfinder, ¿por qué dos figuras? La ballena elabora:



Ahora el mensaje es claro. Es verdad que  es la palabra que la ballena usa para Starfinder pero también es la palabra para "hombre". Hay un polizón a bordo.

Starfinder está espantado.

Queda todavía más espantado cuando la ballena agrega otro detalle:



El polizón es una mujer.

Cuando Starfinder robó la ballena, no la revisó. Simplemente venció al guardia, lo envió a la superficie de Altair IV en el transbordador y le dijo a la ballena que acelerara. No se le ocurrió que el hombre podía haber llevado a una mujer con él para que lo ayudara en su guardia.

Evidentemente la ballena había pasado por alto su presencia hasta ahora, de lo contrario hubiera puesto

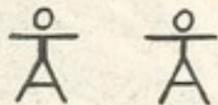


sobre aviso a Starfinder antes. Tal vez él no le guste, pero es el único humano en quien puede confiar.

Sin duda, hay puntos ciegos en su interior, lugares en los que no puede ver. Es obvio que la mujer ha abandonado su escondite y está buscando al hombre que es responsable de su situación actual. Probablemente presencié el ataque al guardia y haya estado demasiado aterrorizada como para efectuar algún movimiento.

Starfinder está aterrado. Ya ha matado a una mujer terratariana. ¿Deberá matar a otra?

Un cuarto mensaje emana del ganglio de la ballena y se imprime en su mente:



Seguido casi inmediatamente por un quinto:



¡La ballena ha descubierto otros dos polizones!

Starfinder salta de la litera y recoge sus ropas desparramadas. Está a punto de ponérselas cuando clava los ojos en el guardarropas. Arrojando las prendas, se introduce en él y saca un uniforme completo de capitán. Las mujeres terraltarianas son tan arrogantes como hermosas, tan dominantes como hipersexuadas. Necesitará toda la autoridad de la que es capaz si debe vérselas con tres de ellas.

Aun si tiene éxito, queda el problema de qué hacer con ellas. Pero cruzará ese puente cuando llegue a él.

Sale del guardarropas y se mira al espejo. El uniforme daña su vista. Es blanco con cordones dorados. El lado frontal izquierdo del saco está decorado con siete filas de cintas de colores, de cada una de las cuales pende una brillante medalla. Las medallas no significan nada; su único fin es conferir prestigio. El saco está equipado también con un par de charreteras doradas que hacen juego con el frente del sombrero de oficial espacial, y está sujeto alrededor de la cintura por un cinturón de cuero sintético del que pende una funda de pisto-

la del mismo material. Los pantalones blancos tienen el tradicional triple pliegue y están prolijamente recogidos en el interior de las botas negras de cuero sintético, tan perfectamente lustradas que puede ver su rostro reflejado en ellas.

Se siente un poco tonto. Espera que su nuevo aspecto impresione a las intrusas más favorablemente de lo que lo impresiona a él.

Si, como ha supuesto, lo están buscando, simplemente tiene que esperar a que lo encuentren. Pero decide que será mejor que él les salga al encuentro. Le pregunta a la ballena dónde están, pero ésta, tan dispuesta a cooperar unos pocos minutos atrás, no contesta. Decide encaminarse en dirección al puente.

Antes de abandonar la cabina, saca una Weikanzer 39 de la vitrina, la carga y la enfunda. Luego inicia su camino por el pasaje lateral al corredor de popa, y por el corredor y la escalera de la cabina del puente. No encuentra a nadie en el camino y halla el puente vacío.

Antes de abandonarlo echa una mirada al Mar del Tiempo en la pantalla. Su aspecto no ha cambiado. Revisa también el cronógrafo, que está enfocado a la lejana Tierra y marca el tiempo universal en base a las emisiones del planeta IX Upsilon-MU. Relativamente débil aún desde la prueba que debió soportar, la ballena navega a una fracción de su velocidad normal, lo que está evidenciado por el tabulador que registra una fecha que precede al nacimiento de Cristo por menos de un milenio. Cuando haya

recuperado la totalidad de sus fuerzas será capaz de llevar a cabo en minutos lo que ahora le lleva horas, y el Mar del Tiempo, tan relavante en la forma actual, no será más que un fugaz borrón en la pantalla.

Pasa el cuarto de estar. También está vacío. Tal vez haya supuesto mal. Tal vez las tres intrusas no lo están buscando. En tal caso, el lugar más lógico para mirar sería los camarotes de popa.

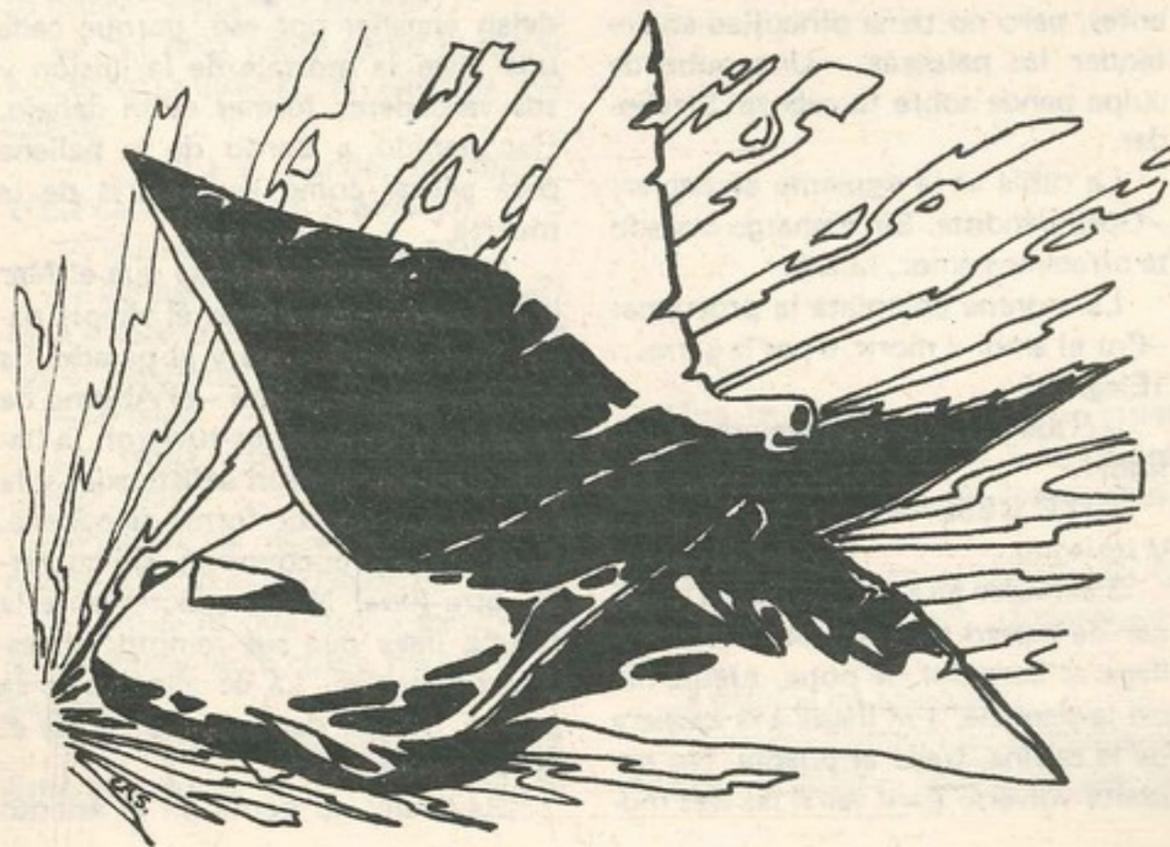
Desciende a la Cubierta 3 y hace el camino hacia la popa. Hay cinco camarotes unidos. Los dos primeros están vacíos. Abre la puerta del tercero. Ella está esperándolo en la cama. Está tendida de espaldas y se ha levantado el vestido negro hasta el vientre y ha separado las piernas. La llama anaranjada de su vello púbico

no es menos brillante que las flamígeras trenzas que acentúan la rojiza belleza de su cara.

Starfinder retrocede precipitadamente hacia el corredor y cierra la puerta. Una risa se burla de él desde el cuarto que está más allá. La risa tiene una cualidad demoníaca que hiela la sangre.

Sabe lo que va a encontrar tras las siguientes dos puertas, pero debe mirar. La segunda tentadora es una rubia, la tercera una morena. Cada una está tendida esperando como la primera, y se ríen burlándose de él cuando las hace desaparecer de su vista.

La lujuria y la revulsión contraen sus vísceras mientras permanece sudando en el corredor. No son muje-



res terraltarianas. Si lo fueran, él habría experimentado lujuria tal vez, pero no revulsión. ¿Qué son entonces?

Sean lo que fueren, no puede con ellas.

Deja atrás los camarotes y comienza a desandar el camino. Volverá al puente, no porque el puente contenga ninguna respuesta sino porque no puede pensar en ningún otro lugar adonde ir. No tarda en escuchar ruido de pisadas a sus espaldas. Se vuelve. Están varios pasos más atrás; caminan tomadas del brazo. Cuando él se detiene ellas, también se detienen. Sus labios rojos se separan, revelando dientes que brillan demasiado. Un coro de risas diabólicas emana de sus gargantas.

La del pelo llameante habla. Es un idioma que Starfinder jamás ha oído antes, pero no tiene dificultad en entender las palabras. —Una nube de culpa pende sobre tu cabeza, Starfinder.

La rubia es la siguiente en hablar: —Oprimiéndote. Sin embargo cuando te ofrecimos amor, huiste.

La morena completa la proclama: —Por el amor a morir, o por la garra... ¡Elegiste!

—¿Qué desean? —pregunta Starfinder.

— ¡ITE DESEAMOS A TI! —gritan al unísono.

Starfinder gira y comienza a caminar de nuevo por el pasaje. Cuando llega al corredor de popa, tuerce hacia la derecha, y al llegar a la escalera de la cabina, trepa al puente. No necesita volverse para ver si las tres mu-

jes todavía están siguiéndolo. Puede oír sus pisadas y sus risas entre dientes. Puede aspirar el aura que exudan.

Se estremece porque sabe que lo que huele es la muerte, y sabe, también, quiénes son sus perseguidoras. Más aún, sabe de dónde han venido y por qué.

Se estremece nuevamente. Como la gran mayoría de los hombres obsesionados por la culpa, no quiere en realidad ser purificado; y como la gran mayoría de los hombres obsesionados por la muerte, no quiere en realidad morir.

Consideren las Furias. Observen a estas antiguas doncellas cuya morada es el Abismo de Tártaro y a quienes Starfinder, inconscientemente, convocó a su cubil. Noten la simetría griega de las formas pero no se dejen engañar por eso, porque cada una viste la mortaja de la ilusión y sus verdaderas formas están debajo. Han venido a bordo de la ballena para actuar como vengadoras de la muerte.

Ahora Starfinder sabe que el Mar del Tiempo es más que el simple pasaje entre el presente y el pasado. Es el sótano del Infierno —el Abismo de Tártaro. Los antiguos tuvieron la llave, pero se volvieron sofisticados y la tiraron. Ahora, con forma de ballena, Starfinder ha encontrado, sin quererlo, otra llave. No es exactamente la misma llave que sus remotos ancestros poseyeron. La de ellos abrió la puerta frontal del Infierno; la de él abre la trasera.

Starfinder se sienta en el asiento

amortiguado reservado para el capitán. Las Furias se sientan en un banco, frente a él. No está alarmado. Puede dejar el Abismo cuando quiera, simplemente ordenándole a la ballena que emerja. Puede ser que sus pasajeras lo acompañen, pero no lo cree. Están orientadas hacia el Abismo y sería raro que fueran capaces de reorientarse a sí mismas con suficiente rapidez como para enfrentarse a un cambio abrupto: de la interrealidad a la realidad. Tampoco es usual que, una vez que él las haya dejado atrás, sean capaces de localizarlo en el tiempo convencional, para no hablar del espacio. Su esfera espacial de actividad probablemente se limite a la Tierra.

No, ahora que el primer choque ha pasado, está más intrigado que alarmado. Se pregunta cómo harán su trabajo y cuánto tardarán.

La del pelo negro como la noche (¿Alecto?) quiebra el silencio del puente:

—Tu galera es grande, Starfinder. ¿Qué clase de magia la empuja?

—Vida —contesta Starfinder.

La del pelo llameante (¿Tisífone?) es la próxima en hablar: —¿De dónde viene, Starfinder?

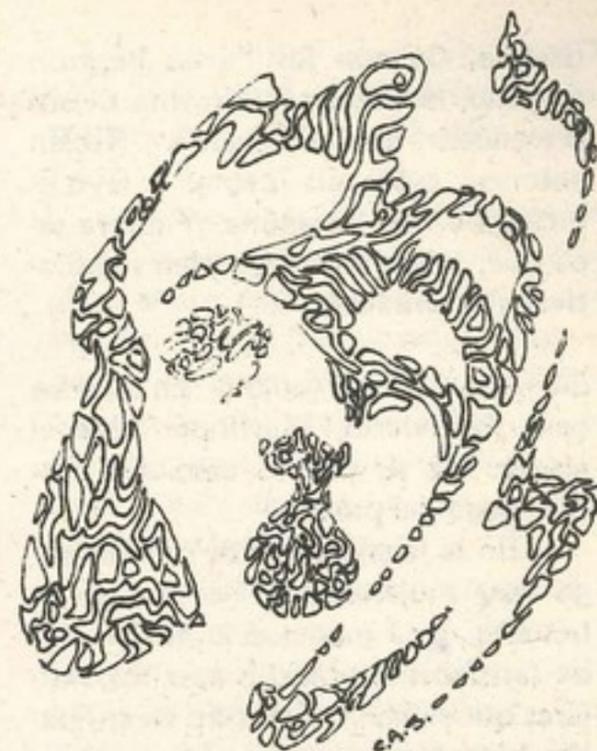
—De lejos.

La rubia (¿Megera?) pregunta: —¿Por qué?

—Pueden ver en el interior de mi mente. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque lo que veo, a excepción de tu acto y de tu culpa, no lo puedo entender.

Starfinder ha esperado demasiado. Emerge, ballena, "dice" mentalmente.



Mira la pantalla. Los riscos grises permanecen inmutables. Los negros y sangrientos dedos de los abismos no retroceden.

Se concentra en el ganglio de la ballena con todo su ser. ¡Emerje, ballena!

La ballena no responde.

Finalmente Starfinder descubre el motivo. Al mismo tiempo adivina su

destino. Cuando las Furias llegaron a bordo, la ballena le informó de sus presencias instintivamente. Recién entonces espió sus mentes y leyó el propósito que las anima. Y ahora sabe que, si las Furias cumplen su objetivo, ella será libre.

Sin el brillante Apolo y sin Atenea para defenderlo, Starfinder hace el alegato de su propio caso sobre el Areópago del puente.

—En la lejana tierra de donde vengo hay mujeres que no ven en el hombre nada más que la posibilidad de satisfacer sus burdos apetitos, mujeres que se han convertido en entidades hipersexuadas cuyos deseos pueden ser satisfechos solamente mediante la administración de fuertes afrodisíacos, que estimulan a los hombres de manera tal que la muerte les llega prematuramente. Yo fui la víctima de semejante monstruo. La maté para salvar mi propia vida.

Los labios carmesíes de las Furias se abren sobre hileras de blancos y brillantes dientes entre los cuales resallan las rojas lenguas. Las risas burlonas llenan el gran puente, y las tres hablan al unísono: —¿Qué mujer ha existido que viera alguna otra cosa en un hombre? ¡Semejante razonamiento hubiera justificado todos los uxoricidios y todos los asesinatos de amantes y prostitutas!... ¿Qué tan rápido te dormirás, Starfinder?

El caso de las Erinias contra Starfinder está cerrado. Hubiera sido lo mismo que intemar razones con una pared. Piensa en la Weikanzer 39 hundida, pero no la usa. No hubiera

sido más útil que una cerbatana contra las tres inmortales.

Pero la ballena no es inmortal. La ballena puede ser matada. No quizás con una Weikanzer 39, pero hay cargas en la bodega que, apropiadamente dispuestas alrededor de la base del ganglio, harán el trabajo. Y una vez muerta, la ballena emergerá en el presente. El Mar del Tiempo la regurgitará a su correspondiente era, las Furias serán dejadas atrás y Starfinder será libre. Es cierto que quedará abandonado en el espacio, pero por lo menos estará vivo.

Abruptamente deja el puente, descendiendo a la cubierta inferior y se dirige a la bodega. Las pisadas de las Furias suenan justo a sus espaldas. Además de las cargas, necesitará el traje anti-2-omicrón-vii del que se despojó después de reparar el mismo ganglio que ahora debe destruir. También necesitará la antorcha de hiperacetileno para abrirse camino hasta la cámara del ganglio que selló hace tan poco, y el soldador portátil y las barras soldadoras de superacero. Cargado con las armas, deja la bodega y desciende por la escalera de la cabina a la cubierta abdominal, con las Furias pisándole los talones. Sabe que pueden leer su mente y deben estar al tanto de lo que trama, pero ya han revelado su ignorancia respecto a la verdadera naturaleza de la ballena, y está seguro de que no sospechan que él planea echar a pique la "galera" a la que su arcaica imaginación la ha reducido.

De cualquier forma no lo molestan mientras se dirige por la proa ha-

cia el cuarto de máquinas debajo de cuya cubierta está localizado el ganglio. Hace un alto frente a la puerta, deposita el cargamento sobre la cubierta. Las Furias se detienen también y lo miran con curiosidad. Ha soldado la puerta después de reparar el ganglio de la ballena. Ahora debe pasar por ella para alcanzar la cámara siguiente, y luego debe sellarla a sus espaldas antes de pasar por la cubierta hacia la cámara del ganglio que está debajo. De otra forma, las mortales radiaciones 2-omicrón-vii y las emanaciones de la rosa contaminarían el resto del vientre de la ballena.



¿Le permitirán las Furias llevar a cabo todo esto? se pregunta. Ciertamente, la curiosidad de ellas es un factor a su favor.

Le debe una última oportunidad a la ballena. Se concentra en el ganglio, ahora tan cercano que puede sentirlo vibrar. Te recordaré nuestro pacto, ballena. A cambio de haber salvado tu vida me prometiste obedecer cada orden mía por el resto de tu vida. Ahora te ordeno que emerjas. ¡Te lo ordeno, ballena!

Más allá de la puerta de superacero, debajo de la cubierta de superacero, resuenan tumultuosos pensamientos que Starfinder no puede oír. Los pétalos paraboloides de la gran rosa azul han intensificado sus tintes; vibran de violetas y de azules.

...las pasiones de tus pensamientos  
son como cadenas  
para alguien que no conocía cadenas;  
romperé esas cadenas y seré libre  
y cuando emerja será para escupir  
tu esqueleto  
contra el rostro del espacio, tú  
que pensaste retenerme cautiva  
por un pacto,  
ahora piensas que puedes romperlo  
antes de que las entidades te  
destruyan...  
tú, el que tocó con suavidad  
mi cerebro herido  
quien me curó cuando debería  
haber muerto...  
¿qué pensamientos son éstos?  
¿qué enfermedad es ésta  
con la que me has maldecido,  
mero hombre?

Starfinder suspira. Se arrodilla para recoger la antorcha. Mientras lo hace, sus ojos caen sobre el traje anti-2-omicrón-vii y se congelan sobre su superficie sedosa. ¡Qué blanco es! Blanco con la blancura de las cúspides de las montañas, blanco con la blancura de la nieve que cae; blanco como la ballena blanca, marcada por los arpones, viajando por un mar casi olvidado... y Ahab odiando, de pie en el puente del Pequod: —¡DESTRUYE!... Y los misiles se elevan de las llamas de la inhumanidad del hombre hacia sí mismo y hacia las bestias, las detonaciones distantes provienen de la próxima puerta, toda la sangre es roja... la ballena blanca tiene dos caras: una es la de Ahab, la otra la de Moby Dick.

Starfinder se yergue. Está de pie, con la espalda apoyada contra la pared. Las Furias, presintiendo la derrota, se acercan. Una horrible mano se adelanta, tratando de desgarrarle los ojos. Retrocede ante las caras que se han vuelto espantosas; del pelo que se ha convertido en serpientes. Tres pares de alas acuáticas brotan frente a él y abanicán el aire artificial.

Las diosas marchitas retroceden y se adornan nuevamente con su voluptuosa doncellez.

—Ven a nuestros brazos —dicen al unísono—. Déjanos mostrarte el amor. —Le sonrín. Sacan sus rojas lenguas. Bailan. Oyeme, ballena. Oye. Te recordaré nuestra unidad... Starfinder le susurra a la ballena.

(( \*  )) "...

Entonces contestó la ballena:

hablas de unidad, tú  
que has matado cientos de  
los míos  
ivil virus!  
¿qué te ha vuelto bueno y  
te ha quitado la voluntad de matar?  
¿qué hace debilitar mi resolución?  
¿qué ruegos me enceguecen  
y desvían de mi rumbo  
y vuelven polvo mi lógica?  
ino lo llevaré más,  
lo escupiré al espacio  
junto contigo,  
mero hombre!

La danza de las Furias es una danza macabra. Las bailarinas se arremolinan, se mezclan, se confunden unas con otras. Ahora son una sola entidad —con seis piernas, seis brazos, tres cabezas. Fuera de la confusión de cuerpos salta una mano en garra. La mejilla de Starfinder está abierta desde la oreja hasta la barbilla. Un nuevo listón aparece en el saco —un listón de sangre.

Las Furias entonan una canción. Es un himno —el Himno del Infierno. En él, esbozan exatamente cómo ejecutarán su venganza. Se acercan. Starfinder aprieta los hombros contra la pared y alza las manos para protegerse la cara, sabiendo mientras lo hace que está exponiendo otras partes más vitales a las garras de sus torturadoras... y sabiendo, al mismo tiempo, con esa devastadora claridad de pensamiento que sólo la inminencia de la muerte puede proporcionar, que la única sangre que lo mancha es

la suya propia, que ha estado tomando venganza sobre sí mismo por un crimen cometido cuando no era él mismo, y no era él mismo porque la mujer sobre la cual cometió el crimen convirtió a un para-Starfinder en una creación e involuntariamente encargó su propia ejecución.

Finalmente la ballena quiebra su silencio, y un jeroglífico familiar se forma en su mente:

(( \*  ))

Primero piensa que la ballena se está burlando de él. ¿Así que todavía somos uno solo, no es así, ballena? Eres todavía más hipócrita que yo.

Esquiva una garra que lo hubiera dejado abierto desde la ingle hasta la rodilla. Pero no tengas remordimientos. Estás justificada por lo que haces. Estás...

Hace una pausa. Las bailarinas están deteniendo su vals; el Himno del Infierno ha terminado. Rostros horribles se han impuesto sobre las máscaras juveniles. Aparecen torsos retorcidos y brazos flacos. Abruptamente, tres voces chillonas gritan: —¡Las rocas! ¡La galera está rompiéndose contra las rocas! ¡Está perdida!

—¡Rápido, hermanas, busquemos la seguridad de la costa!

Comienzan a correr por el corredor hacia la escalera de la cabina. Sus cuerpos se desvanecen, sus pisadas se pierden a lo lejos. Se confunden con los mamparos, desaparecen en la cubierta. Ahora, están en el agua, nadando hacia la costa. Todo lo que queda de ellas es el hedor de la muerte.



Caminando rápidamente, portando el que una vez fuera su immaculado traje de capitán, sosteniendo un pañuelo contra su mejilla sangrante, Starfinder sube por la escalera hacia el puente. Mira primero el cronógrafo. El tabulador ha dejado de girar.

Luego mira la pantalla. Las constelaciones se han alterado, aunque no demasiado. La ballena ha debido ir a la deriva en su tránsito por el pasado, ya que no lejos hay un sol rodeado de una familia de planetas. Cuando partió, estaban en el espacio profundo.

Hace girar el dial de amplificación. Uno de los planetas es verde. ¿La Tierra? Difícil. La ballena no puede haber ido a la deriva hasta ese punto. Pero Tierra o no Tierra, no tiene importancia. Irá allí, y si el clima y la atmósfera son apropiados permanecerá allí y dejará ir a la ballena. Se ha ganado su libertad.

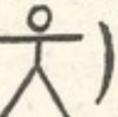
La ballena lee sus pensamientos.

(( \*  )) ,

dice.

—Sí, somos uno, ballena —con cuerda Starfinder—. Pero sólo por poco tiempo. Luego serás libre.

Nuevamente, el pensamiento jero glífico:

(( \*  )) ...

Starfinder frunce el ceño. ¿Qué es lo que quiere dar a entender la ballena? Ya ha dejado en claro que los dos son uno solo.

De pronto se le ocurre que no ha-

brá necesidad de que él se busque un lugar debajo de algún sol; que la ballena ya no desea ser libre y que  ha cobrado un nuevo sentido.

Significa "amigo".

Título original en inglés:

"Abyss of Tartarus"

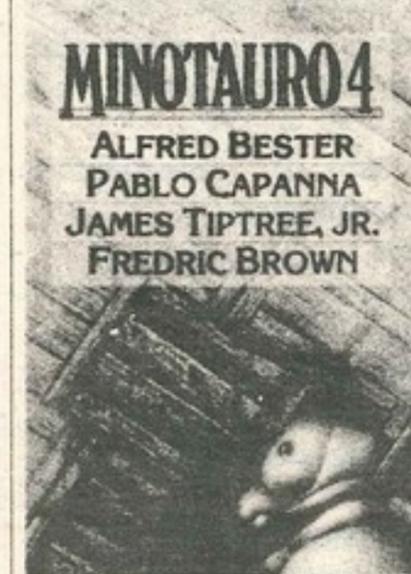
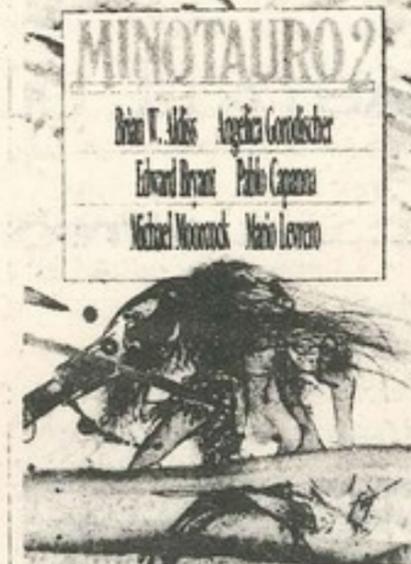
(c) 1971 UPD Pub. Corp.

Traducción de Cecilia Polisená.

## La imaginación

La ficción especulativa. Las conjeturas de la ciencia y de la fantasía. El pensamiento alternativo. Los maestros de la imaginación. Cuentos, artículos, libros, cine, noticias.

Publicación bimestral.



Ediciones Minotauro

Ya nos encontramos en esa difícil encrucijada que implica rascar el fondo de la bolsa de ciertos autores. ¿Qué queda inédito de Alfred Bester (1913)? Presentamos este relato sobre un personaje casi tan arquetípico como el Judío Errante y con alguna que otra semejanza con Crusoe. Por favor: no traten de adivinar ni se precipiten a leer el final.

## HASTA EL ULTIMO ALIENTO

Alfred Bester

—Antiguamente —dijo el Viejo—, existían los Estados Unidos y Rusia e Inglaterra y Rusia y España e Inglaterra y los Estados Unidos. Países. Estados soberanos. Pueblos del mundo.

—Aún hoy hay pueblos del mundo, Viejo.

—¿Quién eres tú? —preguntó el Viejo repentinamente.

—Soy Tom.

—¿Tom?

—No, Viejo. Tom.

—Dije Tom.

—No lo pronunciaste correctamente, Viejo. Pronunciaste el nombre de otro Tom.

—Todos ustedes son Tom —dijo el Viejo de mal humor—. Todo el mundo es Tom, Dick o Harry.

Se sentó, tembloroso a la luz del sol, y odiando al simpático joven que

estaba junto a él. Estaban en la amplia galería exterior de la habitación del hospital. La calle frente a ellos estaba abarrotada de atractivos hombres y mujeres, todos ellos esperando, expectantes. En algún lugar de la blanca ciudad había un regocijo opresivo, un escalofriante tumulto que se iba acercando lentamente.

—Míralos. —El viejo sacudió su bastón en dirección a la calle—. Todos Tom, y Dick y Harry. Todas Daisy, y Anne y Mary.

—No, Viejo —sonrió Tom—. Solemos usar también otros nombres.

—He tenido a un centenar de Toms sentados donde tú estás ahora —gruñó el Viejo.

—A menudo usamos el mismo nombre, Viejo, pero lo pronunciamos diferente. Yo no soy Tom o Tom o



Tom. Yo soy Tom. ¿Puedes notar la diferencia?

—¿Qué es ese ruido? —preguntó el Viejo.

—Es el Emisario Galáctico —explicó Tom de nuevo—. El Emisario de Rigel, la estrella de Orión. Está recorriendo la ciudad. Es la primera vez que un ser de otro mundo visita la Tierra. Hay una gran excitación.

—Antiguamente —dijo el Viejo—, teníamos verdaderos embajadores. Hombres de París y Roma y Berlín y Londres y París y... Llegaban con pompa y circunstancia. Hacían la guerra. Hacían la paz. Uniformes y fusiles y ceremonias. ¡Eran tiempos de coraje! ¡Tiempos de agitación!

—También nosotros estamos viviendo tiempos de coraje y agitación, Viejo.

—Para nada —gruñó el Viejo. Golpeó el bastón débilmente—. No hay pasión, ni amor, ni temor, ni muerte. Tampoco hay sangre caliente circulando por las venas. Ustedes son absolutamente lógicos, absolutamente calmos, absolutamente Tom, Dick y Harry.

—No, Viejo. Amamos. Tenemos pasiones. Tememos muchas cosas. Lo que extrañas es el demonio que hemos destruido en nosotros mismos.

—¡Ustedes han destruido todo! ¡Han destruido al Hombre! —gritó el Viejo. Señaló a Tom con el dedo tembloroso—. ¡Tú! ¿Cuánta sangre tienes en las venas?

—Ninguna en absoluto, Viejo. Tengo Solución Tamar en mis venas. La sangre no soporta la radiación y yo hago mis investigaciones en las Pilas de Fisión.

—Sin sangre —cloqueó el Viejo—. Y tampoco huesos.

—No todos han sido reemplazados, Viejo.

—Y tampoco tejido nervioso, ¿eh?

—No todo ha sido reemplazado, Viejo.

—Sin sangre, sin huesos, sin tripas, sin corazón. Y sin partes íntimas. ¿Qué hacen con una mujer? ¿Cuánto de ti es mecánico?

—No más del sesenta por ciento, Viejo —rió Tom—. Tengo hijos.

—¿Y los otros Toms y Dicks y Harrys?

—En todos los casos entre el treinta y el setenta por ciento. También tienen hijos. Lo que los hombres de tu tiempo hicieron con los dientes,

nosotros lo hacemos con todo el cuerpo. No hay daño posible.

— ¡Ustedes no son hombres! ¡Ustedes son máquinas! —gritó el Viejo—  
¡Robots! ¡Monstruos! ¡Ustedes han destruido al Hombre!

Tom sonrió. —En verdad, Viejo, suele haber una gran mezcla de hombre y máquina y de máquina y hombre. La distinción es ardua y muy difícil de realizar. Nosotros hemos dejado de hacerla. Nos contentamos con vivir felices y trabajar felices. Nos hemos adaptado.

—Antiguamente —dijo el Viejo—, todos nosotros teníamos cuerpos auténticos. Sangre y huesos y nervios y tripas. Como yo. Trabajábamos y transpirábamos y amábamos y peleábamos y matábamos y vivíamos. Ustedes no viven... son superhombres adaptados... hombres-máquina... bastardos criados a partir de ácido y esperma. No he visto por ninguna parte un buen intercambio de golpes, un beso robado, el fragor de un conflicto, vida. Cómo anhelo volver a ver la vida real... no vuestra mecánica imitación.

—Son las dolencias de la vejez, Viejo —dijo Tom seriamente—. ¿Por qué no nos permites que te reconstruyamos y te ayudemos a recuperar la salud? Si nos dejaras que reemplacemos tus glándulas endócrinas, que reacondicionemos tus reflejos, y...

— ¡No! ¡No! ¡No! —gritó el Viejo con apasionamiento—. No me convertiré en otro Tom. —Se incorporó de la silla con un movimiento brusco y golpeó al simpático joven con el bastón. El golpe lastimó la piel de la cara

del joven y fue hasta tal punto inesperado que éste lanzó un grito de asombro. Otro joven simpático se lanzó hacia la galería, contuvo al Viejo y lo volvió a sentar en la silla. Entonces giró hacia Tom que se estaba frotando el líquido frío que manaba por la cortadura que el tremendo golpe había producido en la cara.

—¿Todo bien, Tom?

—No me hizo mucho daño. —Tom miró al Viejo con temor reverente—. Sabes, creo que aún desea lastimarme.

—Por supuesto que lo desea. Esta es la primera vez que estás con él, ¿no es cierto? Tendrías que haberlo visto maldiciendo e insultando. Es un viejo no-reconstituido muy rebelde. Estamos bastante orgullosos del viejo. Es único. Un museo de patologías. —El segundo joven se sentó al lado del Viejo—. Me ocuparé del él por un rato. Ve a ver al Emisario.

El Viejo estaba tembloroso y sollozante. —Antiguamente —se lamentaba—, había coraje y valentía y espíritu y fortaleza y sangre roja y coraje y valentía y...

—De acuerdo, de acuerdo, Viejo —lo interrumpió su nuevo compañero enérgicamente—, también nosotros tenemos todo eso. Cuando reconstruimos a un hombre no descartamos nada de él, excepto todo lo corrupto que hay en su mente y en su cuerpo.

—¿Quién eres tú? —preguntó el Viejo.

—Soy Tom.

—¿Tom?

—No. Tom. No Tom. Tom.

—Has cambiado.

—No soy el mismo Tom que estaba aquí antes.

—Ustedes son todos Toms —gimió el Viejo acongojado—. Todos ustedes son el mismo Tom que Dios desamparó.

—No, Viejo. Todos nosotros somos diferentes. Lo que pasa es que tú no puedes verlo.

El tumulto y la alegría se acercaban. Afuera, en la calle frente al hospital, la multitud comenzó a gritar con excitada anticipación. La vereda se despejó. Calle abajo había un resplandor de bronce y las primeras vibraciones de la música que se aproximaba. Tom aferró al Viejo por la axila y lo levantó de la silla.

—Acércate a la verja, Viejo —dijo agitadamente—. Ven a ver al Emisario. Este es un gran día para la Madre Tierra. Por fin hemos hecho contacto con las estrellas. Es el comienzo de una nueva era.

—Demasiado tarde —rezongó el Viejo—. Demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir, Viejo?

—Debimos haberlos encontrado nosotros a ellos, no ellos a nosotros. Debimos haber sido los primeros. Antiguamente habríamos sido los primeros. Antiguamente había coraje y arrojo. Peléabamos y resistíamos...

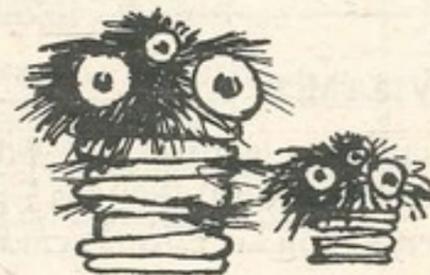
—Ahí está —gritó Tom señalando calle abajo—. Se ha detenido frente al Instituto... Ahora está saliendo... Se aproxima... No. ¡Espera! Se ha detenido otra vez... En el Centro. Qué gesto magnífico. No se limita a un recorrido superficial. Está inspeccionando todo.

—Antiguamente —murmuró el

Viejo— hubiéramos llegado con fuego y tormenta. Hubiéramos avanzado por las extrañas calles de ese otro mundo con las armas en la cadera y una expresión de desprecio en nuestros ojos. O si ellos hubieran llegado primero habríamos ido a su encuentro con fuerza y desprecio. Pero ustedes no... máquinas semi-engendradas... superhombres de laboratorio... adaptados... reconstruidos... despreciables...

—Está saliendo del Centro —exclamó Tom—. Se está acercando. Mira bien, Viejo. Nunca olvides este momento. El... —Tom se detuvo y respiró temblorosamente—. Viejo —dijo—: ¡Se va detener en el hospital!

El auto resplandeciente se detuvo delante del hospital. La banda marca-



ba el compás, aún tocando gozosa, festivamente. La multitud rugía. En el auto los oficiales estaban sonriendo, señalando, explicando. El Emisario Galáctico se incorporó poniendo de manifiesto su tremenda, fantástica estatura. Descendió del auto y con grandes zancadas se dirigió a los escalones que conducían a la galería. Sus escoltas lo siguieron.

—¡Aquí viene! —chilló Tom, y comenzó a gritar con un rugido que se confundía con el de la multitud.

Repentinamente el Viejo se apartó de la verja. Empujó para pasar junto a Tom y a todos los otros Toms y Dicks y Harrys y Daisys, Annes y Marys que se amontonaban en la galería. Se abrió paso entre ellos a pesar de su debilidad usando su despiadado bastón como arma. Se en-

frentó cara a cara con el Emisario Galáctico al pie de la escalinata. Miró a la criatura semejante a una mantis con insolencia y también, por un instante, con horror y repulsión. Entonces gritó:

—Te doy la bienvenida. Soy el único que puede hacerlo.

Levantó el bastón y lo descargó sobre la cara del Emisario con todas sus fuerzas.

—Soy el último hombre sobre la Tierra —bramó.

Título original en inglés:

"The die-hard"

(c) 1980 Pan Books Ltd.

Traducción de A. Graciela Parini.

---

#### AVISAMOS

---

a nuestros lectores que Ediciones de La Brujutrampa ha pasado a propiedad de Ediciones Filofalsía dentro de la cual se seguirá moviendo con las mismas características de costumbre.

---

# PARA GENTE DE MENTE

REVISTA

# JUEGOS

PARA GENTE DE MENTE



**TODOS LOS MESES, EN SU KIOSCO,  
UN FESTIVAL DE LA INTELIGENCIA**

Crucigramas realmente buenos (y divertidos)  
Acertijos, enigmas lógicos, ingenio  
Desafíos creativos, concursos, grandes premios

Si hay un hombre controvertido y contradictorio en el campo de la ciencia ficción, ése es Ellison (1934). Tenemos la sensación de que todo le importa un bledo y que bien pudo haber elegido las carreras de fórmula 1, el circo, las peleas a cadenas o la piromanía para exteriorizar su narcisismo. Claro que en cualquiera de esos ambientes hubiera llegado a ser un personaje relevante.

## EL CHIVO EXPIATORIO

Harlan Ellison

Un metro y medio por encima de la suave superficie del Atlántico Norte, cerca de la batayola delantera de la cubierta principal del Titanic, surgió una ondulante hendidura en la oscuridad de la noche. Una bruma titilante, anaranjada, se arremolinó a través de la hendidura, y los tres Comandos del Tiempo aparecieron en la cubierta del vapor de lujo.

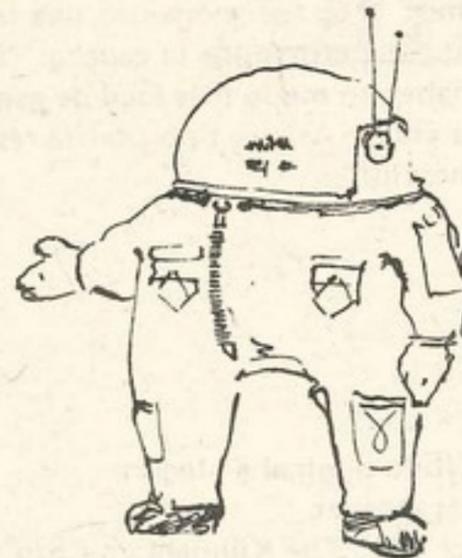
El sargento Ratliff empezó a quejarse aun antes de haber entrado completamente: —¿Por qué yo? ¿Por qué siempre yo? ¿Por qué diablos nunca se presenta como voluntario uno de ustedes? ¡Sólo una vez! ¿Por qué soy siempre yo el que tiene que hacer el trabajo peligroso?

Eran las 23.27 de la noche del 14 de abril de 1912. La bruma anaranjada se hundió nuevamente en la hendi-

dura, la salida se desvaneció, y la patrulla invasora del futuro lejano quedó de pie en la oscuridad.

El Titanic avanzaba sobre una superficie perfectamente calma. El millenario *Oberstgruppenführer* de los Comandos del Tiempo, Alec de la Ree, alias "Blackjack", hurgó entre las cargas de su bandolera, encontró una desagradable colilla de cigarro, la humedeció y la calzó en la comisura izquierda de su boca.

—Porque, Ratlips —dijo, acabando con la paciencia de Ratliff al usar el odiado sobrenombre—, sabes demasiado bien que en la distribución te ha tocado el mayor cociente de probabilidades del equipo.— Las palabras **probabilidades, distribución y cociente** sonaban casi inentendibles alrededor de la punta del cigarro. Lo encen-



dió con un fósforo de madera, de cocina, endémico para el año fenomenológico en que tenía lugar la incursión—. ¿Tendremos alguna posibilidad de hacer una patrulla sin que te mees y te quejes? Trata de encajar la idea en tu pobre mente, Sargento: ¡Estamos aquí para servir a la humanidad! Las ecuaciones de Bernoulli te han elegido a ti, camarada, no a nosotros. Tú eres el que queda a la retaguardia para que el resto de nosotros vuelva a través de la hendidura temporal. Te pagan para eso.

El tercer Comando del Tiempo, el Cabo Cicero, convino, molesto, en que Ratcliff estaba fastidiando otra vez. —Eres una molestia en el trasero, ¿sabías?

—Okey, okey —dijo Ratliff—, pero voy a registrar una queja cuando volvamos a la Cronobase.

—Corrijamos este nódulo en el flujo fenoménico, salvemos nuevamente el futuro y volvamos a casa —dijo de la Ree—. Después podrás chillar todo lo que quieras.

Echó una mirada a la uña de su pulgar izquierdo, donde la hora subjetiva de este año dentro del flujo fenoménico brillaba carmesí en el cuadrante digital. Estaban cruzando los Grandes Bancos. —Son las 23.40 hs. de su tiempo. —Miró más allá del arco de estribor—. ¡Allí está!

Una gigantesca y amenazadora mole de hielo se elevaba quince metros por encima de la chata superficie del mar.

—¡Muévanse rápido! —susurró de la Ree. El trío de Comandos del Tiempo se precipitó a cumplir con las tareas asignadas. Dos minutos después estaban de vuelta en el arco de la batayola.

—¿Todo listo? —preguntó de la Ree. El cigarro había desaparecido; ahora estaba completamente entregado a sus actividades. Ratliff y Cicero asintieron con la cabeza. De la Ree sonrió—. En treinta segundos el futuro estará correctamente resuelto, la humanidad estará bien por otros mil años y nosotros tendremos un tiempo de descanso.

Abrió la hendidura temporal, empujó a Cicero dentro del vaho anaranjado y dio un paso hacia la salida.

—Sigo pensando que esto es una condena —dijo Ratliff—. ¿Y qué si quedo atrapado en el flujo?

De la Ree le obsequió una última mirada de asco mientras volvía a encender su cigarro. Exhaló una nube

de humo nocivo y dijo: —Allá tú, Ratlips. Sólo salva a la humanidad y nos veremos en la Cronobase—. En el momento en que introducía un pie en la bruma miró hacia atrás y añadió: —Y trata de no arrastrar una década contigo, ¿me has oído? —Luego desapareció.

En ese momento, avanzando aún a 22 nudos, el vapor comenzó a deslizarse hacia el puerto, cuando el Primer Oficial le gritó al Timonel que un iceberg se cernía sobre ellos a estribor. El Timonel reaccionó instantáneamente. El barco se deslizó con suavidad y se alejó del peligro.

Entonces Ratlips aseguró el futuro de la humanidad disparando las

cargas en el momento en que saltaba adentro de la bruma anaranjada, de la hendidura temporal, y hundió al Titanic. Y en ese momento una idea lunática le cruzó por la cabeza: "Debe haber un modo más fácil de ganarse la vida. ¡Así un tipo podría resultar herido!"

Título original en inglés:  
Escapegoat  
(c) 1983 The Kilimanjaro Corp.  
Traducción de Cecilia Polisená.

Se abre el primer CONCURSO de cuentos PARSEC de ciencia ficción y fantasía:

Los participantes deberán enviar una copia de sus cuentos junto con su nombre, domicilio y teléfono (si tienen) a CONCURSO PARSEC, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital Federal.

**REQUISITOS:** El cuento deberá ser inédito, escrito en idioma castellano en hojas formato oficio, a doble interlínea de 70 espacios, con una extensión de hasta 15 carillas.

**PRIMER PREMIO:** Será único y consistirá en la publicación del cuento en las páginas de PARSEC.

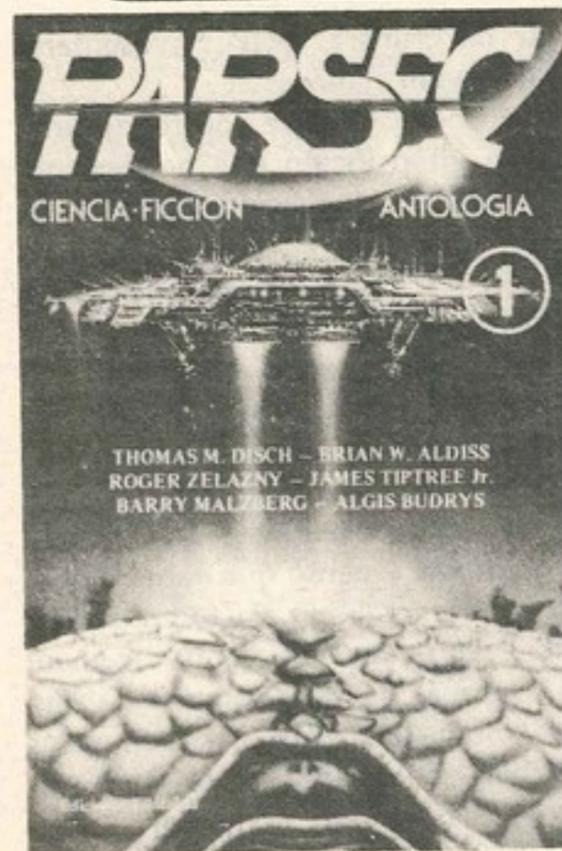
**MENCIONES:** Se otorgarán tres menciones con la posibilidad de su publicación posterior.

**NOTA:** El premio y las menciones podrán ser declarados desiertos.

# ZINERGIA

El fanzine que resiste como  
el último bastión  
del Imperio Galáctico.

Salió el Nro. 6  
C.C. 200 - 1453 Suc. 53 (B)



Apareció en mayo, se agotó y ya está reimpresso; por el momento no será distribuido nuevamente en los quioscos, pero quien quiera obtenerlo puede hacerlo a vuelta de correo enviando giro o cheque por \$a 120.- (su precio original) al TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) CAPITAL FEDERAL. Contiene cuentos inéditos en español de Thomas Disch, Brian Aldiss, Roger Zelazny, James Tiptree Jr., Barry Malzberg y Algis Budrys.

Tarik Carson (1946) nació en Rivera (Uruguay) y vino a la Argentina hace unos diez años. Ha publicado un libro (*El hombre olvidado*, 1973) y relatos en revistas y antologías. "La garra perpetua" habla del poder y la manipulación.

## LA GARRA PERPETUA

Tarik Carson

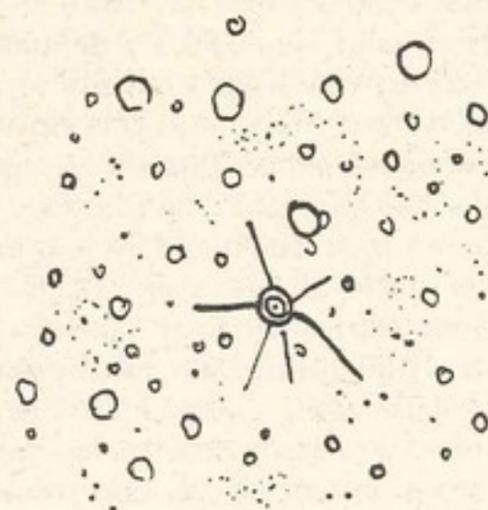
Al Mor llegó a su casa cansado, se sentó en la biblioteca y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos la pieza estaba casi oscura. Tomó un viejo libro del siglo XX que había estado leyendo y al que debía unas ideas, un éxito modesto. Había subrayado con rojo: "En este siglo los gnomos han pasado a ser una leyenda. Pero a través de siglos anteriores fueron una misteriosa realidad."

De pronto el videófono se encendió y apareció el rostro desagradable de su paciente de Inteligencia, el coronel Gobbi.

—Doctor —dijo el hombre obeso, moviendo la papada de perro—, le comunico que hemos recibido la Estrella de la Libertad, la Condecoración de la Paz y la Medalla del Honor Mi-

litar de Primera. Deberá presentarse uniformado el jueves...

El doctor Mor se sorprendió más por la interrupción que por las condecoraciones. Se levantó tratando de poner alegría en su cara adormilada. Estaba por hacer un gesto de saludo al coronel —que ahora podría ser casi su amigo— cuando éste le cortó la comunicación en la cara. "Ya vendrá, señor coronel, a cambiarse el plástico de sus partes interesantes", murmuró, volviendo a sentarse. Dejó de lado la gentileza y pensó que había buscado condecoraciones así toda su vida; ahora había ascendido definitivamente. Después de todo, algo se habían visto obligados a cambiar. Los males posibles de la madre Tierra ya no volverían a ensuciarlo. No, señor.



En la penumbra dirigió la mirada hacia un pequeño retrato que estaba sobre la mesita al lado del sillón. Un hombre de pelo blanco ponía algo del suelo en una bolsa sucia. Era lo único que le quedaba de su padre, y de su familia. Si lo viera ahora, le gustaría, tal vez... Debería ir a verlo un día, antes de que muriera. Si lo detectaran por los suburbios ya no sería perjudicial. Después del jueves.

Trató de pensar en cosas más agradables. Se levantó y eligió una cinta ordenadora que tenía el título: "Aliento y amor. Carácter maternal." Colocó la cinta en el panel y apretó el botón H. Al salir del baño, mojado y desnudo, apareció una joven sonriente con un toallón en las manos.

—Querido —dijo, casi quejándose—,

te veo tan triste hoy. Ven con mamá, que te seca y te lleva a la cama.

Ella tenía la voz aligerada, como si algo fuera demasiado rápido. "Tendré que revisar el panel, o reprogramar las cintas" —pensó Mor mientras se hacía masajear la espalda. Después, cuando ya estaba acostado y la miraba desvestirse con movimientos suaves y estudiados, se dijo: "No hay nada que no podamos hacer. Quizás deba mejorar la mirada. Allí habrá que trabajar intensamente. El frío de su mirada no puede seguir". Apagó la luz y le pareció que acariciaba la calidez humana personificada. Pero aún se sentía aburrido, y no se le iba con nada.

El asunto del ataque a la Zona R se había decidido con eficacia. Acuartelaron a los técnicos y en pocas horas se dirigieron las operaciones de acercamiento, penetración de las defensas, y explosión de las cargas atómicas. Los enemigos —para darles un nombre—, tal vez no tuvieron tiempo de darse cuenta. Había aún temor y riesgo por un contraataque súbito y fulminante. Desde los observatorios los técnicos controlaron los infernales destellos radioactivos que por mucho tiempo sanearían la Zona bélica. Nadie dudó sobre la misión defensiva. Después de los descubrimientos del doctor Mor y las rápidas investigaciones posteriores, la brecha quedó abierta, mostrando el temor. Hacía mucho que aquellas criaturas animalizadas, enigmáticas y hasta desconocidas —que jamás intentaron relacionarse con los terráqueos— preocupaban a la Junta y a las estaciones de

escucha y defensa de la Tierra. El riesgo terrible, amenazante, no se podía mantener por mucho tiempo. Habían llegado hacía décadas, casi como intrusos en el Sistema que regía la Tierra.

Ahora todo estaba terminado definitivamente, y después de pasadas varias horas de cautelosa espera, el peligro de réplica sería nulo. Este peligro, sin embargo, era ignorado o soslayado con indiferencia por el doctor. Pero la solución final se debió a sus observaciones de un fenómeno que se transformó en una falla mortal en la supuesta penetración agresiva de los enemigos.

El doctor era originario de la clase D. Había sido muy buen estudiante y tuvo la suerte de ser elegido para pasar a la tercera clase y seguir estudiando. Luego pasó a la segunda clase, donde pudo ingresar a los estudios superiores. Por el orden social, fue el último en subir donde fuera; su clase D original no tenía autorización para crear recomendaciones u otro tipo de ventajas. Esto constituía una traba invencible cuando la materia era de tipo subjetivo, no exacta. Pero su cerebro lo comprendió desde el principio, y se encaminó directamente hacia lo exacto, donde los mejores respaldos o pistones no valieran demasiado.

Eligió la cirugía estética y la ingeniería del plástico orgánico. En poco tiempo, con suerte y esfuerzo considerable, descubrió nuevas utilidades para los plásticos en las funciones humanas. Presintió que una elección perfecta le traería algo provechoso,

imprescindible para las clases altas y los círculos ideológicos y de mando.

El estudio árido y aislado lo formó, lo endureció, mientras esperaba una oportunidad. Cuando ya había injertado a muchos personajes y era conocido, la computadora le ordenó algo distinto. Iría a la Estación L, donde experimentaban con los riñones GR69. Sabía sólo esto, y que a ese lugar nadie quería ir. Era la primera línea defensiva de las fuerzas terrestres y, además, el aburrimiento extremo. El ya había sospechado que, si se mantenía en la clase A, tarde o temprano, lo enviarían allí con alguna tarea intrascendente o difícil y riesgosa.

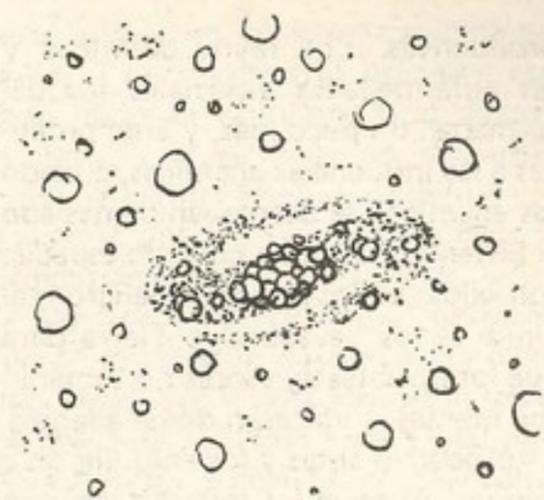
Imaginó que si allí no descubría algo extraordinario, al volver a la Tierra lo bajarían a los suburbios para servir a esclavos en condiciones de esclavo. Esta amenaza de regresión estaba siempre presente en su corazón, y, si se materializaba, no podría soportarla.

En la Estación había poco. Bases militares, algunos laboratorios específicos para experimentos con morpólipos y enanos macrocéfalos, y las minas. Las bases militares funcionaban, como las minas, pero la experimentación era miserable. La mayoría de los médicos y técnicos, biólogos y laboratoristas permanecían en sus departamentos, en el casino o en los restaurantes, sin hacer nada. Se inyectaban, o simplemente bebían porque ya habían superado todas las sensaciones físicas conocidas o imaginables. Un grupo escaso se especializaba en probar las androides de los

colegas siguiendo el agradable deporte de otras épocas.

El doctor imaginaba que esto era así, y se alegró al comprobarlo en la práctica. Debía continuar los trabajos con los morpólipos y los macrocéfalos y el comportamiento general de los genes recesivos bombardeados con radiaciones diversas. No era su especialidad inyectarles el GR69, o disecarlos y observar la evolución de la carne; pero eso era elemental y le daba horas para otros estudios. Pidió a la computadora todos los estudios anteriores e hizo un resumen de lo que le podía servir. El trabajo estaba estructurado para que nadie tuviera mucho que hacer, salvo apretar botones. El interés en el progreso o en el descubrimiento no era fuerte; casi nadie imaginaba que se podría mejorar lo que ya existía, o descubrir algo revolucionario. "Sin embargo, toda esta negligencia —razonó— no se debe tener en cuenta para los asuntos militares. Son así: parecen corruptos y enfermos, y nunca detienen o descuidan su sabiduría destructiva." Pero él veneraba al Sistema y quería pertenecerle; o leía mucha historia y estaba casi poseído por las costumbres del pasado, por la desconformidad, el disenso, y los conflictos artificiales.

Al principio observó que los macrocéfalos —a los que imaginaba como gnomos degenerados— se recuperaban primero de las radiaciones y tenían más inteligencia y fortaleza que los morpólipos. Sólo ellos resistían el tratamiento con los rayos cósmicos. También eran inmunes a algunas en-



fermedades espaciales, de las pocas conocidas. Los intentos de mejoramiento de la subraza produjeron un fenómeno poco estético, raro, intrascendente hasta donde se sabía. El mejoramiento les hacía crecer los cráneos. Anteriormente se incluían en la especie Gen Verrier Recesivo, y ahora habían pasado a otra dimensión degenerativa imprevisible. En aquel momento el problema era la adaptación de los cuellos ante el crecimiento descontrolado (una pobre novedad para el doctor).

De los morpólipos se podían sacar menos conocimientos aún. Sus tendencias seguían las acciones re-

productivas. Los rayos cósmicos y las enfermedades espaciales los deformaban un poco más, y eran proclives a las influencias enemigas, cuando los enemigos se acercaban demasiado al Sistema. Había un cuidado especial con ellos; en los meses de peligro máximo se los llevaba a la Tierra para que los posibles agresores no tomaran sus mentes y atacaran desde adentro. Esto ocurrió antes y los aniquilaron a tiempo. Aunque los muertos no eran más de cincuenta mil, la Junta Protectora fue sucedida por otra más rígida. Por ese problema los científicos que trabajaban con ellos fueron degradados a la clase D, a los leproarios. El suceso estaba olvidado, pero el doctor lo había visto como un hecho político creado por los científicos, y por ello desde el principio tenía cuidado en tratar con aquellos seres, y muchos otros. Sobre todo cuando se quedaba trabajando en el laboratorio de noche. Allí, sin vigilancia, habían violado a personas. Para calmarlos, les ofrecieron androides, pero no los tocaron; aunque los expertos aseguraban que no reconocían la diferencia.

Todo el asunto era molesto y Mor eligió a los enanos macrocéfalos para su trabajo. Además, desde chico le gustaba imaginarlos como si fueran seres extraordinarios que lo hacían feliz. Con su padre había desenterrado en los basurales uno muy antiguo, probablemente del siglo XX, con un gorrito y la cabeza pequeña y deforme. Después, leyendo novelas de la época, supo que los usaban como adornos de jardín. Era extraño que

sus cabezas hubieran empezado a crecer justamente en aquel siglo, más o menos al iniciarse la "era espacial" y los juegos con las bombas. Las causas del crecimiento y degeneración eran misteriosas, todavía, aunque unos lo atribuían al humor de Dios para festejar el progreso humano.

Mor había trabajado para doctorarse en una tesis que exponía que algún mundo enemigo y bestial saboteara a la Tierra con inseminaciones indetectables, funestas con el tiempo. La presentó con esperanza, pero las autoridades le ordenaron que entregara las copias, si las tenía, para destruirlas. En la Estación volvieron a él las viejas ideas, y empezó a tenerlas en cuenta mirando a los enanos.

La Tierra quería mantener su rostro limpio y cuando no había motivos de Ley, o conveniencias, para exterminar a los fetos, enviaban a la Estación a los enanos MC y a los morpólipos. Antes, a un lugar así se lo llamaría vaciadero, pero ahora todo era racional, sin prejuicios dañinos. Allí eran aprovechados simplemente para experimentos y disecciones, o en las profundas minas que mantenían las necesidades de la Tierra. Las minas eran dirigidas y controladas por máquinas. Los enanos estaban a su servicio. Pero los técnicos de la Estación jamás se arriesgaban por allí, evitando las emanaciones letales del plasma central del satélite.

El definitivo ascenso del doctor a la clase A comenzó cuando un meteorito enfrentó a la sonda experimental cargada con la subraza. Era la

sonda de reproducción, color rosa, con una gran pileta de natación tipo Coer, juegos recreativos, árboles, pasto y otras maravillas inspiradas en libros de historia. Suponían que en condiciones de absoluta felicidad los seres tendrían incentivos mentales para copular y reproducirse. Había interés en que así fuera; había comisiones que buscaban preservar las especies que pudieran servir para zoológicos o mesas de disección. Las demás no importaban demasiado.

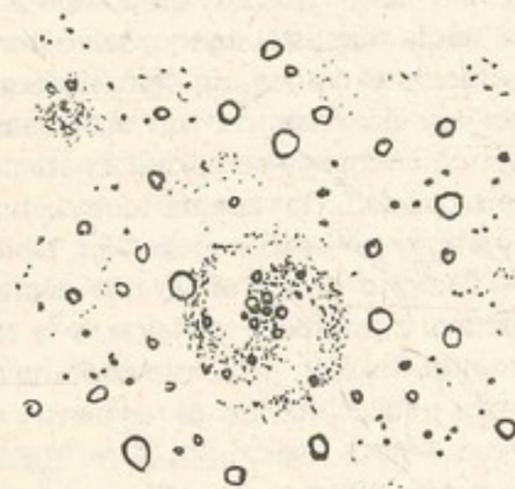
El meteorito traspasó las defensas magnéticas y golpeó la bóveda protectora transparente. No era irrompible, pues las defensas magnéticas, según la computadora, no fallaban jamás. No murió nadie, pero algunos

seres recibieron impactos casi inofensivos, si los fragmentos hubieran estado libres de esporas o virus desconocidos. Los técnicos no sufrieron ninguna herida; estaban cubiertos jugando al billar o hurgando a las androides en el casino de la sonda.

Vueltos a la superficie los seres fueron puestos en cuarentena, y aunque debió habérselos estudiado más, no fue así. Los colocaron en la burbuja Perkins y dejaron que las computadoras y los mecanismos fotosensibles se encargaran de alimentarlos, higienizarlos y registrar si había signos vitales sospechosos.

El doctor pasaba por un período de depresión. Percibía con fuerza su situación inferior y condicional en el medio, y no podía borrar las miradas de sus colegas en ningún momento. Su sensibilidad se agudizaba peligrosamente, y su organismo se sentía estremecido por la tremenda influencia del silencio y la quietud espacial. Estaba harto de ver actos sexuales, o experimentos con embarazadas, y de todas las observaciones y disecciones que le habían ordenado que hiciera. No sabía jugar al billar, le aburrían los juegos electrónicos, el cinetáctil, y no podía hablar de nada referente al pasado glorioso de su familia, ni de sus conquistas o posesiones materiales en la Tierra. Sin embargo, le molestaba saber que su diferencia con los demás era un mal que le venía bien, que lo obligaba a ser mejor, aunque sólo él lo supiera hasta que se revelara con algún hecho irrefutable, imprescindible.

Una noche, al salir del laboratorio,

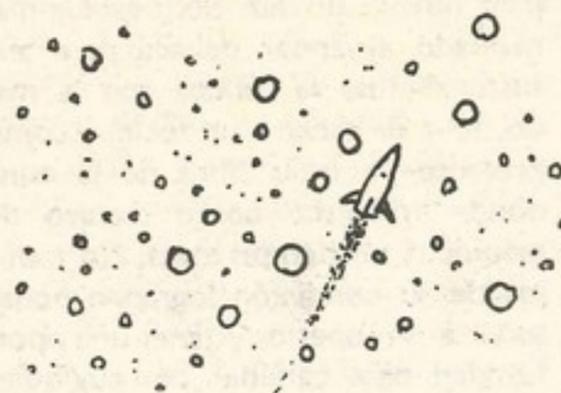


caminando distraídamente bajo la monumental bóveda de la Estación, llegó hasta la pequeña burbuja de cuarentena. Las camas de los macrocéfalos estaban en los bordes y se paró a mirarlos. Prefirió no registrarse como observador en la sala de monitores. Ideó el pretexto de la caminata nocturna casual. Estaba acostumbrado a hacer algo y pensar las justificaciones creíbles que daría por ello. Miró y no vio a ningún vigilante automático. Los enanos estaban muy próximos, quietos o dormidos. En el centro los morpólipos jugaban desnudos, abrazados. Fijó su atención en una tremenda cabeza ubicada sobre un cuerpo diminuto. Había un vendaje blanco en la cabeza; le llamó la atención porque los movimientos le costaban al cuerpecito un tremendo esfuerzo. De inmediato lo clasificó como un caso típico de contagio radiactivo tipo Bhor-7, con paralización de la parte posterior del cuello. Sin duda, el sistema vegetativo estaba creciendo por encima de sus defensas y previsiones genéticas y corría el riesgo de morir por el descontrolado crecimiento craneano. Recordó su idea, aún no registrada, de que se comportaban como árboles y crecían sin control ante grandes cantidades de radiación. Sin embargo, no estaba seguro de su teoría, y decidió extender su observación aprovechando que el sistema de visores trabajaba sólo durante un corto lapso diario.

Al día siguiente fue un poco más tarde. El enano se levantaba o se acostaba, o se apoyaba en la mesa, sosteniéndose la cabeza con las manitas.

El sentimiento del doctor, misteriosamente, se comunicó al ser, y éste lo miró sin temor, directamente a los ojos. Mor desvió la mirada, avergonzado por su sentimiento de debilidad. Pero no había nadie alrededor, ni una ley que prohibiera aquello. Aunque todos sabían, hasta los morpólipos, que era mejor que no lo hicieran. Las categorías eran consagradas, inmodificables para siempre. El doctor, que no creía en los "para siempre" precisamente, pensó que lo peor sería que algún enemigo lo viera dejándose mirar a los ojos por un enano de aquéllos. El comentario que podrían hacer sería desastroso para su prestigio, porque, aunque provenía de la clase D, aún tenía un prestigio, aún era un hombre según la Ley. Las subrazas estaban mucho más abajo.

Después de la mirada, el macrocéfalo se acostó con lentitud, bajando la cabeza. En su interior, Mor los llamaba "muchachos" porque recordaba el siglo XIX y los negros esclavos de algunas novelas. Los recuerdos de sus estudios históricos lo atacaban repentinamente de manera inexplicable. Volvió al muchacho. La computadora decía que estaba sano, salvo por el golpe en el cráneo, no demasiado grave. Lo vio dormirse con una manito sosteniéndose la cara, quizá para darse seguridad. De repente tuvo un hipo fuerte, y empezó a mover los labios. Al Mor no podía oír lo que decía y estuvo a punto de dirigirse a la sala de monitores y enfocarlo con una cámara piloto interior, pero, pensó, todo quedaría registrado. Si no significara algo importante sería malo para



él; y si fuera algo importante o interesante, él perdería todos los méritos del descubrimiento desde el principio. Los parásitos del plagio aumentaban con el progreso. Esa noche no durmió, pensando en cómo sacar algo de aquello. Había oído que con inteligencia se podía sacar algo de todo, absolutamente. (Aunque los términos como algo, todo y cosa fueran a veces representantes inservibles.)

Al otro día consiguió una diminuta ventosa sónica Rup, dejando constancia en el Departamento Electrónico. Por la noche volvió a la burbuja. Era sábado y todos los técnicos estaban en el casino, inyectados, o en el cinetáctil. Colocó la ventosa en el acrílico y esperó a que el enano se

acostara con la parsimonia y la tristeza del día anterior. Mientras el muchacho estuvo despierto, miró hacia donde los morpólipos se besaban en un amor interminable. Recién cuando lo vio dormido se colocó el audífono y tapó la ventosa con la túnica. No deseaba que un guardia automático lo detectara en posición sospechosa, no autorizada. Al rato la cabeza hipó y empezó a mover los labios. Apretó el botón de grabación y se concentró, sin entender casi nada. Esperó luego dos horas más, pero no volvieron a repetirse el hipo o las palabras.

Aquello era extraño: los macrocéfalos, según la Ley, no debían recibir ninguna enseñanza. Desconectó la ventosa y se dirigió a la sección de computadoras del laboratorio. Digitó los datos y empezó a ver en la pantalla fórmulas matemáticas, dibujos aerodinámicos y descripciones ajenas al uso terrestre. Se sintió emocionado; no había perdido el tiempo. Apretó el botón de retroceso e introdujo nuevos datos falsos que se le ocurrieron en el instante, por si algún vampiro científico revisaba los discos. Guardó la cinta con la voz entre las miles del archivo y se fue a dormir.

A la noche siguiente volvió a la burbuja Perkins. Sólo pudo grabar un cuarto de hora. A la siguiente, apenas cinco minutos. En apenas cuatro días, el macrocéfalo se repuso de su herida y del hipo. El doctor aún volvió unas noches más, infructuosamente.

Durante un tiempo se dedicó a transcribir lo grabado y que su com-

putadora personal había discernido. La mayoría eran datos matemáticos y militares complicados por los sistemas de coordenadas espaciales, lo cual estaba fuera de su conocimiento. Si aquello fuera valioso, no era muy abundante ni explícito, y podría ser usado en su contra. Debía estudiar el fenómeno lo suficiente para que presentara un resultado completo, que rechazara cualquier posibilidad de fantasía, o un sueño inducido por el enemigo animal. ¿Quién le aseguraba que no fuera esto?

Tomó una decisión pensando en algunas defensas que había creado cuando injertó ingenios en partes interesantes de miembros de la clase privilegiada. Le gustaba pensar que, en una forma sutil, los tenía sujetos en privado a partir de allí. Lo había hecho pensando que tal vez algún día aquello serviría, aunque no fuera el único experto en plástico orgánico del mundo. Pero lo iba a favorecer un detalle; la falla natural de los materiales artificiales.

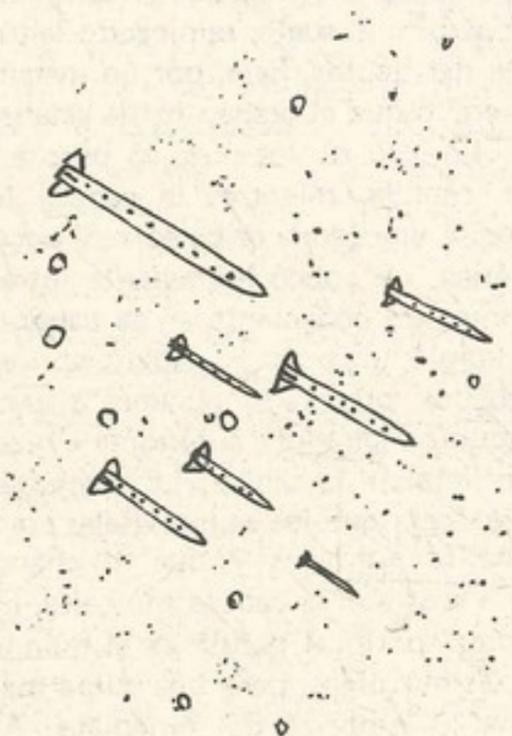
Cuando el macrocéfalo salió de la cuarentena, lo solicitó a Suministros para que sirviera en el laboratorio. Le miraba la monstruosa bola ósea y pensaba cómo producirle nuevamente el estado parlante. Se hizo amigo del enano, dando sobreentendida su superioridad racial y social. Era lo máximo que podía hacer, un poco ocultamente y a espaldas de los reglamentos de comportamiento con seres experimentales. Observó que el muchacho no era nada excepcional, no ocultaba nada ni tenía capacidad

para ningún doblez. Sólo estaba maravillado al andar de acá para allá sosteniéndose la cabeza con la mano, feliz de tener a un técnico como protector y estar libre de la mina donde trabajaba como esclavo de máquinas un tiempo atrás. No todos los de su condición lograban poder servir a un superior y tener una oportunidad para caminar por cualquier lado libremente y sin mayor vigilancia o persecución. (El primer día Mor lo operó y le extirpó el módulo de detección del pecho, para que se librara de los perseguidores automáticos que lo vigilaban continuamente.) Con todo esto, el enano se sentía privilegiado y el doctor sonreía suavemente, cuando no le daba pena verlo luchando por llevar enhiesta la tremenda mole, sin ninguna compensación en la vida, o esperanza en el futuro. Por ciertos sentimientos, el doctor sentía fugazmente que tal vez había elegido mal la profesión. Cada uno debía enfrentar lo que le había tocado. Al fin, todos se fundían en la misma podredumbre, para volver en quién sabe qué forma, tras vagar en otros estado por ahí, sin que a nadie le importara un rábano.

El doctor sufría muy seguido estos momentos de conciencia oscura. En este caso trató de arreglarlo haciendo poner rieles en el techo del laboratorio, y en los rieles sostuvo bozales gigantes, colgantes y móviles. Así el macrocéfalo pudo andar por allí con la cabeza sostenida desde el techo. El doctor sabía que era la única diversión que podía darle, e inventó un

pretexto para satisfacer a la computadora de gastos.

Habían pasado dos meses desde la llegada de Mor a la Estación, y todavía ningún hijo de perra le había dirigido la palabra, salvo para los trámites administrativos que no dependían de las computadoras, los que no pasaban de: informe tal cosa, deje constancia, observe los reglamentos, proceda estrictamente como se le ordenó, etc. La siguiente nave de la Tierra traía la orden para que volviera en el próximo viaje. El temía que en la



Tierra lo esperara otra orden de la computadora e imaginaba lo que leería: "Regrese a su origen. Injertará el plástico en leprosos de la clase D. Los cruzará con su clase D. Observará, etc." Parecía que todo estaba bastante claro desde el instante en que todavía nadie le había hablado. Ni inspeccionado. En esto último había algo interesante para masticar. A veces, cuando pensaba así, se estremecía. Funcionaban varios centros ocultos para captar y analizar los pensamientos. Si un día llegaran a espiarlo, irónicamente, su única libertad le cortarían el cuello.

Toda esta situación lo deprimía y lo hacía verse acorralado. Interiormente se creía superior a los parásitos con padres de plástico, que vivían para destruir androides con los tubos y cosas así. Podía comentar estos juguetes al volver, considerando lo que costaban sus cuerpos; hasta podría hacer un informe y meterno en la computadora general de quejas y mejoramientos. Pero no, no era un soplón. Sólo gozaba suavemente con estos pensamientos.

Su investigación sobre los morpólipos era pobre, mediocre, salvo su tesis de que la radiación los afectaba como si fueran lechugas viejas. Pero esto no era nada. Tampoco tenía una sola idea de cómo volver a producir el extraño estado parlante en el enano. Con estos pensamientos, a veces le costaba soportarlo a sus espaldas, colgado del bozal, cargándole los papeles, sirviéndole refrescos o colocándole la silla cuando se sentaba.

Una noche, mientras miraba el te-

cho de su cuarto y toleraba con alguna satisfacción la actividad sedosa de una lengua artificial en su piel, se le ocurrió que debía castigarlo con un pedazo de meteorito. Al comienzo le pareció irracional gracias a su manía por la historia; algo de ella se le había pegado a la piel como una mezcla de recuerdos histéricos. Pensaba demasiado en los hombres del siglo fatídico, y en los llamados héroes de la antigüedad, sobre su gallardía y bondad. No entendía bien estos conceptos y por eso titubeó durante unos días.

Cuando faltaba un mes para volver a la Tierra, mandó al enano al depósito de minerales a buscar lo que necesitaba. El muchacho se colocó el bozal y se fue muy alegre en el tren con las piernitas al aire. Ya había tomado confianza y se desplaza así descaradamente a todos lados. Cuando Mor se quedó solo esa noche, soldó una argolla al meteorito; y a la argolla le ató un cable. De repente se acordó de los Caballeros del Rey Arturo, se tocó la cara, balanceando la maza. Pensó que en alguna vida debió tener una barba rubia que trastornaría glándulas de carne femenina auténtica. Pero pensaba demasiado, debía empezar a controlar el vicio, antes de que el vicio lo tomara totalmente. Sí, estaba cansado del acecho de los controles solapados. No podía pensar tranquilo. Sólo confiaba en las androides que había elegido y programado. Esa noche puso a trabajar con rabia una cinta que decía: "Volumen, fuerza y palabras obscenas". Le resul-

tó estimulante, y la tendría en cuenta más seguido.

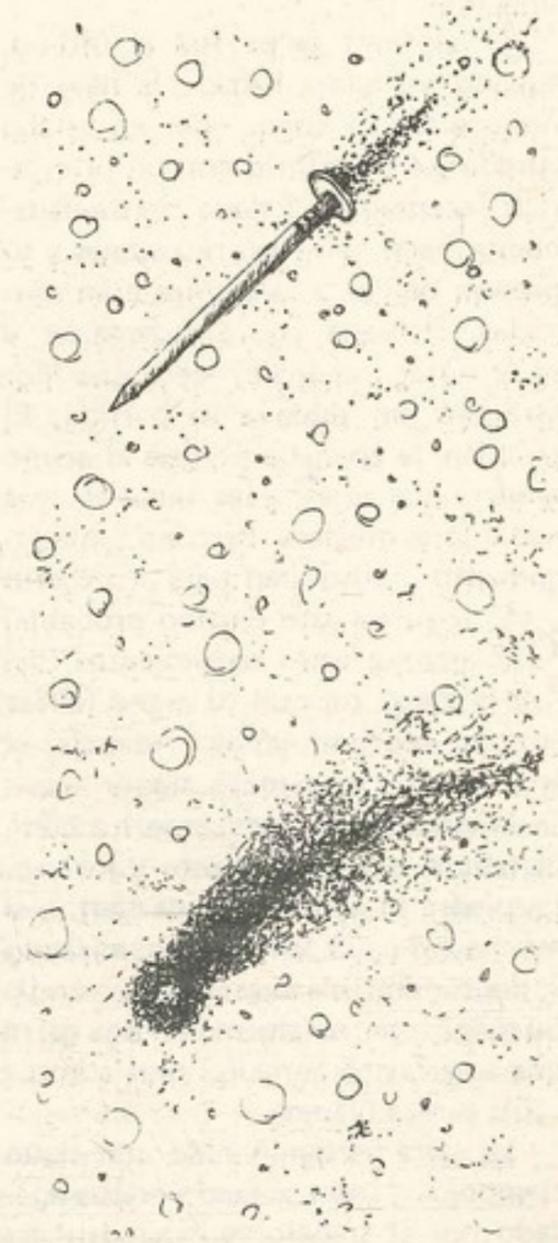
Aún pensó unos días más tarde de la decisión. Una noche le ordenó al macrocéfalo que se quedara en el laboratorio y contara granos de arena sobre una mesa. Llevaba la maza y el cable en el bolsillo de la túnica impecable. El enano vio el bulto grande y pensó algo, con una sonrisita ridícula. "Se está empezando a tomar libertades excesivas", pensó Mor. El enano estaba inclinado sobre la mesa y él le miró la nunca peluda, casi provocativa e insolente. Le vino al cerebro un mensaje histórico, y se vio en México, cerca de 1940, con un zapapicos en la mano sudorosa, en vez de la piedra y el cable. Volvió al presente; trató de hacerlo con maestría. El meteorito era irregular, con filos naturales siniestros. La cabeza cayó como una plomada arrastrando el cuerpecito al suelo, salpicando la túnica del doctor. Este, por un instante, creyó que el cráneo había estallado. Lo tiró de los pies, lo puso en una camilla, mientras la cabeza le parecía una geoda resbaladiza y poco estética. Le aplicó un sedante intravenoso, un coagulante en la cabeza, lo limpió un poco, y esperó con el grabador preparado. Llamó a una máquina aspiradora autónoma e hizo que limpiara la sangre. La computadora decía que los signos vitales eran bastante normales y que el enano iba a salir con la cabeza muy alta. El doctor sonrió al pensar en el humor de las máquinas, pero una culpa maligna lo ruborizó de inmediato. Al

rato el muchacho hipó y balbuceó algo. Parecía un perro tratando de hablar.

Al Mor prosiguió grabando durante tres noches, hasta que el enano se recuperó y no habló más. Anotó todas las reacciones físicas y psíquicas meticulosamente, y las pasó a su computadora personal. Por fin, el cuerpecito empezaba a ceder ante el progreso. Había resuelto no comentar a nadie nada de lo sucedido. Casualmente, o providencialmente, había estado leyendo la biografía del inventor Diesel, y estaba con miedo, o se daba motivos de miedo. Anotó en la computadora general de registros diarios que de un estante había caído un pequeño meteorito, lastimando a un ente MC experimental que trabajaba en el laboratorio. Para los golpes siguientes anotó pretextos similares para llenar las fórmulas, por si alguno de sus "colegas" se molestara en revisar sus rendiciones de cuentas o lo sorprendiera con el macrocéfalo preparado en la camilla. Si no aparecía ningún signo rojo en la computadora, no se tomarían el trabajo de leer todos los informes, y comprobarlos, sólo para perjudicarlo. Lo bueno de la época, pensó, era que había una refinada voluntad para perjudicar a los demás, siempre que no costara demasiado.

El quinto golpe fue menos efectivo, porque en el momento de usar la maza, una acción inconsciente y antigua le traicionó la mano, frenó el cable. Algo no quería que fuera un homicida conciente y responsable, aunque nadie lo juzgaría ni moles-

taría por ello. Aparte de estos extraños remordimientos, a Mor no le quedaron otros. El enano se veía bien y cuando despertaba se mostraba agradecido y respetuoso hacia él, con una mirada expresiva realmente amorosa. Los agradecimientos fueron



constantes, y aumentaban a medida que llegaba la hora del regreso del protector. Este registró el fenómeno mental en la computadora —no creyó que fuera emocional—, además de constatar para sí mismo la formidable capacidad de recuperación, la dureza de tortuga de aquella subraza. Sin duda, el muchacho había sido su pata de conejo definitiva. "Conejo, pensó, otro animalito simpático extinguido".

El séptimo golpe fue el último, cuando ya había llegado la nave de transporte. El enano aún no estaba curado para recibirlo con un pronóstico aceptable. Estaba extremadamente flaco, pero sus reacciones y su presión ocular y sanguínea eran normales. Hablaba coordinadamente y se le notaba apenado, cosa que Mor atribuyó sin duda a su partida. El también se apenaba porque el enano tendría que volver a las minas sin que nadie lo protegiera. Pero no tenía argumento o autoridad para protegerlo y evitar su funesto destino probable. Posiblemente estos sentimientos fueron la causa de que su mano fallara ante el séptimo golpe. Además, el enano había presentado algo y levantó la vista cuando el meteorito completaba el círculo perfecto y furioso. La piedra lo golpeó en una sien, y el muchacho cayó lentamente, mirando al doctor con una expresión horrenda. Su manito se transformó en una garra que se arrastró convulsa por la impecable túnica blanca.

La garra persiguió a Mor por algún tiempo, y a veces, cuando estaba agotado por el trabajo, soñaba con ella

hurgando sucia en su carne. Si la ciencia no explicara todo, él temería que aún en algún lugar alrededor del Sistema, tendría que pagar la maldición que saltó violentamente de los ojos desorbitados por el horror.

Al irse, entregó el enano al hospital de la mina y trató de imaginarse que pronto estaría recuperado, gordo, y que saldría adelante de cualquier manera. Le hubiera gustado que todo fuera distinto; así debía entenderlo su conciencia científica y humanista. Pero su categoría social, precaria y condicional, no le permitía el lujo de la lástima. Ahora entendía la sabiduría de la Ley. Los servidores debían ser mecánicos por razones de eficacia e higiene emocional, para que no sacaran ventajas de los sentimientos de los dirigentes y de las clases superiores.

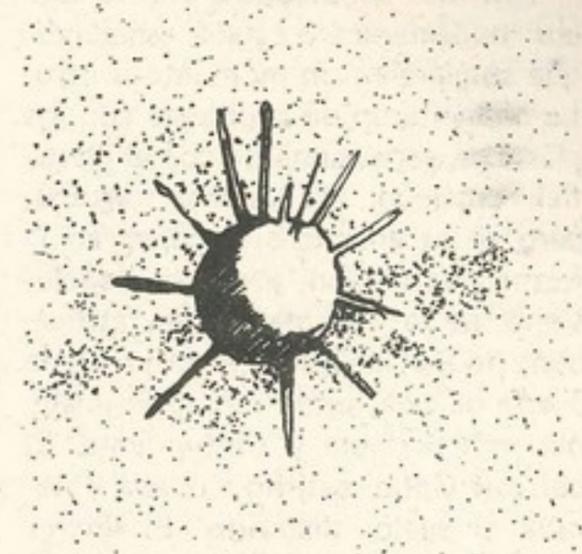
Durante el viaje de regreso, seguía pensando en el viaje de Diesel y temía. Sentía, a pesar de todo, un celo por salvaguardar lo que restaba de la Tierra, pero cualquiera podría eviscerarlo para obtener unos escalones más. Ante un motivo semejante su celo no era nada, y su vida menos que un gesto.

Cuando llegó todo estaba preparado para que descendiera definitivamente a su clase. Algunos jerarcas retenían la orden en la computadora social; deseaban trasplantarse partes que él había perfeccionado y conocía como pocos. Se fue manteniendo en la clase A, y visitó a su padre una sola vez, disfrazado de autómatas revisor de basurales y zonas contaminadas. Su determinación era extraordinaria,

era su todo, y esto lo asombraba; no conocía casi nada que valiera la pena en la Tierra. Su falta de aprecio hacia todo a veces lo desesperaba, y a veces lo endurecía más poniéndolo en la categoría de los sobrevivientes. El no había inventando aquello, no tenía por qué lamentarse ni gemir.

La dificultad para valorizar las informaciones era que no debía exponerse demasiado frente a quienes podían darle el valor que él suponía que tenían. Trató de relacionarse con oficiales de Inteligencia, hasta que llegó al coronel Gobbi, al que había operado y colocado una válvula erectora de Plastiflex Pinter.

Cierto día fue a su casa con el pretexto de rever cómo funcionaba el sistema inyector, y si no era excesivamente voluminoso para ir entre las obesas piernas del coronel. En un momento de la conversación, expuso ideas sobre formas de ataque que podrían sufrir las bases exteriores y las estaciones de vigilancia en órbita. Repentinamente había sentido la necesidad de arriesgarse por fin y dijo que otro se llevara el mérito. Agregó que ambos escalaban montañas distintas, y no habría inconvenientes. El coronel estaba tomando vino fino con la vista turbia y la boca llena de carne; no le contestó nada, mirándolo con frialdad, tratando de computar la figura o las intenciones de Mor y sacar conclusiones rápidas. No tocó las hojas con las fórmulas, ni las miró. Al irse, el doctor le dijo que había recurrido a él porque era su paciente y sabía que servía en Inteligencia. Con los ojos sugirió que allí estaba su fi-



cha de condicional en la clase A, y que aún tenía algunas aspiraciones. Además, se ponía en sus manos; no había mucho que agregar.

Tres días después, Mor fue citado a un lugar de la Junta. Estaban tres hombres desconocidos y el coronel Gobbi, vestidos de civil. Apenas lo saludaron, pero por la forma como se paraban y hablaban supuso dónde trabajaba. No eran sólo unos funcionarios. Pero el doctor tuvo suerte, aunque no lo miraron casi nunca, y le hablaban con asco evidente, para que se diera cuenta.

Allí Mor se encontró con lo que era fundamental y estaba esperando que surgiera en un momento u otro. Le comentaron un problema con los plásticos, especialmente con el Plasti-flex orgánico. No estaban seguros, pero si los enemigos atacaban en la forma que temían, y que las conclusiones de la documentación ratificaban, podían aniquilar lo mejor de la Tierra de una forma difícil de imaginar más perfecta y contundente. El coronel Gobbi casi no hablaba y miraba el suelo, distraído. El doctor Mor sintió un goce extraño y maligno en el pecho. "El perro, pensó, está imaginando si serán o no manejables y rígidos los bulbos retorcidos en el futuro".

—Es el peor regalo imaginable para nuestra clase plastificada —dijo un hombre, con una sonrisa. Después agregó en voz baja—: Tal vez no habrá más remedio que contraatacar de inmediato.

Al día siguiente desalojaron el personal del Laboratorio Espacial de Guerra. El doctor eligió ayudantes y llamó de inmediato a la Estación L. Pero el ente MC original había muerto. Se había fracturado el cráneo en las minas, según el informe. Mor se entristeció pensando que tal vez su pata de la suerte podía haberse terminado. Era supersticioso, a pesar de la época, y se inclinó ante la razón, permitiendo que los pensamientos negativos pasaran hacia otro.

La verdad era que aún no sabía por qué sucedía el fenómeno parlante. Tuvo que decirles esto a los ayudantes, para llenar el aspecto de serie-

dad científica. Podía suponer que era una especie de virus o entidad semejante que venía en los meteoritos y pasaba las instrucciones al cerebro que tocaba. Esto era absurdo, en parte, porque sería un ataque increíblemente lento e ineficaz —para la mente terráquea por lo menos— salvo que existiera algún otro motivo no detectado. El doctor habló de la Tierra brillando maravillosamente azul en el espacio oscuro e infinito, como la había observado desde la nave de transporte. Si lograran descubrir algo más, sería extraordinario el mérito ante la Junta Protectora y su apéndice de Calificación Social. Acá cerró la boca y pensó en su casa propia con espacio para caminar, en sus androides sutilmente programadas con el mejor material, en su sillón favorito frente a la ventana y los árboles del parque genuino. Había momentos en que la vida le parecía inigualable a cualquier otra cosa —dijo, casi gritando—, y por la vida, todo lo que pudieran hacer allí de valor, sería impagable.

Empezó experimentando con mil seres MC y especímenes morpólipos. Siempre había preferido cantidades redondas. Personalmente empezó experimentando con diez morpólipos muy sexuados, y diez MC avanzados, todos sobrevivientes de las minas de la Estación que habían estado en contacto prolongado con el espacio. Unos días después pidió mil ejemplares de la Tierra, para comparar los experimentos.

El trabajo, clasificado como Alto Secreto, era sencillo y aburrido, ya que no había indicios para explorar,

fuera del parloteo y el análisis computado. En la clínica y en el laboratorio se actuaba como si se persiguiera otro fin, no muy claro, y se usaba a los seres casi como ayudantes (era mejor que no sospecharan nada). Por eso era necesario mucho espacio, y pequeños laboratorios para evitar que se vieran y pudieran hablar. No debían perder tiempo en riesgos inútiles y debían preservar el Alto Secreto. Se confeccionaron diez mil capuchas numeradas. Con esto se identificaban rápidamente los casos y no había problemas de doble identidad, confusión o desperdicio por golpes prematuros. El número en la capucha se veía a varios metros y era más eficiente

que abrirles las camisas y leer numeritos en la piel. De manera que golpeaban a uno y lo conectaban a los aparatos electrónicos hasta que hiparían. Era improbable que cualquier verdad, aun la más sutil, escapara a estos ingenios sensibles.

Al principio golpearon quinientos en una semana y esperaron unos días; pero después empezaron a golpear a doscientos por noche. No bien se ponían, los volvían a castigar. Los especímenes de la Tierra no respondieron y a la cuarta prueba se los excluyó definitivamente.

También se excluyeron algunos ejemplares descarados y mentirosos en exceso, o los que sufrían de verborragia congénita. Estaba a la vista que todos los mensajes eran de la misma especie, repetitivos, y sólo distintos en las exposiciones de los que eran más imaginativos. Las informaciones iban a las computadoras instantáneamente y en segundos se conocía cualquier nueva información, si la había. El doctor estaba harto de las repeticiones y dedujo que las mentes habían sido programadas con el mismo mensaje y sistema. Se avergonzó de la miseria de su pensamiento. Pensó que debía cambiar el enfoque si quería dar unos resultados definitivos y contundentes al Comando General. Mejor aún: creíbles. Aún no había llevado ninguna información a la Junta y sólo había trabajado con unos supervisores que estaban para "vigilarlo". Pero no entendían ni les interesaba nada, salvo el hecho de divertirse imaginando formas de cascar mejor a los enanos. En general, los mataban



a los primeros golpes. Esto indignaba al doctor, pero a un Comisario no se le podía decir nada sin correr un riesgo considerable. Era lo que sucedía con la gente de Seguridad.

Como era su costumbre, Mor tuvo la idea del antiguo martillo común mientras una dinamarquesa aprendía a cabalgar sobre él. (Aunque tampoco habían caballos vivos en la Tierra.) No sabía por qué siempre se le presentaban ocurrencias geniales en momentos íntimos. Extendió la mano y apretó un botón. La rubia se desplomó sobre él. Se levantó, la tomó del pelo y la arrastró por la alfombra hasta el placard donde las colgaba. Le desagradaba acabar así, sin que se autohigienizaran, pero al día siguiente lo arreglaría. Se bañó y llamó con un aullido marcial a su ordenanza electrónico para que se pudiera de inmediato a la orden. El aullido marcial lo hizo para su humor; el modernismo, con los autómatas, había matado hasta eso. Si el ordenanza no fuera electrónico todo sería distinto, más entretenido.

Esa misma noche empezó con un marrón de hierro. Siguió con un mazo de madera petrificada. Con un martillo de plástico de chapista antiguo. Con un impulsor de caucho sili- conado para rótulas rebeldes. Había cinco seres desfilando para cada instrumento y él zas, zas y zas. Pero era poco. Experimentó algunos días más con toda clase de objetos contundentes. Cuando llegó al millar de muchachos —aún prefería llamarlos así, con camaradería— sintió un tirón dañino en el codo. No debía esforzarse tanto.

Las computadoras no respondieron mejor que antes y volvió al meteorito bruto, lo cual era desagradable y degradante. Parecían objetos del pasado brutal y apocalíptico de la Tierra.

Mientras los experimentos siguieron aceleradamente, Mor, sintiendo un impulso humanista emocionante, inventó un anestésico que no afectaba el cerebro ni el sistema parlante. Además ideó un plan que impuso a sus subordinados. Hacían que los enanos MC se entretuvieran en algo, como una imagen desnuda en un monitor gigante, y zas, les descargaban la roca. A los morpólidos les mostraban imágenes de androides falladas, o mal hechas, desnudas. En la pantalla ellos no podían distinguirlas de las mujeres de carne y, extrañamente, respondían entusiasmados después del golpe. En cambio, los macrocéfalos no se activaban demasiado y no variaban el parloteo ni por juegos, comidas o paisajes bonitos. Tal vez el anestésico los inhibía para gozar del sexo y de la música, pero más no se podía hacer para ayudarlos. Todo esto pasaba por la cabeza del doctor y, naturalmente, no se lo decía a nadie, ni dejaba que sus actitudes de lástima salieran de su cara.

La experimentación no se extendió demasiado. Los resultados y la rapidez eran vitales para la Tierra, según había considerado el Comando Mayor. Así que el doctor decidió que ya era la hora. Llenó 30 hojas, lamentablemente no muy fáciles de entender para nadie. En que fueran o no creíbles estaba su futuro,

aunque lo ayudaría el pánico general creado por la idea fija de los bulbos retorcidos. La bola de nieve hacía estragos en la clase A y urgía solucionar este tormento antes de que empezaran los suicidios.

La figura de un pez en el centro de complicados diseños geométricos del informe resultó incomprendible para los militares. El pez era estilizado, pero se distinguía perfectamente. Mor no entendía nada de matemáticas e imaginó para sí mismo algo sobre aquella imagen. Los generales hablaban entre sí, sin tenerlo en cuenta, y a veces consultaban detalles con los expertos en física, astrofísica y navegación espacial. También había tres expertos en materiales plásticos y electrónicos, y otros especialistas en ataques de ondas mentales controladas. Parecía que todos pensaban que el ataque enemigo se sustentaba en fuerzas mentales misteriosas. Estaban desesperados; se notaba por la urgencia irracional que los dominaba.

Mor no tenía ganas de verlos más, por el momento, y deseaba irse de la sala cuanto antes. Había plantado su semilla y eso le bastaba.

Los planes de penetración mental —sin tratarlo, decidieron que había efectivamente un ataque foráneo letal— se sustentaban en las secuelas o pequeños defectos del pasado que aún tenían las clases superiores de la Tierra. En efecto, dijo uno de los generales, el pez es un signo de venganza y corrección. Luego esto afectaría la estructura general de los plásticos. Esto ya era más difícil de entender y

no estarían allí reunidos si pudieran contrarrestarlo. Junto al humo de los gruesos cigarros, flotaba la necesidad de hacer algo drástico, urgente, total.

—Yo lo presumo así —dijo un coronel—: Nos atacan con algo que desconocemos y deforma el plástico. Algunos quedaremos vivos, sobre todo los jóvenes que no han sufrido operaciones ni injertos. Los demás, junto con la estructura social... Un conjunto de bulbos parlantes asquerosos e inservibles. Todo quedará para ellos y tal vez les sirva cuando lo recompongan. Claro, a nosotros no. Esto es terrible, porque si esos seres se abstienen de bajar hasta acá a ocupar terreno, la Tierra quedará para las clases C y D y las subrazas degeneradas que sobrevivan, gracias a que no tienen plástico en ningún lado. Muchos de ustedes lo ignoran. Hemos ocultado que varios reconstruidos de la Junta y del Comando ya han muerto por el ablandamiento. Es verdad. Yo mismo, ustedes, todos estamos expuestos en este instante. Ahora debemos resolver si atacamos o nos sentamos a esperar.

El doctor Mor estaba emocionado y sentía cosquillas en la espalda. Miraba al coronel de Inteligencia, que estaba pálido, con las piernas cruzadas, apretadas espasmódicamente. "Qué imaginativos son los humanos", pensó Mor moviendo la cabeza, comprendiendo y sintiendo profundamente el problema.

—¿Y si no fuera más que una amenaza —argumentó un comodoro—, usando a los débiles mentales para que nos transmitiesen la idea del vi-

rus deformante? Nos obligarían a tomar una decisión por algo que no existe más que como una fuerza mental. Con esto tratarían de modificar la materia, y la materia somos nosotros. Los fantasmas nos asustan, pero son inofensivos si sabemos manejarlos.

—Podría ser cualquier cosa —dijo un general que no estaba dispuesto a esperar mucho—. En una de esas el fantasma nos quiere usar a nosotros contra nosotros. Pero, señores, no podemos correr el menor riesgo. Imagínense ustedes a la Tierra dominada por la clase D. Imagínense a los leprosos y miserables de las subrazas con el látigo en este lugar. Y noso-

tros, deformados, retorcidos, sirviéndonos. No, es inconcebible. Seríamos castrados si los dejáramos hacer teniendo las armas que tenemos. La salvación de la humanidad está en nuestras manos. Ahora mismo.

Hubo un largo silencio. El Presidente se dirigió a los técnicos asesores y dijo:

—Retírense ahora. Tomaremos la decisión.

Una limusina del Comando General con banderitas en el motor llevó al doctor hasta su casa. Podría ser un éxito para él, pero se sentía de nuevo sin satisfacción, flotando encima de todo sin demasiados anhelos que valieran la pena. Jamás se le había ocurrido que sería uno de los modificadores históricos del Sistema, por convertir a la Zona R y su planeta en un montón de asteroides miserables. No importaba si las ondas venían de allá o no. Había que hacerlo antes, según los humanos. Según él, sólo era algo que aún no sabría explicar. Aunque el tratamiento de sacarle jugo había sido brillante. La idea general del bulbo retorcido lo había ayudado mucho.

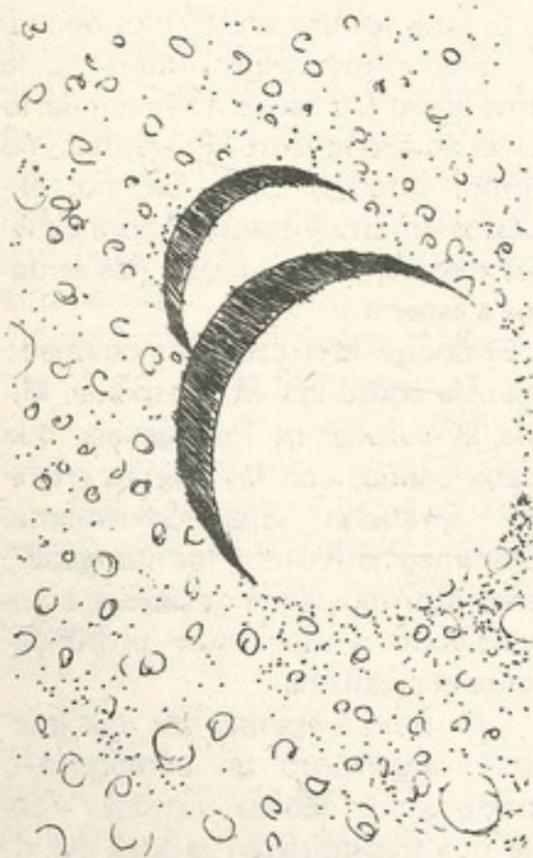
El peligro ya habría pasado. Por un momento creyó que en la reunión algún hombre de Inteligencia iba a pensar que el Plastiflex fallaba a veces, naturalmente, y que todas las informaciones venían de un solo hombre. Y podría agregar que en vez de destruir un planeta y unos seres animalescos poco sociables, sería mejor esperar con prevención y buscar una forma de comprobar si lo que salía de la cabeza de los seres MC venía de

la Zona y era peligroso. O no. Algunos también podían decir sencillamente que los muchachos MC y morpólipos no eran, tal vez, más que antenas involuntarias a las que había que estudiar más.

Al Mor suspiró en la penumbra de su biblioteca. Allí se consideraba sólo un hombre, con algún ingenio, por supuesto. Había que saber sacarle provecho a todas las informaciones. Se sentía muy agradecido con lo que había aprendido leyendo sobre las guerras y tramas del siglo XX. Por momentos se había posesionado de la misión. A veces las personas podían pasar por siniestros conspiradores sin tener otra intención que la de servir modestamente. Había que servir a la Tierra; era un lindo pensamiento.

Entre aquel medio millón de hombres que restaban allí, reponiéndose del pasado, con sus cuatro clases y las subrazas, ninguno como el doctor Al Mor había luchado con tanto ingenio y devoción para ocupar un lugar respetable. Los cocteles de inteligencia, miedo y estupidez siempre habían sido fantásticos. Consciente de mucho, él esperaba que el coctel presente no acabara con el medio millón también, sin detenerse en el número uno que era él, como todos y sus entrañables condiciones humanas.

(c) 1984, Tarik Carson



## ESPACIO DE PUBLICIDAD

Boletín de LA BRUJUTRAMPA Nro. 2 (Segunda serie; exclusiva para Parsec):

En el número anterior, estimados lectores, pudieron ustedes enterarse de la existencia de los arturos y del Pez, así como también de la ciudad de Almarmira, del bosque de Giorla y de algunas presencias que habitan o suelen rondar por allí. Todos los datos que se han obtenido de lo que les aconteció al Pez y a sus amigos en dicho bosque han sido proporcionados por el C.S.I.A. (Consejo Superior de Investigaciones Arturas) y por otras personas que tienen mayor o menor relación con ese organismo. Uno de los últimos documentos que llegaron al consejo ha sido el manuscrito del libro *Almarmira* de Miguel Doreau; en él, su autor cuenta en forma novelada los hechos más significativos de los que participó el Pez en su primera visita al bosque de Giorla. Estos hechos le fueron referidos a Doreau por el mismo Pez y han sido transcritos lo *más fielmente posible*. Deben estar ustedes advertidos de que, como los arturos no se comunican solamente por medio de la palabra, no es muy fácil representar todos sus mensajes mediante la letra, a veces sólo se puede realizar un torpe acercamiento con la esperanza de que el lector no se quede sólo con lo que flota en la superficie. Copiaremos a continuación, para que tengan una muestra, el primer diálogo entre el Pez y el arturo Ezequiel:

... Su cuerpo temblaba, frío y temor, y notó que la emoción lo invadía. El "dejá vu" regresaba con locura.

No era un claro, apenas un espacio sin arbustos bajo un inmenso árbol rojizo...

— ¿Vos sos el Pez?

... las llamas coreaban la danza que las sombras de los troncos ejecutaban a ritmo...

— ¿Vos sos el Pez?

... y ya no era un "dejá vu" sino que él mismo era la danza y la sombra, el coro y la presencia...

— ¿Vos sos el Pez?

— Sí...

Contestó y creyó que mentía; pero no mentía...

— ¿Vos sos el Pez?

— Sí...

— Entonces; te estaba esperando. Debo confiarte dos de las formas mediante las cuales darás con la flecha y el centro.

El Viajero no tenía dudas; si las apariciones anteriores habían estado rodeadas de un halo oníptico, no era éste el caso. Se esforzaba por distinguir a quien se encontraba sentado frente a él, pero la llama lo encandilaba y hacía temblar todo el entorno...

— ¿A mí?

— ¡Claro! ¿No acabás de decir que sos el Pez?

— ¡Sí!

... y no mentía.

— Bien; para la primera forma, tomarás la flecha entre ambas manos, cruzarás el terreno hasta el blanco, la apoyarás y la clavarás.

Algo funcionaba mal, creía estar metido en una gran confusión y sin embargo tenía la sensación de que eso era lo que había ido a buscar.

— Para la segunda, tomarás el arco, tensarás el arco, colocarás la flecha, apuntarás y dispararás...

— ¡Ajá! Pero si sigo este segundo método, podría no darle al centro...

Evidentemente había algo que funcionaba mal, pero ahora ese pensamiento no era suyo, se dio cuenta de que pertenecía a su interlocutor...

— Pero... ¿Vos sos el Pez?

— Sí.

— Entonces, algo imprevisto está pasando; por esas cosas de los olvidos, puede que ya no tengas la fuerza suficiente para tensar el arco; o quizá, por ésas de la fuerza, ya no recuerdes que el centro está siempre en la punta de la flecha...

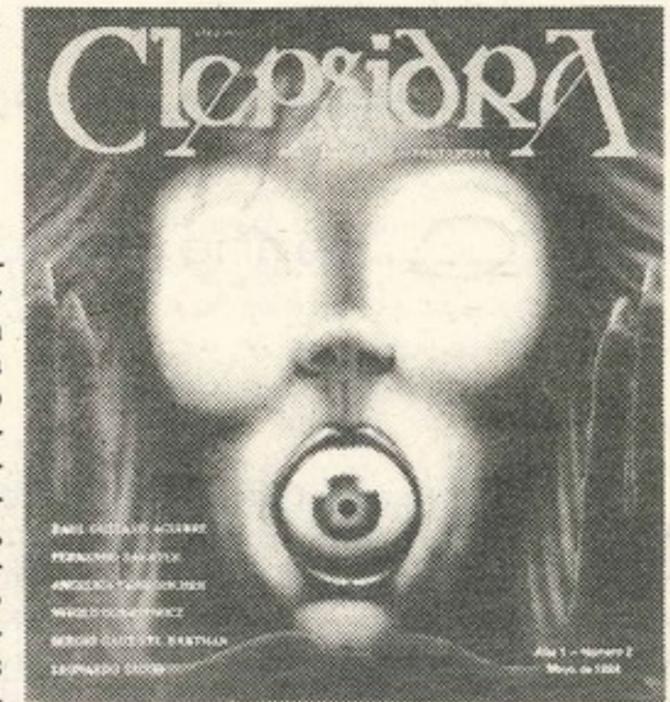
("ALMARMIRA"; Miguel Doreau)

Será hasta el próximo boletín. *Au revoir.*

Los Cómplices. Julio 1984

(c) La Brujutrampa, 1984.

El siguiente es un aviso de CLEPSIDRA, revista cuatrimestral de filantropía y fantasofía:



Se está, en estos momentos, intentando reactivar las ediciones de libros y revistas relacionados con la fantasía y su hija tecno-predilecta: la ciencia-ficción. CLEPSIDRA nace en medio de este esfuerzo placentero pero enérgico y busca fundamentalmente diferenciarse del resto de las revistas, tanto profesionales como de aficionados, y esa diferencia pasa por su intención: la reflexión. Pero reflexión no es lo mismo que crítica, tampoco tiene que ver con cotejar indicadores que supuestamente ofrecen una "medida" del tema en cuestión. La reflexión tiene que ver con una actitud de pregunta y muchas veces se dirige (atenta) contra lo establecido, contra nuestras más caras creencias; es un hecho creativo. CLEPSIDRA también tiene relatos que, con mayor o menor dificultad, lanzan un desafío a su lector. Si usted cree que la fantasía se refiere a aquello que no existe ni existió jamás, si usted no quiere acompañar su lectura con la reflexión y prefiere los relatos llanos (chatos) y las críticas informativas; no la compre, ella no satisfará sus requerimientos. Leer CLEPSIDRA exige un esfuerzo similar al que le ha tomado a ella nacer, un esfuerzo que formará escritores a partir de la formación de lectores. El carácter reflexivo de la lectura hace la diferencia entre lo informativo y lo formativo. Esta es la invitación que CLEPSIDRA le hace. No se apure, piénselo y ojalá se anime.

Suscripción por un año: \$a 250.- Envíe giro o cheque a nombre del: TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital Federal.

Bonificación: a cada suscriptor se le enviarán sin cargo los libros editados por Filofalsía y La Brujutrampa hasta la fecha y los que se editen durante el tiempo que dure la suscripción. Se exceptúa de esta bonificación a la serie PARSEC.

OFERTA VALIDA PARA JULIO DE 1984.

Zenna Henderson (1917-1983) es ampliamente conocida por el ciclo de relatos referidos al Pueblo. Esta historia, que bien puede formar parte de los cimientos del ciclo porque involucra precisamente la catástrofe original, integra el segundo libro, inédito en castellano: *The People: No Different Flesh*.

## LAS PENURIAS POR EL AGUA

Zenna Henderson

Ser el primer habitante de un gran territorio es como ser un náufrago. Si yo hubiera sido un poco más joven quizás habría jugado a ser Robinson Crusoe, sólo que muriendo de sorpresa al encontrar una huella, especialmente una de pie desnudo, en este lugar que está donde está.

Pero no es sólo ser un náufrago en un lugar, sino también en una época. Sentía como si los últimos años del siglo se encresparan en torno a mis rodillas en una marea que me arrastraría hacia el siglo venidero. Viviendo siete años más, no sólo sería siete años mayor, ¡sino que vería el Cambio de Siglo! ¡Imagínense poniendo 19 en lugar de 18 cuando escriban la fecha! Así, en lugar de jugar a Crusoe y escudriñar el horizonte en busca de navíos, yo solía pararme sobre una

roca y medir el círculo del mundo pensando: "¡el Cambio de Siglo!, ¡el Cambio de Siglo!" Y buscaba y buscaba como si el tiempo fuera una marea que llegaría corriendo a través de la tierra en la medianoche del último día de 1899 y yo pudiera ver en ese mismo instante el límite frontal de esa marea aproximándose.

Pero las cosas han sucedido con tal rapidez últimamente que ya no estoy seguro de nada que se refiera a Tiempo o Lugar o Posible o Imposible. De lo único que estoy seguro es de la sequía. Eso es suficientemente real.

La responsabilidad de los hombres de la casa es cuidar del bienestar de las mujeres de la casa, así que ese día había ido con Papá a las colinas donde empezaba Sometime Creek. Tre-



pamos y trepamos a lo largo del ventoso lecho del estero hasta que mis pulmones parecieron detenerse a causa del aire caliente y sentí los botones de mi camisa a punto de estallar. Nos detuvimos y apoyamos contra un peñasco para que yo pudiera recuperar el aliento y para que la sombra enfriara mi cuerpo recalentado. Desde donde estábamos era posible ver kilómetros y kilómetros a través de la región —tan lejos que las montañas, del otro lado de Desolation Valley, parecían flotar pálidamente en el cielo. Debajo nuestro, casi a nuestros pies a causa de la inclinación de la colina, había una fina hilera de mezquites y sauces que bordeaban el río Chuckawalla y, escondida en el algodonado que bajaba hacia la izquierda, estaba nuestra cabaña donde Mamá,

si había terminado de hacer el pan, estaría parada en la puerta, con Merry a horcajadas, mirando hacia arriba del mismo modo en que yo estaba mirando hacia abajo.

—¿Qué pasaría si no encontramos un manantial? —pregunté tragando en seco, deseando una bebida. Se me ocurrió que Papá no contestaría. A veces no lo hacía durante un día o más. Entonces de repente, cuando tú no estás ni siquiera pensando en la misma cosa, él se digna a contestar y espera que recuerdes lo que habías preguntado.

—En ese caso sabremos por qué se llama así al Sometime Creek; un estero que sólo lo es ocasionalmente<sup>1</sup> —dijo—. Si ya te has refrescado lo suficiente ve a buscar un trago.

—Pero siempre hemos tenido el río —dije inclinándome sobre el borde del agua que bullía debajo nuestro. Fluía con tal fuerza que no podía sorber. Tenía que morder para obtener una pizca. La sentía fresca y sabía a cieno. Estaba bastante poco profundo y mi nariz chocaba con el fondo cuando hundía la cara ardiente dentro de su frescura.

—No siempre. —Papá esperó a que yo terminara para a su vez ahuecar las manos en una pequeña cascada un paso aguas arriba y bebió un poco—. Está bajando con un caudal que es la mitad del de la semana pasada. Ayer me dijo Tanker, cuando se detuvo por los melones, que en el Coronas Atlas no hay ni rastros de nieve a pesar de que el verano recién empieza.

<sup>1</sup> Sometime Creek: literalmente "Estero a veces" (N. de la T.)

— ¡Pero nuestro huerto! —Sentí un pavoroso hormigueo en el estómago—. ¡Todos nuestros campos!

—Nuestro huerto —dijo Papá sin que su voz denotara el menor alivio, la mínima confianza—. Y todos nuestros campos.

No encontramos un manantial. Nos paramos en la cima de la vertiente —demasiado escarpada para seguir trepando— y contemplamos cómo el agua descendía desde un punto que no alcanzábamos a ver. Observé a Papá allí parado, un pie apoyado sobre la elevación, la rodilla flexionada como si se propusiera trepar la roca escarpada mientras miraba el agua cayendo.

—Si el río se secara —arriesgué—, el estero sería insuficiente para regar todo.

Papá no contestó pero regresó al pie de la colina.

Bajamos en la mitad del tiempo que nos tomó subir. Parte del camino de regreso lo hicimos a los tropezones y sintiendo por todas partes los arañazos de los matorrales. Papá tuvo que arrancarme las minúsculas espinillas que se adherían a mis ropas como uñas y desgarraban las palmas de mis manos y una de mis mejillas con sutiles rasguños.

—La gente tiene que beber —dijo Papá—. Y los animales.

Estábamos alcanzando el nivel de la llanura cuando finalmente comprendí lo que Papá quería decir. El ya había sacrificado nuestro joven huerto y vuelto la espalda a la siembra de verduras —que era nuestro sostén— y a los marchitos campos de al-

falfa. Se limitaba a medir el agua necesaria para mantenernos con vida y resistiendo a duras penas en el Fool's Acres Ranch.<sup>2</sup>

Mamá y Merry nos encontraron cuando bajábamos por el sendero. Tomé a Merry como si se tratara de un bulto y bajé con ella hacia la casa. Se suponía que yo debía ignorar que Mamá iba a tener un bebé en un par de meses. Los muchachos no se dan por enterados de esas cosas, ni siquiera los que pasan de quince y ya casi son hombres.

Aquella tarde nos sentamos alrededor de la mesa como de costumbre y nos leímos los unos a los otros. Yo leí primero. Estaba leyendo Robinson Crusoe por segunda vez desde que llegáramos al rancho e iba justamente por la parte en que Crusoe está contando las semillas de trigo y trata de imaginar la mejor manera de plantarlas. Esa es la parte que más me gusta, más que todo lo demás, páginas íntegras donde él habla filosóficamente sobre la soledad y las grandes necesidades, esos temas que se resisten a ser tratados con palabras. Pero a veces, mirando hacia afuera a través de la llanura y sabiendo que Papá y Mamá y Merry y yo estábamos tan lejos de todo, sabía cómo se debía sentir Crusoe. Bueno, quizás el nuevo bebé fuera un varón.

Yo leía bastante bien. Papá no tenía que corregir mi pronunciación muy a menudo. Entonces le tocaba leer a Mamá y ella leía Sentido y sen-

<sup>2</sup> Fool's Acres Ranch: literalmente "El rancho de los tontos" (N. de la T.)

sibilidad y yo la escuchaba aun cuando todo aquello me resultaba aburrido y estúpido. Tú nunca sabes cuándo Papá te va a preguntar acerca del significado de alguna palabra, ¡y es mejor que tengas idea!

Entonces Papá leía las Vidas paralelas de Plutarco que tiene partes divertidas y terminábamos al anochecer con versículos de nuestra Biblia y oraciones.

Yo estaba medio dormido antes de que la lámpara se apagara, pero me desperté por completo cuando oí la voz de Mamá arrastrándose gravemente.

—Podría ser mejor con la minería. Es una buena región para la minería.

—La minería no es para mí —dijo Papá—. Quiero sacar cosas vivas de la tierra. Puedo sentir que soy parte de cosas que crecen y nada me habla más de Dios que un campo listo para la cosecha. Tener comida allí donde sólo había un puñado de semillas... y fe.

—Pero si finalmente tendremos que renunciar al rancho de todos modos... —Mamá hablaba desmayadamente.

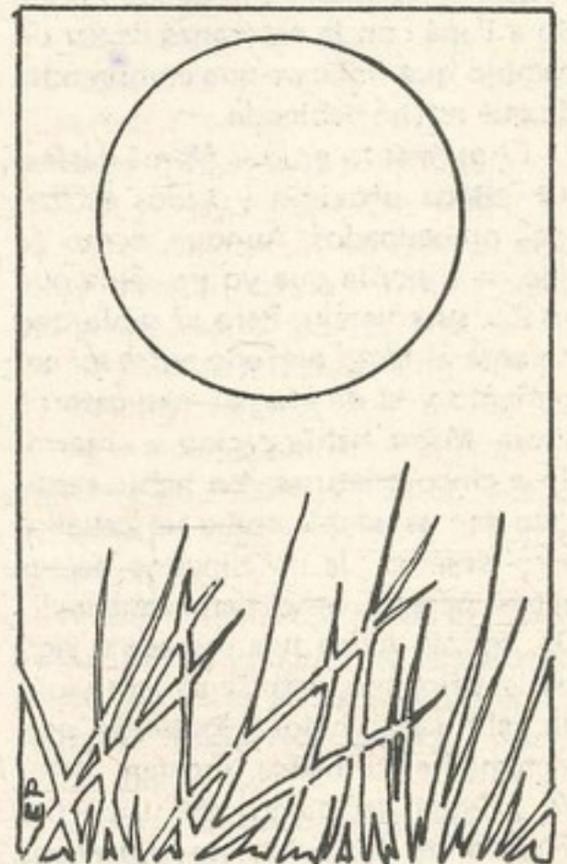
—No renunciaremos. —La voz de Papá era firme.

Papá y yo cabalgamos en la carreta de suministros desde la mina de Raster Creek, sobre el puente de madera que une las orillas del río de menguado caudal, hasta nuestra última tranquera. La abrí luchando con la abrazadera de alambre que sostenía la punta del poste mientras Papá le agra-

decía a Mr. Tanker por los diarios que nos había alcanzado.

—Siento que haya tan poco para ustedes esta vez —dijo Tanker echando una mirada a las flojas bolsas de arpillera y a las cajas medio vacías—. Y esto es todo lo que queda.

Mr. Tanker reunió las riendas. —Ahora podrá reconocer que averiguó el motivo por el cual su rancho se llama así; sólo los tontos se meten en este lugar. Usted es el tercero que trata de cultivar aquí. Esta es una zona de extracción. Nunca será otra cosa. No hay agua permanente. Es una lástima que no lo haya intentado en Las Lomitas, más allá del Coronas. Por allá abundan los pozos artesianos. Cada rancho tiene dos o tres manantiales y estanques con árboles y



peces. Es un camino endemoniadamente largo para recorrer con una carreta, téngalo en cuenta. Quizá si esto fuera un estado en lugar de un territorio...

Papá y yo lo vimos cabalgar alejándose, envueltos en la nube de polvo que levantó al partir. Fuimos hacia los tablonés que atravesaban la corriente y nos detuvimos a mirar los pocos charcos unidos entre sí por hilos de agua que el Sometime Creek entregaba en su cada vez más magro fluir. Al cabo de un rato Papá preguntó qué significaba Las Lomitas en inglés. Y yo luché con ese poquito de español que había aprendido en las sesiones vespertinas de lectura. Sonreí aprobadoramente cuando le dije que quería decir algo así como las pequeñas colinas y me quedé mirando a Papá con la esperanza de ver un cambio que indicara que comprendía de qué estaba hablando.

El momento en que Mamá daría a luz estaba próximo y todos estábamos preocupados. Aunque, como ya dije, se suponía que yo no sabía qué estaba sucediendo. Pero sí sabía que durante el largo período entre mi nacimiento y el de Merry —casi catorce años— Mamá había parido y enterrado a cinco criaturas. Yo había resultado tan saludable como un caballo, pero después de mí ninguno de los bebés parecía apto para sobrevivir. Oh, quizás vivían una semana o algo así, al principio, pero finalmente sólo un débil jadeo o dos y los bebés, perfectamente formados, morían. Y todo porque estábamos tan lejos del Este donde había doctores y parteras

y comodidades. Yo esperaba que Mamá renunciara después de que murió el quinto bebé porque no vino ninguno más después de nuestra llegada al Fool's Acres. Cuando supimos que Merry estaba en camino, pude sentir el crecimiento de la ansiedad. En realidad yo no podía recordar a todos esos otros bebés porque era demasiado chico. Habían llegado cada año con regularidad después de mí. Pero habían sido diez los años entre el último de ellos y Merry. Entonces, cuando Merry nació en este desierto con Papá como partera, ninguno de los dos se animaba ni siquiera a respirar por miedo a que la niña muriera. Pero ella era como yo: grandes pulmones, buen apetito y ni la menor idea de la diferencia entre el día y la noche.

Por mucho tiempo Mamá no pudo creerlo y acostumbrada a interrumpir lo que estaba haciendo para ir a tocar a Merry, sólo para estar segura de que seguía viva.

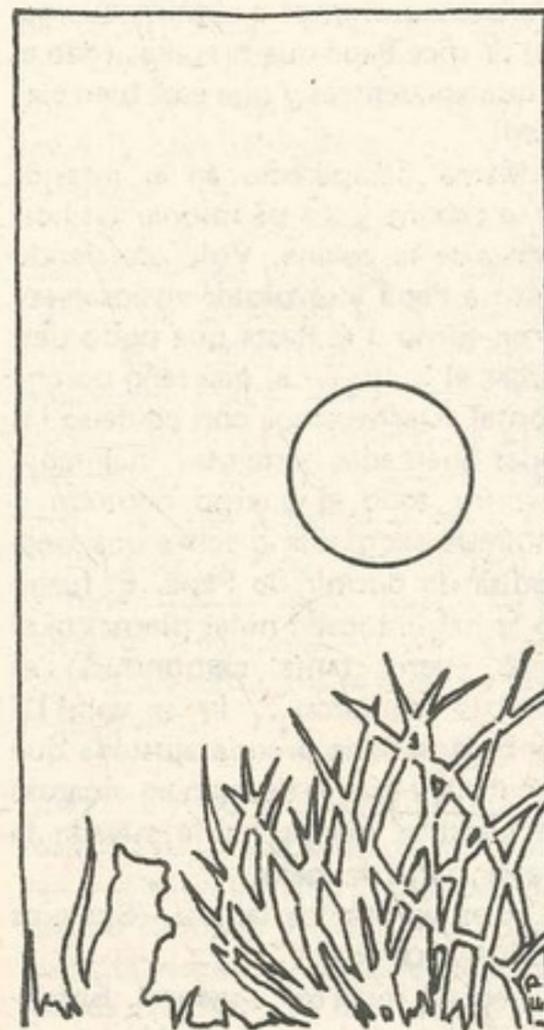
Y ahora otro bebé estaba a punto y el polvo y la desolación se habían instalado sobre el rancho y toda la región con excepción de nuestro huerto. Papá explicaba que el curso vertical de los ríos en un área desierta como aquella era, de lejos, lo que permitía que nuestros jóvenes árboles se mantuvieran vivos.

Sin embargo llegó un día en que tomé un balde y fui a buscar un nuevo lugar donde sumergirlo porque el habitual donde el estero fluía en el río era tan poco profundo que hasta un balde de hojalata excavaba tanta arena como agua en el intento.

Yo había empezado por el Sometime Creek con la esperanza de hallar un charco más profundo y me había detenido para recostarme en el filo de sombra de un peñasco cuando eso sucedió.

¡Rugiendo! ¡Llamando! ¡Como una locomotora atravesando el cielo! ¡Una fuente de fuego con alas en forma de flecha! ¡Una vasta flama que bramaba a su paso por Desolation Valley!

Me acurruqué aterrorizado contra el peñasco, mis ojos parpadeando a causa de la violencia y velocidad de



aquel trueno, mi frente perlada con gotas de sudor y mi cabello erizado por la impresión. Algunas de las llamas que chisporroteaban en el cuerpo principal se oscurecían a medida que esté buscaba zigzagueando el encuentro con el suelo, como hojuelas de papel carbonizado en una fogata. Pero algunas de esas escamas negras se precipitaban separándose como agujones enfurecidos y una de ellas —una llama que retenía su forma a medida que se oscurecía y se hundía en la atmósfera en un arco descendente y estruendoso desde los cielos— ¡estaba cayendo directamente sobre mi cabeza! Levanté los brazos para cubrirme la cara y sentí algo que chocaba delante mío con un sonido restallante que estremeció la colina.

Y la tranquilidad regresó al rancho.

Sólo una breve tranquilidad. ¡Oí el crepitar de las llamas y vi elevarse el humo! Me lancé colina abajo tropezando, hacia la llanura, viendo cómo las llamas iluminaban y corrían por nuestros campos de escoria seca, sobre nuestra casa, a través de nuestro joven huerto, por toda la extensión de hierba quebradiza de Desolation Valley, dejando sólo un leve tizne en el cielo y cientos de kilómetros de tierra chamuscada. Había sucedido en otros lugares durante la época de sequía.

Resbalando me detuve en el límite de las llamas, y, como no tenía nada mejor que hacer empecé a ahogar las pequeñas lenguas de fuego pateando hollín sobre ellas.

— ¡Barney! —Oí que Papá gritaba—. ¡Aquí hay una pala!

Enjuagué las lágrimas que cubrían mis ojos con los nudillos y fui tropezando a su encuentro al mismo tiempo que él venía hacia mí.

— ¡Evita que trepe la colina! —Y corrió hacia las malezas que limitaban el campo de alfalfa.

Unos minutos después yo dejaba caer arena sobre el último grupo de hierbas humeantes y las golpeaba con el revés de la pala. Habíamos tenido suerte. El área estaba bastante bien circunscripta entre la colina y la base del campo. Sentí mi cara tiznada por el hollín cuando me limpié el sudor de la frente con el dorso de la mano. Papá estaba fuera de mi vista en algún lugar de las colinas. Sosteniendo la pala en alto miré a mi alrededor para descubrir si necesitaba ayuda. ¡Había otro foco de incendio! En tensión dejé caer la punta de la pala. Entonces la herramienta golpeó ruidosamente el terreno y yo sentí la vibración en mis rodillas.

¡Una mano ennegrecida emergió del bulto carbonizado! Los dedos se movían en forma convulsiva y terminaron por apretarse hasta formar un puño. El bulto rodó sacudiéndose.

— ¡Papá! —chillé—. ¡Papá! —Y me aferré al rescoldo oscuro. Arranqué un puñado de materia chamuscada, y en el momento que llegó Papá mis manos también lo estaban.

— ¡Cuidado! ¡Cuidado! —Papá se aproximó a mí con la mayor cautela—. Aquí estoy, déjame a mí. —Retrocedí acariciando mis dedos ampollados. Papá se manejaba con torpeza frente al bulto y repentinamente vi cómo lo desgarraba de una punta a otra y tira-

ba para afuera del mismo modo en que se hace para retirar el cereal de la vaina... ¡para revelar el cuerpo retorcido de una persona!

— ¡Está seriamente quemado! —dijo Papá—. La cara y las manos. Ayúdame a levantarlo. —Ayudé a Papá a poner el cuerpo entre sus brazos mientras él se tambaleaba y enderezaba alternativamente—. Ve y dile a tu madre que hierva todo el té que encuentre en la casa... ¡bien cargado! —Me precipité corriendo hacia la casa, llamando a Mamá y exclamando así como vi su ansioso semblante:

— ¡Papá está bien! ¡Yo estoy bien! ¡Pero encontramos a alguien quemado! ¡Y dice Papá que prepares todo el té que encuentres y que esté bien cargado!

Mamá desapareció en el interior de la cabaña y yo oí resonar las hornallas de la cocina. Volví corriendo junto a Papá y revoloteé ansiosamente en torno a él hasta que pudo descargar el bulto en el pequeño porche frontal. Despegamos con cuidado las ropas quemadas hasta que finalmente tuvimos todo el cuerpo desnudo y pudimos acomodarlo sobre una vieja camisa de dormir de Papá. El fuego no le había tocado ni las piernas ni el torso, pero tenía carbonizado el hombro izquierdo... ¡y su cara! ¡Y los brazos! Una prenda ajustada que lo cubría y que se deshizo en escamas en nuestras manos había salvado la mayor parte del pelo.

Papá apretó los labios. —Sus ojos —dijo—. Sus ojos.

— ¿Está muerto? —susurré. Entonces obtuve una respuesta: Una mano

ennegrecida se levantó y se agitó. La tomé con sumo cuidado entre las mías, las ampollas de mis dedos se estiraban cuando flexionaba los dedos. La cabeza ennegrecida giró y la boca se abrió, en silencio, y volvió a cerrarse, la cara contraída de dolor.

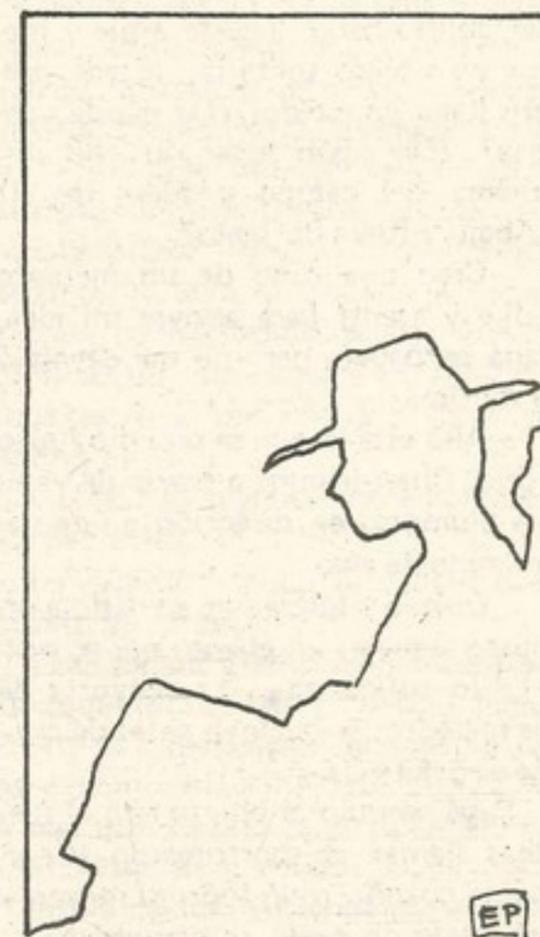
Trabajamos sobre el muchacho —que quizás era algo mayor que yo— toda la tarde. Mi tarea consistía en traer baldes de agua del lugar en que esta manaba y la pasábamos por un cedazo de muselina para quitarle el barro. Lavamos al muchacho hasta que localizamos todas sus heridas y limpiamos los lugares con té frío bien cargado y pusimos compresas de té alrededor de las que estaban peor. Mamá trabajó todo el tiempo con nosotros, hasta que la carga del bebé la dejó sin aliento y tuvo que detenerse.

Mamá le había dado a Merry un pedazo de pan para que se entretuviera y la acomodó en el corralito junto al porche cuando trajimos al muchacho. Ahora Merry estaba llorando, con la cara cubierta de suciedad, el pan sucio de arena. Mamá la alzó con gran esfuerzo y me sonrió débilmente por sobre la cabeza de la niña. —Sería mejor que la dejara llorar un poco más —dijo—, ¡así su cara estará tan mojada que me libraré de lavarla!

Creo que todo el té que pasó por mis manos ayudó que éstas no estuvieran tan mal al fin del día. Las ampollas se habían formado y roto, pero yo sólo necesité vendar mi pulgar e índice derechos con tiras de una vieja enagua

de Mamá. Dejamos a Mamá con el muchacho, ahora limpio y tranquilo sobre mi jergón, la cara cubierta de compresas húmedas, y bajamos lentamente por el sendero que yo había recorrido tantas veces durante esa tarde. De paso llevamos los baldes a la charca donde la profundidad ya era de sólo diez centímetros y seguimos caminando hasta el lugar del fuego.

— ¿Un meteoro? —pregunté mirando a través del campo de cenizas—. Creía que los meteoros sólo caían de noche.



—No pensaste correctamente sobre el asunto o te habrías dado cuenta de que la noche y el día no tienen nada que ver con los meteoros —dijo Papá—. ¿y es meteoro el término correcto?

—Es gracioso que este tipo estuviera en el lugar exacto en el momento exacto que el trozo de meteoro impactara aquí —dije alejándome prudentemente de la pregunta directa de Papá.

—Extraño es una palabra mejor —me corrigió Papá—. ¿De dónde vino el muchacho?

Dejé que mis ojos barrieran el amplio horizonte que nos rodeaba. Nadie podría haber llegado a pie y menos un viajero solitario, desde ningún lugar conocido! ¿De dónde vendría? ¿De algún lugar ubicado por encima del campo y fuera de él? ¿Abajo y fuera del cielo?

—Creo que rodó de un meteoro —dije y asentí para apoyar mi idea. Papá parpadeó, pero no me devolvió la sonrisa.

—Allá está lo que se prendió fuego —dijo. Chapaleamos a través de cenizas plumosas en dirección a una negra masa de algo.

—Quizás pudiéramos enviarlo a un museo —sugerí en cuanto nos acercamos lo suficiente—. La mayoría de los meteoros se queman antes de chocar con la tierra.

Papá empujó el objeto con el pie. Unas llamas chisporrotearon brevemente cuando rodó sobre sí mismo y una mata de pasto se carbonizó, las puntas de las hojas se retorcieron y rizaron temblorosamente.

—Todavía quema —dijo Papá apoyándose con cautela sobre sus talones. Empujó el objeto con un pedazo de roca y se oyó un sonido metálico—. ¡Metal! —exclamó. Sus cejas se levantaron—. ¡Dios mío!

Probamos cuidadosamente con palos que obtuvimos en la ladera de la colina y lo aporreamos con piedras para mantener nuestras manos alejadas del calor. Nos sentamos y nos miramos el uno al otro. Sentí un estremecimiento producido por alguna cosa que se parecía al miedo en mi interior.

—¡Esto... esto ha sido fabricado! —dije—. ¡Es un largo caño de metal... o algo! Y yo apuesto a que él estaba adentro, pero, ¿cómo podría haber estado? ¿Y cómo pudo llegar a estar tan alto en el cielo para precipitarse de esa forma? Y si esta pequeña cosa ha sido fabricada, ¿qué era la cosa grande de la cual salió?

—Voy a buscar agua —dijo Papá levantándose y levantando los baldes—. No te vuelvas a quemar.

Aguijoneé el metal ennegrecido. —Fuera del cielo —dije en voz alta—. Tan alto y tan rápido como un meteoro para generar ese calor. ¿Qué estaría haciendo allá arriba? —Hice rodar otra vez el armatoste de metal con el palo. La grieta terminó de abrirse a medida que giraba y una pequeña caja metálica cuadrada saltó en medio de las cenizas. Raspé uno de los lados y la levanté con cuidado. El hollín que la cubría ennegreció mis vendas y mis manos. Se veía como una caja común y corriente y su tamaño era tal que yo podía soste-

nerla con las manos. La miré, repentinamente sobrecogido y aterrado por la idea de rugientes meteoros y espacio vacío y tierras arrasadas y excavé precipitadamente un agujero en el suelo contra la roca, sepulté la caja y eché tierra sobre ella. Entonces fui al encuentro de Papá y le saqué de la mano uno de los baldes. No nos dimos vuelta ni una vez para mirar el amasijo de metal retorcido que dejábamos a nuestras espaldas.

Cuando fue a controlar las quemaduras del muchacho a la mañana siguiente, Papá casi no podía creer lo que veían sus ojos. —¡Ya están curadas! —le dijo a Mamá—. ¡Mira!



Me aproximé un poco para ver también y estuve a punto de volcar el aceite de oliva que usábamos en el cuerpo quemado. Miré la muñeca izquierda del muchacho, donde yo recordaba que había una gran herida en carne viva donde termina el puño de la ropa. La muñeca estaba seca y cubierta con una piel nueva, color rosa pálido.

—Pero su cara —dijo Mamá—; ¡su pobre cara y sus ojos! —Se volvió parpadeando lágrimas y buscó una taza de agua—. Debe beber grandes cantidades de líquido —dijo como quien recita un dogma de fe.

—Pero si está inconsciente... —arriesgué apoyado en mis pocas clases caseras de primeros auxilios.

Papá levantó la cabeza y los hombros del muchacho con cuidado, pero todas sus preocupaciones no eran suficientes. El muchacho se quejó y murmuró algo. Papá sostuvo la taza cerca de la boca ampollada y volcó el agua en los labios reseca. Hubo un momento de pausa y entonces se tragó el agua con avidez y volvió a murmurar.

—¿Más? —preguntó Papá con claridad—. ¿Más?

La cara giró hacia él y no hubo respuesta.

—Necesitará que lo cuidemos mucho durante un tiempo —dijo Papá a medida que revisaba las quemaduras y reemplazaba los vendajes—. ¿Te parece que te podrás arreglar en las condiciones en que estás?

Mamá asintió. —Barney me ayudará a levantarlo.

—Seguro que ayudaré —dije, y di-

rigiéndome a Papá— :¿Debería haber dicho meteorito?

El asintió con un gesto grave. —Hay otros planetas —dijo. Y dejó flotando la idea para que yo la rumiara.

Papá gastaba los días cavando en el lecho del río en busca de agua. Había localizado un manantial de regulares dimensiones que garantizaba agua suficiente para nuestro ganado. Todavía podríamos hallar agua potable para nosotros en Sometime Creek. Pero el tenue resplandor azul del cielo trajo más y más calor metálico. Era como una mano, presionando todo lo que tenía debajo para embutirlo en la tierra polvorienta y muerta.

El muchacho no tardó en sentarse y comer un poco de lo poco que teníamos. Pero aún no habíamos obtenido ni una sola palabra de él, ni un sonido, ni siquiera cuando le cambiábamos la ropa rozándole el carbonizado hombro izquierdo, o cuando las costras de la mejilla se desprendían y sangraban.

Entonces, un día, cuando todos nosotros habíamos salido de la cabaña, esforzando la vista para elevar una plegaria a la débil sombra de una nube que yo creía haber visto sobre la cumbre del Coronas y regresábamos descorazonados, lo encontramos sentado en la mecedora de Mamá junto a la ventana. Pero tuvimos que levantarlo y llevarlo de vuelta al camastro. Sus pies parecían haber olvidado cómo se forman los pasos.

Papá lo miró yacer en el jergón, tan quieto. —Si pudo hacer eso y lle-

gar hasta la ventana, también puede empezar a cuidarse solo y atender sus propias necesidades. Mamá está suficientemente sobrecargada así como está.

Eso suponía que yo era quien debía explicarle que ya no habría bacinilla para él, ¡pero que el orinal estaba debajo del jergón! ¿Cómo se le explica algo a alguien que no puede ver y que no habla y de quien ni siquiera se pueda estar seguro de que te escucha?

—Ven, compañero —le dije, contento de tener la cabaña para nosotros solos. Tironeé del brazo sano y lo apremié hasta que logré que se sentara. Sus dientes castañeteaban y los pies le colgaban sobre el filo del camastro. Sus manos se dirigieron hacia mí y tanteó mi mejilla. Su cara vendada giró hacia mí y le temblaron las manos. Entonces trazó mis ragos rápidamente, rodeó la cabeza y bajó hasta los hombros. Suspiró aliviado y dejó las manos reposando en mis hombros. Su boca dibujó una sonrisa fantasmal y tocó mi muñeca.

—¿Qué esperabas? —reí—. ¿Cuernos?

Fue el momento de sentime pasmado. La yema de su dedo rozó mi frente en el lugar exacto en que yo había visualizado un cuerno con dos curvas y una brillante punta negra.

—¡Bien! —dije—. ¡Un lector del pensamiento!

En ese momento entraron Mamá y Papá a la cabaña. El muchacho se desplomó sobre el jergón. Bueno, las explicaciones podían esperar.

Tomamos la merienda y le ayudé

a Mamá a limpiar todo. Estaba transportando los libros para la lectura vespertina hacia el círculo de luz que proyectaba la lámpara sobre la mesa cuando un leve movimiento sobre el jergón llamó mi atención. El muchacho estaba sentado en el borde, listo para ponerse de pie. Me abalancé sobre él preguntándome qué haría con Mamá en la habitación. Alcancé el brazo del muchacho y miré a Papá. Mi boca se abrió y quedé pasmado por mi capacidad para saber lo que el muchacho quería y más aún de que él supiera algo sobre la Casita de afuera. Pero una mano se cerró sobre mi brazo y me dirigí hacia la puerta con el muchacho. La puerta se cerró a nuestras espaldas con un golpe seco. Nos dirigimos hacia la Casita por el sendero, a través de la oscuridad estrellada. El entró. Yo lo esperaba en la puerta. Salió y volvimos juntos por el sendero y entramos a la casa. Se acomodó en el jergón, dio vuelta la cara alejándose de la luz y se quedó quieto.

Mojé mis labios atónitos y miré a Papá. Sus labios se curvaron.

—¡Pareces una mamá gata! —dijo.

Pero Mamá no estaba sonriendo cuando me deslicé hasta mi lugar en la mesa. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos y negros.

—¡Pero él no tocó el suelo, James! ¡No dio ni un solo paso! ¡El... él flotaba!

¡Ni un solo paso! Recordé velozmente nuestra caminata y no pude identificar el ritmo de ningún paso, para nada, excepto los míos. Interrogué a Papá con los ojos, pero él se li-

mitó a decir: —Si va a vivir con nosotros debe tener un nombre.

—Timothy —dije instantáneamente.

—¿Por qué Timothy? —preguntó Papá.

—Porque ése es su nombre —dije llanamente—. Timothy.

Timothy se acercó a la mesa a comer al cabo de un rato, vestido con algunas ropas más. Era maravillosa la facilidad con que manejaba el cuchillo y el tenedor y la cuchara a pesar de



que todavía tenía los ojos vendados y ocultos. Merry le dirigía alegres balbuceos, sacudiendo hacia él su cucharita, y esas pocas palabras significaban tanto como toda nuestra charla, aunque aparentemente fueran nada. El se esforzó tratando que sus pies formaran pasos, de modo tal que Mamá no tuviera motivos de queja.

Empezó a compartir con nosotros las lecturas vespertinas, aunque sin manifestar su presencia. No habría habido diferencia si nos hubiéramos mantenido en silencio. Se limitaba a sentarse con nosotros y se quedaba quieto. Excepto que después de la primera tarde hacía un signo con la mano al comienzo y al final del momento de las oraciones. Lo hacía con el brazo derecho porque el izquierdo todavía no funcionaba a causa de las quemaduras.

Aunque las quejas de Mamá en torno a la ausencia de pasos en Timothy estaban superadas, había toda una gama de temores que yo no podía alejar de mi mente. Los campos calcinados y barridos por el polvo y más aún la lenta agonía de las hojas de los árboles de nuestro pequeño huerto. Yo estaba empezando a oír cosas. Bien, no a oír, ya que no había palabras, pero sí a saber cosas. Empezó con la sed de Timothy y siguió cuando él tenía necesidad de ir a la Casita. Empecé a saber qué comida le gustaba más y cuáles no le importaban. Esto me asustaba. Yo no quería saber... no sin palabras.

Entonces llegó el momento de Mamá. Al final, cuando los dolores em-

pezaron a repetirse, Papá nos alejó a mí con Timothy y Merry fuera de la casa, lejos de la tarea que ambos tenían ante sí. Yo sabía de la angustia que los invadía, al margen de la zozobra habitual en todo nacimiento, así que recé en silencio cuando alcé a Merry y conduje a Timothy ante mí, hacia el huerto. Y cuando mis oraciones superaron su propia ansiedad y se disolvieron en un mundo sin palabras, hablé.

Le conté a Timothy todo acerca del rancho y la huerta y cómo Papá me había encontrado la otra noche derramando una taza de agua potable sobre la tierra, junto a mi arbolito preferido y cómo me había dicho que aquello no ayudaría porque las raíces estaban a demasiada profundidad como para que ese pequeño sorbo de agua las alcanzara. Y le conté sobre todos los bebés que habían muerto y qué saludable que era Merry, pero que estábamos muy angustiados por el nuevo bebé. Y... y..., bueno, balbuceé hasta que me vacié de palabras y me senté debajo de mi árbol favorito, temblando en el aire caliente y acunando a Merry. Puse mi cara contra su pelo revuelto para que nadie pudiera ver mi cara arrasada por las lágrimas. Una vez que me las ingení para enjuagarlas levanté la vista y parpadeé.

Timothy se había ido. ¡Se dirigía hacia la casa sin dar un solo paso! Sus pies tocaban ligeramente los surcos del huerto. Llevaba los brazos hacia adelante como hacen los sonámbulos, pero se iba colando entre los árboles como si pudiera ver. Me precipité de-

trás de él arrastrando a Merry tan desmañadamente que se me escapaba de los brazos, la ropa arrugada, las piernas desnudas al viento y los sollozos ahogándose entre los pliegues de la falda. La sostuve con más seguridad y, envolviéndola con su propio vestido a medida que corría, la deposité en el corralito del porche. Timothy estaba trasteando con el pasador de la puerta. Lo abrí y penetramos en la casa.

Papá se afanaba sobre un pequeño bulto en la refregada mesa de la cocina. Timothy se inclinó sobre la cama de Mamá y sostuvo una de las manos de ella entre las de él, apretándola con firmeza. La respiración de Mamá se fue aquietando entre sollozos y temblores. Se dio vuelta y clavó los ojos sobre la muñeca libre.

—No ha llorado —susurró desesperanzada—. ¿Por qué no llora?

Papá volvió de la mesa, agobiado. —Ni siquiera alcanzó a respirar, Rachel. Está perfectamente formada, pero no respiró para nada.

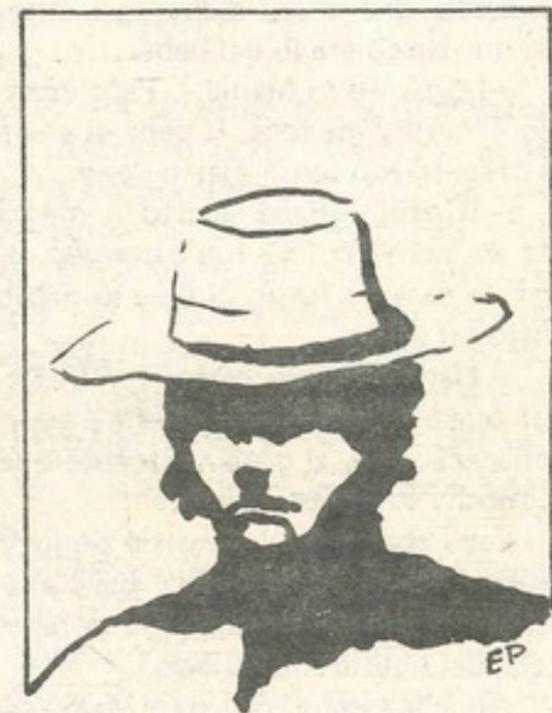
Mamá miró hacia el techo de la cabaña. —Las ropas están en el baúl —dijo secamente—. Y una mantilla rosa.

Y Papá me mandó afuera para que buscara un lugar donde sepultarlo.

La luz de nuestra casa se apagó. Continuamos con la fatigosa ronda de cosas que se deben hacer para seguir viviendo y hasta Merry permaneció quieta, con sus manos aferradas al borde del corralito, con los ojos desmesuradamente abiertos y la mirada fija en las colinas por un largo rato. Y Papá, que invariablemente

había sido un soporte incommovible no importa qué desgracia nos acosara, estaba quebrado, silencioso e in-comunicado.

Mencionábamos al bebé muy pocas veces. Enterramos a mi esperado hermanito colina arriba, debajo de un achaparrado roble. Cuando Mamá estuvo otra vez en condiciones subimos todos juntos y leímos una oración por el muerto, pero ninguno lloró mientras permanecimos en torno de la polvorienta, minúscula, desnuda fosa. Timothy sostuvo la mano de Mamá tanto a la ida como a la vuelta. Y Mamá sonrió levemente cuando volvimos a casa.



Dejando a un lado el libro de oraciones Papá dijo serenamente:

—¿Por qué tiene que colgarse de ti? —Mamá y yo nos sorprendimos mucho por el tono de voz que utilizó para decirlo.

—Pero, James —protestó Mamá—. ¡Es ciego!

—¿Con cuántas cosas ha tropezado desde que se levantó y empezó a caminar? ¿Cuántas veces ha volcado el agua o la comida y cuántas se ha tomado de una silla para no caer? —Giró el rostro surcado por una expresión amarga hacia Timothy—. Y mientras permanezca colgado de ti no necesitaré ver... —Papá se acercó a la ventana.

—James. —Mamá fue hacia él—. No hagas a Timothy el blanco de tus pesares. Dios nos lo ha dado para que lo cuidemos. "El Señor da..."

—Lo siento, Rachel. —Papá la atrajo hacia sí con el brazo—. Estábamos pasando una mala racha aun antes de que sucediera lo del bebé...

—Lo sé —dijo Mamá—. Pero cuando Timothy me toca, la pena se alivia y hasta puedo sentir cierto gozo...

—¡Gozo! —Papá apartó a Mamá de su hombro. Yo me estremecí al ver su cara de furor. Nunca lo había visto así antes.

—¡James! —dijo Mamá—. "El pesar puede durar toda la noche pero el amanecer trae el gozo". Permite que Timothy toque tu mano...

Papá abandonó la casa sin siquiera mirarnos. Levantó a Merry del corralito y cruzó la distancia que lo separaba del huerto moribundo.

Aquella noche, mientras Mamá es-

taba leyendo, me levanté para darle de beber a Timothy.

—Estás interrumpiendo a tu madre —dijo Papá serenamente.

—Lo siento —dije—, Timothy está sediento.

—Siéntate —dijo Papá ominosamente. Me senté.

Cuando terminó la sesión de lectura, pregunté:

—¿Puedo traerle ahora?  
Papá se volvió a sentar a la mesa. —¿Cómo sabes que quiere beber? —preguntó.

—Yo... simplemente lo sé —balbuceé viendo que Timothy abandonaba su lugar—. Viene a mi mente.

—Viene a tu mente. —Papá parecía elegir las palabras como si las tuviera delante, sobre la mesa. Después de un instante de silencio agregó—: ¿Cómo llegan a tu mente? ¿Dicen Timothy está sediento... quiere beber?

—No —dije sintiéndome un desgraciado, mirando la cara de Papá iluminada por la luz de la lámpara, preguntándome si me estaba ridiculizando por primera vez en la vida—. No hay ninguna palabra. Sólo un sentimiento... sólo un conocimiento de que está sediento.

—Y tú —cuando se volvió para mirar a Mamá vi que se le ensombrecía la cara—, cuando le tocas la mano, ¿percibes palabras? Gozo, ¿sientes gozo?

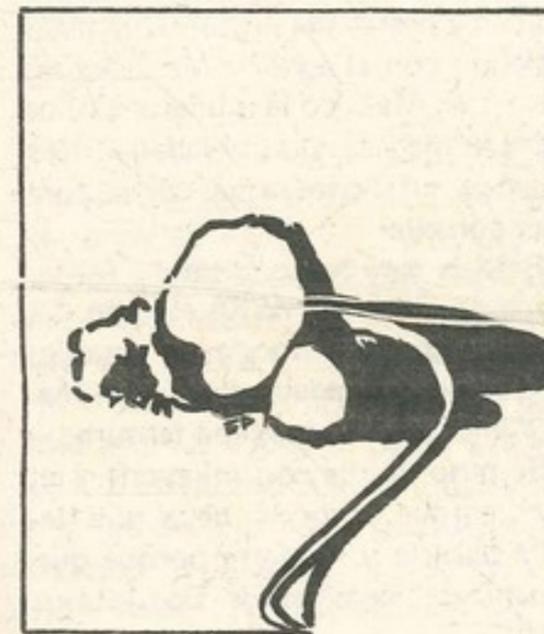
—No —dijo Mamá—. Sólo el sentimiento de que Dios está sobre todo y la pena es una sombra y que... que el bebé fue llamado de vuelta a la Presencia.

Papá se volvió hacia mí. —Si Ti-

mothy puede hacerte saber que tiene sed, puede decirte que tiene sed. No le volverás a dar una taza de agua hasta que te lo pida, con palabras.

—¡Pero Papá! ¡No puede hablar! —protesté.

—Tiene voz —replicó Papá—. No ha pronunciado una sola palabra desde que recobró la conciencia, pero dijo algunas palabras antes de eso. No palabras que podamos reconocer, pero palabras. Si puede estar ciego y no tropezar, si puede consolar a una madre desolada con el simple contacto de la mano, si puede hacerte saber que tiene sed, entonces puede hablar.



No discutí con él. No debes discutir con Papá. Todos empezaron a prepararse para ir a la cama. Fui hacia Timothy y me quedé junto a él en el borde del jergón. Pero no estiró la mano para alcanzar el agua que quería. Sabía que yo no la tenía.

—Tienes que pedirla —le dije—. Debes decir que tienes sed. —Sus ojos ciegos giraron hacia mí y me tocó la muñeca con dos dedos. De repente advertí que últimamente hacía eso muy seguido. Quizá, por el hecho de ser ciego, le resultara más sencillo tocarme para oír mejor. Sentí que ese pensamiento era una tontería en cuanto terminé de pensarlo. Pero insistí—: Tienes que pedirla. Debes decirme: "Tengo sed. Quiero beber, por favor". Debes hablar.

Timothy se dio vuelta y se estiró en el camastro. Mamá lo miraba fijamente. Papá sopló la lámpara dejándome en la oscuridad para que yo pudiera extender el jergón donde dormía.

Al día siguiente todos estábamos levantados antes del amanecer. Papá había cargado todos nuestros mejores barriles en la carreta de henear y se iba a Tolliver's Wells en busca de agua. El y Mamá contaron nuestra pequeña reserva de dinero con los labios apretados y sin hablar. En época de sequía el agua es oro. ¿Y qué haríamos cuando no hubiera más dinero?

Rezamos juntos antes de que Papá partiera, y dejara la casa sombría y desolada. Vaciamos los platos del desayuno y los preparamos para el almuerzo.

¿Qué se puede hacer en un rancho donde casi todo está muerto? Me llevé El avance de los peregrinos a un rincón del porche y me senté con él en la falda y con la vista perdida en el paisaje, me sumí en mi propio Estado de Profunda Desesperanza. Respiré hondo y me incorporé un tanto cuando Timothy salió al porche. Tenía una taza en las manos.

—Tengo sed —dijo lenta pero claramente—. Quiero un poco de agua, por favor.

Me enredé torpemente con mis propios pies y tomé la taza que me tendía. Mamá salió a la puerta. —¿Qué dijiste, Barney?

—No dije nada —contesté con una sonrisa de satisfacción que casi no me cabía en la cara— ¡Fue Timmy! —Entramos a la casa y llené una taza de agua para Timmy.

—Gracias —dijo, y se la bebió toda. Después apoyó la taza junto al balde y volvió a salir al porche.

—Pudo haberse llenado la taza sin ayuda —dijo Mamá maravillada—. Puede encontrar el camino solo. Y aun así esperó, sediento, hasta que logró pedirla.

—Espero que sepa hacérselo entender también a Papá. —Me reí temblorosamente.

El viaje de ida y vuelta a Tolliver's Wells demandaba dos días y el primero de ellos se *estiraba* interminablemente. Yo dormía muerto de calor bajo el pesado sol del mediodía. Me desperté empapado de sudor, con la lengua hinchada y seca por dormir con la boca abierta. Me senté, con la cabeza bamboleándose y el corazón

golpeando audiblemente en mis oídos. Merry y Mamá estaban durmiendo aún en la cama grande, debajo del mosquitero que las protegía de los insectos. Enrollé la lengua reseca y tragué. Entonces me incorporé tambaleando de mi jergón. ¿Dónde estaba Timothy?

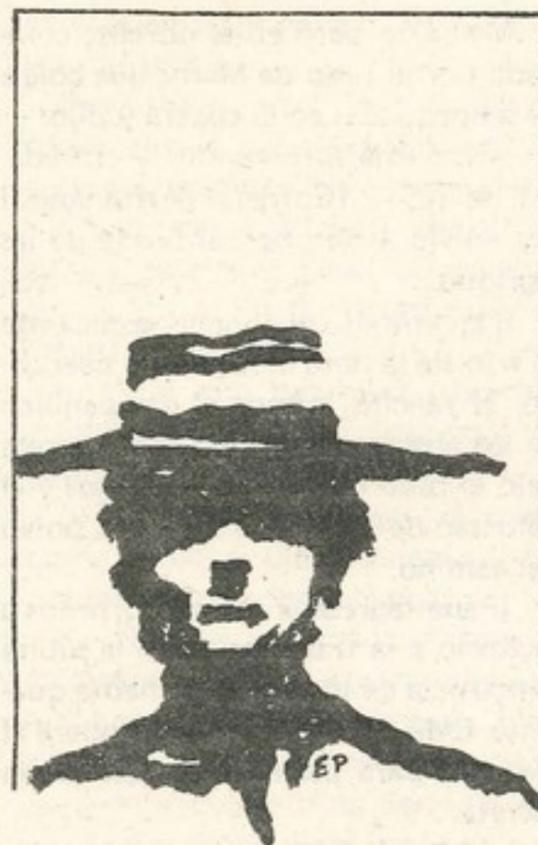
Quizá se hubiera ido a la Casita por sus propios medios. Miré por la ventana. No estaba a la vista y la puerta se mecía medio abierta. Esperé un minuto pero no apareció. ¡Dónde estaba Timothy!

Me abalancé tropezando al exterior y miré en torno. Ni trazas de Timothy. Empecé buscando en el granero, rodeando los ángulos de la casa y allí estaba. Se había sentado en el suelo, medio cuerpo al sol, medio a la sombra de la casa. Tenía la taza en una mano y los dedos de la otra estaban sumergidos en el agua. Su cara ciega tenía una expresión pensativa.

—¡Timmy! —grité, y él levantó la vista con un estremecimiento y derramando un poco de agua—. ¡Imbécil! ¡Casi me matas del susto! ¿Qué estás haciendo con el agua? —Me dejé caer junto a él. Me tocó la muñeca con los dedos húmedos; no temblaban—. ¡No tenemos suficiente agua como para jugar con ella!

Bajó la cara hacia la taza y luego, con todo cuidado, vertió el resto del agua sobre un pimpollo de geranio, el último que quedaba vivo y que Mamá atendía con la máxima ternura.

Se puso de pie con mi ayuda y en parte porque yo podía decir que deseaba hacerlo y en parte porque dijo "¡camina!", caminamos. Caminamos



bajo ese sol y ese polvo. El me conducía. Yo sólo lo seguía para hacer un poco de ejercicio y para alejarlo de los cactus y de los pozos del camino. Ida y vuelta, ida y vuelta. De la casa a la colina y de la colina a la casa. Otra vez hacia la colina y un poco más allá. De vuelta al patio, a menos de tres metros de la casa. Finalmente, a mitad de camino de la gastada monotonía de la tarde, advertí que Timmy estaba cubriendo una ancha

franja de tierra de tres metros, ida y vuelta, ida y vuelta y cada vez más y más lejos de la casa.

Cuando cayó la tarde ambos estábamos exhaustos y un solo pie de Timmy se empeñaba en tocar el suelo. El otro se negaba obstinadamente a hacerlo. Finalmente Timmy dijo: —Tengo sed. Quiero beber, por favor. —Y regresamos a la casa.

Al otro día me desperté para ver que Timmy estaba salpicando el agua de otra taza y durante toda la mañana nos dedicamos a cubrir el área del otro lado de la casa, ida y vuelta, ida y vuelta.

—¿Qué están haciendo? —había terminado de preguntar Mamá.

—No lo sé —respondí—. Es una idea de Timmy. —Y Timmy no dijo nada.

Cuando las sombras bajo los arbustos se acortaron regresamos al porche y nos sentamos en los escalones, con Merry hablándonos en su media lengua desde el corralito.

—Tengo sed. Quiero beber, por favor —dijo Timmy otra vez y yo le traje la taza—. Gracias —dijo tocando mi muñeca—. ¡De veras que está caliente!

—¡Así es! —contesté asombrado, deslumbrado por la nueva frase. Bebió lentamente y derramó la última gota sobre la palma de la mano. Apoyó la pequeña taza en el suelo del porche junto a él y empezó a trabajar con los dedos de su otra mano, hurgando en la profundidad de la palma, con la cara atenta y pensativa debajo de los ojos vendados.

Sus dedos terminaron por aquie-

tarse y giró la cara hacia Merry. Se levantó y subió los dos escalones que lo separaban del corralito. Alcanzó a Merry con la cara vuelta hacia mí. Me acerqué y me tocó la muñeca. Saqué a Merry del corralito y la puse en el porche. También saqué el corralito, que tenía un agujero en una esquina y listones de madera entrelazados, y lo puse en el porche.

Timmy se sentó lentamente en el lugar donde había estado el corralito. Empezó a raspar la suciedad y a juntarla en un montón. Luego se acomodó del otro lado y también raspó. Viendo que estaba muy absorto en su tarea, tomé a Merry y la llevé adentro para que la cambiaran para la cena y regresé al rato para ver qué estaba haciendo Timmy. Comprobé que seguía rascando y para entonces tenía un agujero de varios centímetros pero la suciedad que se había acumulado a un costado estaba resbalando y cayendo de nuevo en el hoyo. La alejé del borde, tomé el brazo de Timmy y le dije:

—Hora de comer, Timmy. Ven adentro.

Comió y volvió a su agujero. Al comprobar que se empeñaba en seguir cavando le di un viejo cucharón que Merry usaba para jugar y un cuchillo con la hoja rota, para proteger sus manos.

Cavó durante el resto de la tarde usando las herramientas y puso la suciedad acumulada a un lado. Y siguió cavando. Cuando cayó el sol agrandó el agujero hasta que pudo sentarse adentro y quedó sumergido hasta los hombros.

Mamá se paró en el porche, combada por el peso de Merry que colgaba a horcajadas en la cadera y dijo:

—Nos está arruinando la entrada. —Y se rió—. ¡Entrada! ¡Arruinando! —y volvió a reír, casi al borde de las lágrimas.

Bien entrado el anochecer, cuando el frío de la hora empezaba a caer sobre el rancho, oímos el campanileo de los arreos y el crujido de la carreta bajo el peso de los barriles llenos y el golpeteo de los cascos contra el polvo del camino.

¡Papá regresaba a casa! Corrimos a recibirlo a la tranquera, con la súbita conciencia de lo vacío que había quedado todo sin él. Abrí la tranquera al máximo para permitir el paso de la carreta.

La cara de Papá estaba cubierta de polvo y ese polvo no le dibujaba arrugas sonrientes. Sus abrazos fueron casi desesperados. Miré la parte de atrás de la carreta mientras él y Mamá murmuraban algo que no alcancé a comprender. Sólo la mitad de los barriles estaban llenos.

—¿No teníamos suficiente dinero? —pregunté deseando saber cómo podía la gente insistir en el vil metal cuando la mercadería a cambio era la vida.

—No había agua suficiente —dijo Papá—. Y había otros esperando obtenerla. Esto es lo último que pueden darnos.

Nos ocupamos de los caballos, pero dejamos los barriles sobre la carreta. Era tan buen lugar como cualquier otro y en los estantes del granero se mantendría, bueno, no fría, pe-

ro al menos por debajo del punto de ebullición.

No pensamos en Timmy hasta que regresamos a casa. Lo único que se veía era una cabeza que se elevaba casi a ras del suelo en el lugar del pozo y Papá tuvo que retirar el pie antes de que fuera cubierto por una palada de tierra.

—¿Qué está pasando? —preguntó permitiendo que el cansancio y la desilusión le agudizaran la voz.

—Timmy está cavando —dije resaltando lo único que, obviamente, podía estar haciendo en el pozo.

—¿No puede encontrar un lugar más adecuado que éste para hacerlo? —Y Papá irrumpió en la casa. Llamé a Timmy y lo ayudé a salir del agujero. Estaba cubierto de tierra de la cabeza a los pies y Papá casi había terminado de comer cuando lo presenté todo lo limpio que era posible. Nos sentamos en torno a la mesa sin leer antes y charlamos. Timmy se sentó junto a mí, con sus dedos en mi muñeca.

—Quizás las charcas se llenen mientras nosotros estamos usando el agua que trajiste —dijo Mamá con desesperación.

Papá guardó silencio y yo tenía la vista clavada en la mesa, comprendiendo la razón por la cual los baldes de los caballos habían sido vaciados con tanta rapidez.

—Será mejor que vayamos decidiendo adónde vamos a ir —dijo Papá—. Cuando el agua se haya ido del todo... —Abrió la Biblia al azar, olvidando la marca anterior, cerca de la mitad del libro. Tenía la cara contraí-

da, helada, quieta. Bajó la vista y leyó: "Porque en el yermo las aguas irrumpían, y las corrientes en el desierto". —Cerró el libro de un golpe y se sentó, con los codos apoyados a los costados de la Biblia, la cara hundida entre las manos. Las últimas andanadas de sal sobre las heridas abiertas eran una agresión desmesurada y no se podían soportar.

Toqué a Timmy y nos fuimos a la cama.

Me desperté durante la noche al oír un ruido. Tanteé el camastro con la mano y lo encontré vacío. Timmy se había ido. Me dirigí sin vacilar hacia la puerta y miré para afuera. Timmy estaba en el piso, cavando. Por lo menos creí que era así porque había un sonido como de metal rascando la tierra. Entonces del agujero salió flotando una especie de bolo de suciedad y cayó suficientemente lejos como para no resbalar por los bordes y volver a caer adentro. Vi otras dos paladas más, luego oí un sonido estruendoso y tres grandes rocas flotaron como si también fueran barro. Las rocas se mantuvieron oscilando un momento sobre la montaña de tierra acumulada y terminaron por caer con toda violencia; una de ellas sobre mi pie desnudo.

Yo esperaba que ocurriera algo mientras acunaba mi pie entre las manos cuando levanté la vista y advertí que Papá estaba en el porche, dominándome con su figura severa y espigada.

—¿Qué está pasando? —Y repitió la pregunta de inmediato. El sonido

de cavar allá abajo cesó. Y también mi respiración cesó por un momento.

—Es Timmy cavando —dije como ya lo había hecho antes.

—¿A la noche? ¿Para qué? —preguntó Papá.

—No distingue la noche del día —dije—. Pero ignoro por qué está cavando.

—Sácalo de allí —dijo Papá—. No es el momento de hacer tonterías.

Fui hasta el borde del pozo. Abajo estaba Timmy, con la cara convertida en un pálido borrón. —Está demasiado profundo. Necesitaría una escalera.

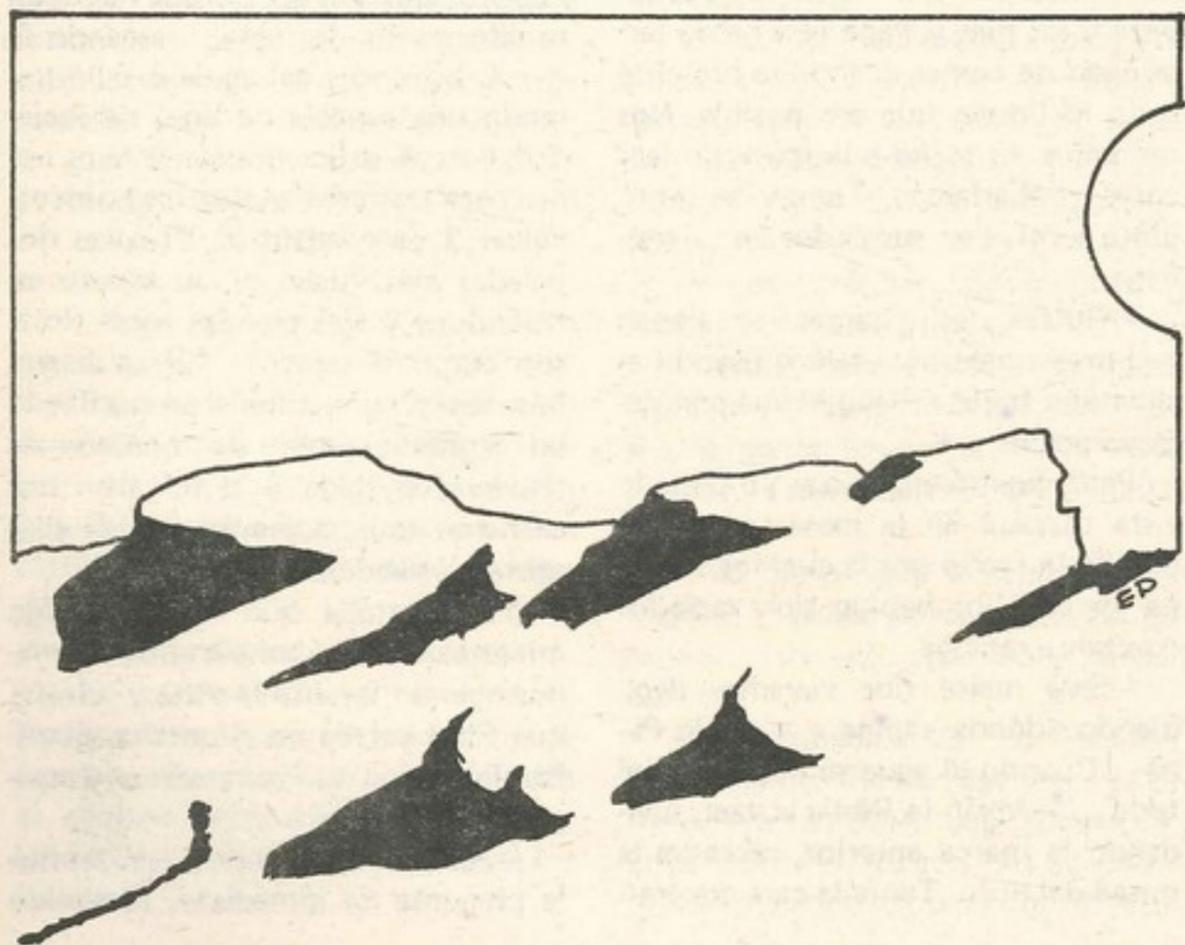
—Se metió solo —dijo Papá irrazonablemente—. ¡Hazlo salir!

—¡Timmy! —le grité dirigiendo mi voz hacia el fondo—. ¡Papá dice que subas!

Se produjo un instante de irresolución, ¡y luego Timmy apareció! ¡Directamente hacia arriba! ¡Como si algo lo estuviera levantando! Emergió del agujero y quedó en suspenso, en el aire, como habían hecho las rocas y aterrizó en el porche, tan cerca de Papá que éste debió trastabillar unos pasos hacia atrás.

—¡Papá! —Mi voz tembló sacudida por el terror.

Papá giró y entró en la casa. Encendió la lámpara. La débil luz de la llama mostró las profundas arrugas de sus mejillas aún antes de que encendiera la chimenea. Aguijoneé a Ti-



immy para que se apurara y nos sentamos en el banco, frente a Papá.

—¿Por qué está cavando? —volvió a preguntar Papá—. Ya que a ti suele contestarte, pregúntale.

Me arrimé más a Timmy, medio asustado, y le toqué la muñeca. ¿Por qué estás cavando? Papá quiere saber.

La boca de Timmy se movió y pareció que probaba con diferentes palabras antes de emitir las. Entonces sonrió con la primera sonrisa verdadera que yo viera en su cara. —“Las aguas irrumpirán y fluirán en el desierto” —dijo con alegría.

—¡Eso no es una respuesta! —exclamó Papá, burlado por esas palabras que él entendía como inadecuadas—. Que no cave más. Díselo.

Sentí la muñeca de Timmy palpitando en tono de protesta y su cara giró hacia mí, preocupada.

—¿Por qué no puede seguir cavando? ¿Qué daño hace? —Mi voz le sonó extraña hasta a mis propios oídos y sentí un pinchazo helado en la boca del estómago. ¡Por primera vez en mi vida le hacía frente a Papá! Y esto no me sacudió tanto como el hecho de que por primera vez en mi vida yo estaba cuestionando seriamente un juicio formulado por él.

—¡No se cava porque yo dije que no se cava! —exclamó Papá pálido de ira, con los puños engarfiados sobre la mesa.

—Papá —tragué con dificultad—, creo que Timmy está buscando agua. El... él tocó agua antes de empezar a cavar. Papá, ¿y si fuera un... un rabadomante? ¿Y si él supiera dónde está el agua? Es... diferente...

Tenía miedo de mirar a Papá. Prefería mantener los ojos en mi propia mano, con los dedos de Timmy apoyados en mi muñeca.

—Quizá si le ayudáramos a cavar... —Titubeé y me detuve, viendo las piedras saliendo del agujero y manteniéndose en suspenso y cayendo—. Lo está haciendo con la cuchara de Merry y un cuchillo viejo.

—¡Y sólo con eso cavó semejante hoyo! —tronó Papá.

—Sí —dije—, con eso sólo. Y yo no lo ayudé.

—¡Tonterías! —La voz de Papá sonaba categórica—. No hay agua en ninguna parte, ni aquí ni en los alrededores. Me viste cavando en busca de agua potable para nuestro uso cotidiano. No estamos en Las Lomitas.

Este asunto de cavar se acabó.

—¡Por qué no! —me incorporé, apoyando mis propios puños sobre la mesa cuando me incliné hacia adelante. Podía sentir mis ojos ardientes, como a veces estaban los de Papá— ¿Qué daño está haciendo? ¿Qué tiene de malo mantenerlo ocupado mientras nosotros nos sentamos a esperar que la sequía termine y nos deje en paz? ¿Qué tiene de malo la esperanza?

Papá y yo nos medimos con la mirada hasta que sus párpados cayeron. Entonces los míos se llenaron de lágrimas y me dejé caer en el banco y escondí mi cara entre los brazos. Lloré como si no fuera mayor que Merry. Mi pecho estaba oprimido por la primera pelea verdadera que tenía con Papá. Una pelea con gritos y miradas duras y con los ojos de Papá rindién-

dose antes que los míos. Especialmente por eso.

Entonces sentí su pesada mano sobre mi hombro. Había dado la vuelta en torno a la mesa acercándose en silencio. —Ahora vé a la cama —dijo quedamente—. Mañana será otro día.

— ¡Oh, Papá! —Me di vuelta y me colgué de su brazo, con la cara pegada contra él, su mano sobre mi cabeza. Al cabo de un momento me levanté y llevé a Timmy de vuelta hacia el jergón y nos fuimos a dormir.

A la mañana siguiente, sin embargo, nos dedicamos a nuestras tareas

habituales. Luego Papá sacó las palas y enlazó un balde con una soga y él y Timmy y yo trabajamos en el pozo. Ahora sí podíamos llamarlo pozo y no agujero, quizá para reforzar nuestras esperanzas.

Cuando cayó la tarde habíamos cavado unos buenos cuatro metros, pero no encontrábamos nada, excepto una masa compacta de lodo y ocasionales grupos de cantos rodados. Nuestra escalera alcanzaba a duras penas para ayudarnos a salir gateando y los bordes del agujero estaban desmoronados y cribados por la acción de nuestras rodillas.

Yo trepaba hacia el exterior. Papá acomodaba el balde a un costado y se frotaba las palmas de las manos contra las caderas. Timmy seguía en el fondo del pozo, de rodillas y sintiendo la sima.

— ¡Timmy! —llamé—. Sube. ¡Es hora de parar! —Su cara se alzó en mi dirección, pero no se movió de allá abajo y siguió arrodillado. Me encontré andando a tientas, cautelosamente, pisando el primer peldaño de la escalera por debajo de la orilla del pozo.

—Timmy quiere que vea algo —grité hacia la cara interrogativa de Papá. Bajé y me arrodillé junto a Timmy. Mis manos recorrieron el surco que habían trazado las suyas y miré hacia arriba y grité: — ¡Papá! —con tal desolación en la voz que él se asomó sobre el borde y también bajó.

Rastreamos una y otra vez. Lo que había era roca sólida, no importa en qué dirección barriéramos el barro, no importa a qué distancia picá-

ramos las paredes del pozo. Nos habíamos topado con un lecho de roca. Estábamos varados.

Subimos en calma. Papá me ayudó a superar el borde y yo me alcé y le di la mano. Timmy apareció a continuación. No se escuchó el sonido de sus pies contra los peldaños de la escalera, pero apareció. No me atreví a mirarlo.

Los tres estábamos parados allí, con los tobillos enterrados en el polvo. Entonces Timmy estiró las manos y las colocó una en el hombro de Papá y la otra en el mío. —“Las aguas irrumpirán, las corrientes irrumpirán en el desierto” —dijo enfática y cuidadosamente.

— ¡Es un loro! —dijo Papá con amargura, y se alejó.

—Si el agua está debajo de la roca —sollocé—. Papá, hicimos volar los tocones de los mezquitas en los prados alejados de la casa. ¿No podríamos dinamitar las piedras...?

Los pasos de Papá eran largos y su cuerpo se balanceaba en su marcha hacia el granero. —Yo no lo hubiera hecho ni siquiera con los tocones —dijo. Envié a Mamá y a Merry afuera, detrás del granero. Se cuidó de que tanto Timmy como yo nos mantuviéramos lejos mientras él trabajaba en el fondo del pozo. Salió tambaleándose y corrió para evitar que la explosión lo alcanzara y se refugió con nosotros detrás del granero.

Timmy se colgó una vez más de mi muñeca y cuando se produjo la explosión gritó algo que no pude entender y no quiso volver con nosotros al pozo para observar los efectos

de la dinamita. Se quedó agachado detrás del granero, con la cara entre las rodillas y las manos enganchadas en la nuca.

Miramos el pozo. Había un hoyo en el frente que daba al patio y cavidades en los costados. Pero no había nada que mostrara nuestro trabajo, excepto la montaña de tierra apilada junto al hoyo, la escalera y un balde atado a una cuerda. Observamos cómo los terrones sueltos que se mantenían en la superficie iban formando un reguero polvoriento y empezaban a caer adentro del agujero.

—“Y las corrientes en el desierto” —dijo Papá girando y alejándose.

Levanté el balde y lo vacié de esquirolas de piedra apoyándolo cuidadosamente a la entrada del porche.

—La cena —dijo Mamá con serenidad, inclinada bajo el peso de Merry.

Fui a buscar a Timmy y él vino de buena gana. Se paró cerca del hoyo con su mano en mi muñeca y luego nos dirigimos hacia la Casita.

Después de la cena traje nuestros libros nocturnos a la mesa, pero Timmy buscó las manos de todos nosotros y las reunió, atrayéndolas hacia sí. Hizo una pila con las manos y reclinó su mentón sobre ellas, con la cara pensativa y serena debajo de las vendas.

—Ahora tengo suficientes palabras —dijo lentamente—. Las aprendí tan rápido como me fue posible. Puede ser que no sean las correctas, pero debo hablar ahora. No deben marcharse porque hay agua.

Papá cerró su boca sorprendido y dijo fatigosamente: — ¡Así que te

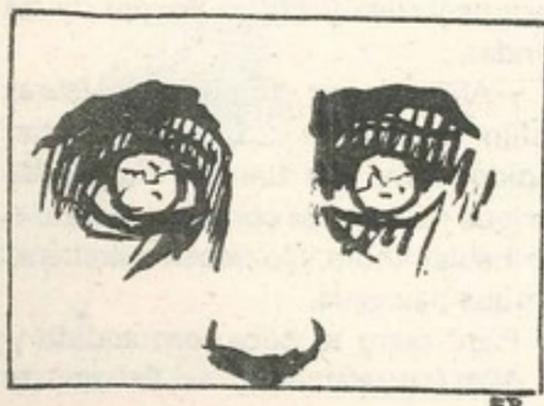


EP

has burlado de nosotros todo este tiempo!

Los dedos de Timmy buscaron mi muñeca en la pausa que siguió a las palabras de Papá. —No me burlé de ustedes —continuó Timmy—. No podía hablar sin palabras con nadie que no fuera Barney, y debo tocarlo para decir y para comprender. Tuve que esperar hasta entender las palabras. Es un idioma nuevo para mí.

—¿De dónde vienes? —pregunté con ansiedad, descorchando por fin mi largamente reprimida curiosidad—. ¿Cómo apareciste en esta pradera? ¿Qué hay en la...? —Recordé a tiempo que yo era el único que sabía de la existencia de la caja carbonizada.



— ¡Mi cahilla! —gimió Timmy; entonces sacudió la cabeza hacia mí y dirigiéndose a Papá le dijo—: No estoy seguro de cómo debo decirle ésto para que usted me crea. No sé hasta dónde llegan sus conocimientos...

— ¡Papá es más inteligente que cualquier otro en el Territorio! —le grité.

—El Territorio... —Timmy se detuvo como midiendo el Territorio—. Estaba pensando en vuestro mundo... este mundo...

—Hay otros planetas... —repetí las enigmáticas palabras de Papá.

—Entonces ustedes conocen otros planetas —dijo Timmy—. Ustedes... —titubeó buscando la palabra adecuada—. ¿Ustedes son capaces de transportarse y de transportar a las cosas por el cielo?

Papá se agitó. —¿Si tenemos máquinas voladoras? —preguntó—. No, aún no. Tenemos globos...

Los dedos de Timmy estaban otra vez sobre mi muñeca. Murmuró desolado: —Entonces lo que debo decirles es algo que ustedes desconocen y deben creerlo sólo porque lo digo yo. Lo digo sólo para que sepan que aquí hay agua y que deben quedarse.

—“Mi mundo es otro planeta. Era otro planeta. Ahora flota en un millón de pedazos en el espacio, sacudiéndose y rugiendo y convertido en fuego... y todo lo que había sobre él ha desaparecido. —En la cara ciega de Timmy podía verse la desolación y tenía los labios apretados. Yo sentí en mi cuello los pelos erizados. ¡Cada vez que él tocaba mi muñeca yo

podía ver! ¡No podría decirte todo lo que vi porque para muchas de esas cosas no tengo palabras, pero no dudes de que las vi!

—Teníamos naves para viajar por el Espacio —dijo Timmy. Yo pude verlas, delgadas como agujas y brillantes, apuntando al cielo y a las espesas nubes de chispas rojas—. Nos lanzamos al espacio antes de que nuestro Hogar se hiciera pedazos. ¡Nuestro Hogar! Nuestro... Hogar. —Su voz se quebró y reclinó la mejilla sobre la pila de libros. Se reincorporó—: Vinimos a vuestro mundo. No lo conocíamos de antes. Venimos de lejos, muy lejos. Y al final íbamos demasiado rápido. No somos viajeros del espacio. La nave-madre que encontró vuestro mundo se recalentó demasiado. Tuvimos que abandonarla en nuestros salvavidas, cada uno por su lado. Los salvavidas también se recalentaron. ¡Yo me estaba quemando! Perdí el control de mi salvavidas. Sentí... —se llevó la mano a las vendas—. Pensé que quizás nunca llegaría a ver este nuevo mundo.

—Entonces hay otros, como tú, aquí en la Tierra —dijo Papá lentamente.

—A menos que todos ellos hayan muerto al aterrizar —dijo Timmy—. Había muchos de nosotros en la nave-madre.

— ¡Vi cosas pequeñas saliendo disparadas de la cosa grande! —grité, nervioso—. Pensé que eran pedazos rompiéndose, sólo que en lugar de caer parecían marcharse.

— ¡Alabados sean la Presencia, el Nombre y el Poder! —dijo Timmy

trazando un signo en el aire con la mano derecha y posándola luego otra vez sobre mi muñeca—. Quizás haya quedado alguien con vida. Quizás mi familia. Quizás Lytha...

Lo miré fascinado. Vi a Lytha con el cabello negro meciéndose, sonriendo sobre el hombro, con los brazos colmados de flores que centelleaban en el centro. ¡Imbécil! Pensé, ¡imbécil! ¡Seguro que ésa no es tu Merry!

—Tu historia es muy interesante —dijo Papá—. Y es evidente que aún no hemos empezado a explorar el espacio, ¿pero qué tienen que ver todo esto y nuestro problema con el agua?

—Nosotros podemos hacer cosas que ustedes están imposibilitados de hacer —dijo Timmy—. Ustedes están obligados a tocar el suelo para andar y a usar herramientas para levantar cosas, o por lo menos las manos, y sólo saben lo que ven o tocan. Nosotros podemos saber sin necesidad del tacto o la vista. Podemos encontrar gente y metales y agua... podemos encontrar casi cualquier cosa que conocemos, siempre que esté cerca nuestro. No he sido entrenado para ser un encontrador, pero he estudiado los sentidos del agua y el... la... de que está hecha...

—La composición —dijo Papá reemplazando la palabra.

—La composición del agua —dijo Timmy—. Barney y yo exploramos la mayor parte del rancho. Y encontré el agua junto a la casa.

—Cavamos —dijo Papá—. ¿A qué profundidad está el agua?

—No estoy entrenado —dijo Timmy humildemente—. Sólo sé que

está allí. Cuando usted dice "Las Lomitas" piensa en esa agua. No es un lugar inclinado o un manantial. Está fluyendo. Está empujando con firmeza. Está fría. —Timmy tembló un poco.

—Es probable que esté a noventa o cien metros del profundidad —dijo Papá—. Nunca ha habido un pozo artesiano de este lado del Coronas.

—Está lo suficientemente cerca como para que yo lo encuentre —dijo Timmy—. ¿Esperarán?

—Hasta que se acabe nuestra agua —dijo Papá—. Y hasta que tomemos una decisión sobre el lugar al que iremos —hizo una pausa—. Ahora llegó el momento de ir a la cama. —Tomó la Biblia de la pila de libros. Hojeó las páginas hacia atrás y buscó la parte de los Salmos y leyó—: "Los cielos cuentan la gloria de Dios..."

Cuando escuché eso de que coexistían el pequeño y estrecho mundo cotidiano que yo conocía y el pequeño y estrecho mundo Celestial que lo envolvía y sobre el que deseaba saber, traté de hallar el punto medio, el lugar en que se unían y me esforcé y crecí y me henchí con tal gloria que sentí temor y me aferré al borde de la mesa. Si Timmy había llegado de otro planeta, de un mundo tan lejano que ni siquiera había un nombre para designarlo... En ese momento supe que mi mente ya no podría volver a medir el mundo, la extensión de lo Creado por Dios!... Ni la mente ni la imaginación.

Estaba a punto de caer en el abismo del sueño, después de removerme y

dar interminables vueltas en la cama, cuando oí a Timmy.

—Barney —susurró sin necesidad de alcanzar mi muñeca—. Mi cahilla... ¿Encontraste mi cahilla?

—¿Tu qué? —pregunté sentándome en la cama y descubriendo que sus manos me aferraban con fuerza—. ¡Ah! Aquella cosa. Sí. Iré por ella en la mañana.

—¿No esta noche? —preguntó Timmy ansiosamente—. Es todo lo que me ha quedado de mi Hogar.

—No puedo encontrarla esta noche —dije—. La enterré debajo de una roca. No podría encontrarla en la oscuridad. Además Papá nos oiría si tratáramos de salir de la casa en este momento. Ve a dormir. Hablaremos al amanecer.



—Oh sí —suspiró Timmy—. Oh sí. —Y se volvió a acostar—. Que duermas bien —dijo.

Y lo hice. Me quedé dormido como una vela que se apaga, y soñé sueños excitantes, salvajes y violentos. Soñé que cabalgaba a horcadas de una nave que navegaba a través de un océano de nada. Una nave sin velas y un océano sin agua. Un fuego blanco y furioso me quemaba los ojos... Así que me hallé a plena luz del día, con Merry saltando alegremente sobre mi estómago para que me despertara.

Después del desayuno, Mamá volvió a untar cuidadosamente las costras de Timmy con aceite. —Ya casi no quedan vendas —dijo.

—Si no les afecta la visión de las costras no se moleste en volver a vendarme —dijo Timmy—. Es posible que la luz del sol las beneficie.

Salimos a mirar el pozo junto al porche. Los bordes se habían desplomado bastante y tenía la forma de un palangana. Ahora tenía sólo un metro de profundidad.

—¿No te parece que deberíamos seguir cavando? —le pregunté a Papá.

—Lo dudo —me contestó pesaroso—. Aparentemente ignoro cómo disponer una carga para volar el lecho de roca. Por otra parte, ¿cómo sabemos que se romperá? Puede tener un kilómetro de espesor en este lugar. —Me dio la impresión de que Papá me estaba hablando como a un hombre y no como a un muchacho. ¡Quizás era yo que había dejado por fin de ser un chico!

—El agua está ahí —dijo Timmy—.

Si pudiera plattar... —La mano de Timmy tanteó un rayo de sol y éste se deslizó entre sus dedos durante un minuto del mismo modo en que lo hace cuando penetra por un agujero en una habitación oscura y polvorienta. Levanté distraídamente un pedazo de piedra de las que había vertido en el balde la tarde anterior, la mano seé y dije:

—¡Ay! —Me había pinchado con una punta filosa. ¡Punta filosa!—. Mira —le dije a Papá tendiéndole la piedra—: ¡está rota! Todas las demás rocas que encontramos eran redondeadas como cantos rodados. ¡Nuestra voladura rompió algo!

—Sí. —Papá tomó la esquirla que yo le tendía—. Pero, ¿dónde está el agua?

Dejamos a Papá mirando el fondo del pozo y nos dirigimos al extremo del campo donde se había producido el fuego aquel día. Localicé la roca bajo la que había enterrado la caja. Estaba apenas a cinco centímetros de profundidad... cubierta por muy poca tierra quemada. Escarbé un poco y la saqué. —Espera —le dije—, está toda negra. Déjame limpiarla primero. —La froté contra un poco de arena y lo negro desapareció, excepto en las profundas líneas de los signos que la cubrían por todos lados. La deposité en las anhelantes manos de Timmy.

Pareció jugar con la caja hasta que la encajó entre sus manos con los pulgares tocando el frente. Creo que estuvo reflexionando sobre ella porque no hizo nada más pero al cabo de un momento la caja se abrió limpia-



mente desde la punta de los pulgares.

Se sentó ahí mismo, sobre un roca al sol y sintió las cosas que estaban en la caja. No podría decirte cuáles eran, pero sí la forma que tenían. Había un trozo de moño, y una flor marchita. Finalmente cerró la caja. Se deslizó de rodillas junto a la roca y ocultó la cara entre los brazos. Permaneció así durante un largo rato. Cuando levantó la cara vi que estaba seca, pero sus mangas estaban húmedas. Yo solía ver las mangas de Mamá en esas condiciones cuando ella terminaba de mirar las cosas que conservaba en un pequeño baúl negro.

—¿La volverás a enterrar? —me preguntó—. No hay un lugar adecua-

do para esto en la casa. Estará más segura aquí.

Así que volví a enterrar la caja y regresamos.

Papá había estado cavando un poco, pero en cuanto me vio llegar dijo:

—Es inútil. La explosión aflojó toda la tierra de las paredes y ya no hay forma de que el agujero vuelva a tomar la forma adecuada.

Nos pasamos el resto del día conversando sobre qué haríamos, adónde iríamos sin dinero y tan peligrosamente escasos de provisiones. Mamá estaba tan ansiosa por volver a nuestro antiguo hogar que casi no podía hablar acerca del tema, pero Papá quería seguir, acometiendo contra el Oeste un poco más. Yo deseaba permanecer donde estábamos... pero con mucha agua. Quería ver cómo la marea del Tiempo barría con un siglo y otro se iniciaba en Desolation Valley. ¡Sería un espectáculo extraordinario!

Empezamos a empacar esa misma tarde porque los barriles se estaban vaciando a toda velocidad y los charcos empezaban a oler mal, formando tortas de barro que se derretían serpenteando al calor del sol. Todo lo que podríamos llevar era lo que cupiera en la carreta de henear ya que Papá había cambiado la carreta grande que nos había traído al Oeste por implementos agrícolas y algunas artesas y tinas. Tendríamos que dejar la maquinaria agrícola atrás, ya fuera para regresar a buscarla más tarde... o para que se pudriera por efecto de la corrosión.

Mamá tomó a Merry aquella tarde

y trepó la colina en dirección a la pequeña tumba junto al raquítico roble. Se sentó allí un largo rato, de espaldas al sol, con la cara pensativa a la sombra. Regresó en silencio, con Merry profundamente dormida en sus brazos.

Después de que nos hubiéramos ido a la cama, Timmy se aferró a mi muñeca. —Ustedes tienen un satélite girando en torno a la Tierra, ¿no es cierto? —preguntó. Hizo la pregunta sin usar palabras.

—¿Un satélite? —Alguien se revolvió en la cama grande, desvelado, cuando formulé la pregunta.

—Sí —contestó—. Un pequeño mundo que gira en torno al mayor y brilla por las noches.

—¡Ah! —suspiré—. Te refieres a la luna. Sí, tenemos una luna, pero no es muy brillante en este momento. Se veía al atardecer como una lonja. —Sentí cómo Timmy se aflojaba—. ¿Por qué?

—Nosotros podemos hacer grandes cosas uniendo la luz solar y la lunar —respondió—. Yo esperaba que mañana al amanecer...

—Mañana al amanecer estaremos terminando de empacar —le dije—. Vamos a dormir.

—Entonces tendré que arreglármelas sin ellos —continuó sin oírme—. Barney, si soy Llamado, ¿guardarás mi cahilla hasta que alguien te la pida? Si te la piden es porque están frente a alguien del Pueblo. Entonces sabrán que me he ido.

—¿Llamado? —pregunté—. ¿Qué quieres decir?

—Como lo fue el bebé —dijo que-

damente—. Llamado a la Presencia de la cual provenimos. Si debo utilizar mi fuerza sin ayuda, es posible que no sea suficiente. ¿En ese caso guardarás mi cahilla?

—Sí —le prometí aún sin saber con exactitud de qué estaba hablando—. La guardaré.

—De acuerdo. Que duermas bien. —La vigilia se alejó otra vez de mí como una lámpara que se apaga.

Soñé con tormentas, terremotos e inundaciones durante toda la noche. Me ocurran a mí... ¡y a toda velocidad! Entonces, cuando empezaba a despertarme, temeroso de abrir los ojos, espantado por la posibilidad de que lo soñado se convirtiera en realidad, de repente... ¡sucedió!

Tironeé de la manta en cuanto el piso empezó a ondularse, crepitando y gimiendo y sacudiéndose de arriba abajo. Escuché el tañido de los cacharos y las cacerolas entrechocándose en los estantes y cayendo con gran estrépito. Mamá llamaba a Papá con la voz pesada de sueño y miedo.

Me lancé hacia Timmy, pero el piso se volvió a curvar y el polvo rodó atravesando los descoloridos marcos de las ventanas y yo empecé a toser cuando llegó a mis rodillas. Hubo un sonido violento, como de algo pesado que se estrellaba contra el techo y luego rodaba hacia abajo. Y todavía hubo un agudo sonido siseante. Timmy no estaba en la cama. Papá trataba de encontrar sus zapatos. El silbido se convirtió en algo mayor que crecía y crecía hasta convertirse en rugido borboteante. Entonces hubo

un retumbar prolongado y algo golpeó el frente de la casa con tanta violencia que escuché cómo el porche se astillaba. Y después un gran silencio.

Me deslicé en cuatro patas por la habitación. ¿Dónde estaba Timmy? Podía ver la puerta del frente colgando de sus bisagras en un ángulo absurdo. Me arrastré hacia allí.

¡Y mis manos chapotearon! Me detuve confundido, y volví a avanzar. ¡Estaba arrastrándome en medio del agua! —¡Papá! —Mi voz era un graznido que se abría paso a través del polvo y la conmoción—. ¡Papá! ¡Es agua!

Y Papá apareció de pronto junto a mí, ayudándome a ponerme de pie.



Ambos avanzamos tambaleándonos hacia la puerta de entrada.

Había una enorme laja de piedra bloqueando un agujero a un costado de la casa, triturando el porche bajo su peso. La rodeamos con los tobillos bien metido dentro del agua y pudimos ver en la grisácea luz del amanecer que nuestro campo estaba a flor de agua desde las colinas hasta el porche. Donde había estado el pozo se veía una columna de agua en movimiento que se abría paso trabajosamente, y se tornaba más y más grande mientras la mirábamos.

—¡Agua! —exclamó Papá—. ¡El agua se abrió paso!

—¿Dónde está Timmy? —pregunté—. ¿Dónde está Timmy? —Mientras vociferaba me introduje chapaleando en el campo.

—¡Mira hacia allá! —me advirtió Papá—. ¡Es peligroso! ¡Toda esta roca viene de ese lado! —Costeamos el campo buscando en la superficie del agua que crecía minuto a minuto, pensando que cada sombra podría ser Timmy.

Lo encontramos bastante lejos de la casa, flotando serenamente, con la cara hacia arriba en un charco de agua que crecía. Tenía el rostro convertido en una sangrante masa de barro y en carne viva.

Yo fui quien primero lo alcanzó, desplazándome a través de la masa líquida con dificultad. Lo tomé por los hombros y traté de ver, a la débil luz del amanecer si todavía respiraba. Papá nos alcanzó y juntos levantamos a Timmy y lo transportamos a un lugar seco.

—¡Está vivo! —exclamó Papá—. Su cara... las costras se han desprendido.

—Ayúdame a llevarlo a la casa —dije levantándolo nuevamente.

—Mejor sería que lo lleváramos al granero —dijo Papá—. El agua aún está creciendo. —Ya había llegado hasta nosotros y se escurría por debajo de Timmy. Lo llevamos al granero y me quedé con él mientras Papá iba en busca de Merry y Mamá.

Fue una suerte que la mayoría de las cosas hubieran sido ubicadas la noche anterior sobre la carreta. Mamá se acercó vadeando los charcos. Tenía un chal sobre los hombros y toda la ropa de noche en los brazos. Papá cargaba a Merry y la lámpara. Dejé a Mamá al cuidado de Timmy y volví con Papá a terminar de retirar nuestras pertenencias de la cabaña.

La enorme roca había ido deslizándose hacia abajo, atravesando el porche y desapareciendo dentro del creciente espejo de agua formado en el terreno. La casa se estaba sumergiendo bajo el peso de nuestros pasos como si se propusiera dejar de flotar en el instante justo en que la abandonaríamos. Papá sacó una soga del carro y la ató a la esquina rota de la casa y la tendió hasta el granero donde la sujetó mediante una traba. —No tiene sentido perder la leña si podemos evitarlo —dijo.

Cuando el sol estuvo en el cenit, la casa ya flotaba y se había despegado de las rocas que fueran su cimiento. La laguna llenaba toda la

extensión del campo, tanto adelante como detrás de la casa, se desplegaba por las colinas, llenando los bajíos y transformándose en un arroyo estrecho que pasaba del otro lado, bordeando un trecho la colina, dividiendo nuestro huerto mustio y fluyendo en declive hacia el lecho del río. Papá y yo tiramos lentamente de la cuerda para acercar la casa al granero hasta que logramos ponerla otra vez en tierra firme.

Mamá ya había limpiado a Timmy que no parecía estar herido excepto por la cara y los hombros, despellejados y en carne viva. Ella le puso aceite de oliva nuevamente y utilizó una de las enaguas de Merry para vendarlo. Timmy permanecía profundamente al margen de todos los acontecimientos del día, del milagro del agua que nosotros no nos hartábamos de contemplar.

La laguna terminó de crecer, pero los arroyos seguían ampliándose y profundizándose. La corriente ya había arrancado y arrastrado a tres de nuestros árboles muertos hacia el río. El agua había empezado a purificarse de barro y alcanzado cierta profundidad sobre el manantial y hasta donde podíamos apreciar ya no burbujeaba. Sólo se percibía en la superficie una serie de círculos concéntricos que se alejaban hacia el límite de la laguna.

Papá bajó por el declive con un balde y lo trajo lleno hasta el borde. Bebimos el agua bien, bien fría y Mamá hizo una compresa para colocar en la cabeza de Timmy.

Timmy tiritaba, pero no se despertó. No fue sino hasta la tarde, cuando

acomodados en el entrepiso del granero pudimos improvisar una merienda, que nos dimos cuenta de lo que había sucedido.

—¡Tenemos agua! —gritó Papá repentinamente—. ¡Los arroyos en el desierto!

—Es un pozo artesiano, ¿verdad? —le pregunté—. Como en Las Lomitas. ¿Saldrá fluyendo de aquí hacia el exterior?

—Eso parece —dijo Papá—. Mañana cabalgaré hasta Tolliver's Wells y le diré a la gente de allá que tenemos agua. Parece un buen pozo. ¡Y a ellos no les debe quedar nada de agua!

—¿Entonces no tendremos que mudarnos? —pregunté.

—No mientras tengamos agua —dijo Papá—. Me gustaría saber si durará el tiempo suficiente como para cultivar una pequeña huerta...

Me volví con rapidez porque Timmy se estaba moviendo. Sus manos exploraban los vendajes con cautela.

—Timmy —le transmití tomándolo de la muñeca—. Todo está bien, Timmy. Sólo que tu cara y tus hombros volvieron a quedar en carne viva. Tuvimos que vendarte otra vez.

—El... el agua... —su voz era apenas audible.

—¡Está por todas partes! —exclamé—. ¡Arrancó la casa de sus cimientos y tendrías que ver la laguna! ¡Y los arroyos! ¡Y está fría!

—Tengo sed —dijo Timmy—. Quiero un poco de agua, por favor.

Vació una taza de agua y sus labios se curvaron hacia arriba dibujando el fantasma de una sonrisa. —¡Las aguas irrumpirán!

—¡Cantidades de agua! —reí—. Pero, ¿cuál fue tu participación en esto, después de todo? —agregué con un suspiro.

Mamá y Papá estaban ahora sentados junto a nosotros, en el piso.

—Tenía que levantar la tierra —dijo tocando mi muñeca—. La estuve removiendo y levantando durante toda la noche. Era muy difícil lograr que el material que iba quedando suelto no volviera a caer adentro del agujero. Me senté en el porche y empecé a levantar la tierra hasta que apareció la roca viva. —Suspiró y se quedó en silencio durante un minuto—. No tenía la certeza de poseer suficiente fuerza. La roca estaba parti-



da y yo podía sentir el empuje del agua desde abajo, fuerte, muy fuerte y poderosa. Tenía que romper la roca lo suficiente como para que el agua comenzara a surgir luego de atravesarla. ¡Y no quería romperse! Invoqué nuevamente al Poder y traté y traté. Por fin se soltó un pedazo y salió volando. La fuerza del agua... era como... como... una explosión. Ya no me quedaban fuerzas. Me desmayé.

—¡Sacaste todo eso cavando, tú solo! —Papá tomó una de las manos de Timmy y miró la palma despellejada.

—No siempre tenemos que tocar para levantar y romper —dijo Timmy—. Pero hacerlo del otro modo durante mucho tiempo es duro y requiere mucha fuerza. —Su cabeza se inclinó denotando debilidad.

—Gracias, Timothy —dijo Papá—. Gracias por el pozo.

Esa fue la razón por la cual no nos mudamos. Esa es la razón por la cual Promise Pond, la laguna providencial, está aquí para asegurar la fertilidad del rancho. Esa es la razón por la cual el Fool's Acres Ranch pasó a ser Full Acres.<sup>3</sup> Esa es la razón por la que Cahilla Creek le plantea un desafío idiomático a todos aquellos que intentan traducirlo al español. Ni siquiera Papá sabe el motivo por el cual Timmy y yo denominamos Cahilla al arroyo. La laguna casi se había tragado la cajita antes de que la recordáramos.

3 Full Acres Ranch: Rancho de la abundancia (N. de la T.)

Ese es el motivo por el cual el camino que atraviesa Desolation Valley lleva a nuestro rancho, al agua más fresca de todo el Territorio. También es ése el motivo por el cual construimos nuestra casa nueva y grande entre los negros y jóvenes nogales que bordean la laguna, junto a los sauces. Esa es la razón por la cual en el antepecho de la ventana hay geranios tan altos como una pared. También es la razón por la cual nuestro huerto ha empezado a permitir que todo el efectivo que rinde la cosecha nos quede limpio. Y también es la razón por la cual una carreta que venía del extremo más alejado de Desolation Valley acampó en los prados junto a la colina.

Bajamos a ver a la gente después de la cena para intercambiar noticias. Ahora los ojos de Timmy estaban abiertos, pero sólo veía luz; no en suficiente medida como para distinguir las figuras.

La señora de la carreta trataba de no mirar en dirección a Timmy porque las profundas cicatrices parecían impresionarle. Se limitaba a escuchar la conversación un poco sorprendida y por fin se animó a dirigirse a Mamá.

—¿Es su muchacho? —preguntó.

—Sí —dijo Mamá—. Es nuestro muchacho. Pero no de nacimiento.

—Ah —dijo la mujer—. Creí que hablaba algún idioma extranjero. —Su voz sonaba crítica—. Estos extranjeros parecen estar invadiéndonos. Como aquella chiquilla insolente de Margin.

—¿Cómo? —Mamá sacó a Merry

de abajo de la carreta pescándola del moño del vestidito.

—Sí —dijo la mujer—. Ellos también hablaban como extranjeros, aunque sin abundar en palabras. ¡Oh sí, son muy astutos estos extranjeros! La tía de la chiquilla dice que ella estuvo enferma y que eso la obligó a aprender a hablar todo de nuevo y que por eso pronunciaba de esa manera extraña. —La mujer se inclinó



hacia Mamá y le habló en voz baja, confidencialmente—. Pero yo escuché por ahí que pasa algo raro con esa muchacha. No creo que sea verdaderamente la sobrina de esa mujer. Pienso que es verdaderamente extranjera.

Mamá no estaba impresionada en absoluto por lo que decía la mujer y hasta parecía un poco aburrida.

—Dicen que hace cosas muy raras y Dios sabe que tiene un nombre muy raro. ¡Y yo me pregunto! ¿No es esa la forma en que esos extranjeros se van metiendo entre nosotros...?

—¿Y sus parientes de dónde vienen? —preguntó Mamá, molesta con el tono que la mujer usaba para decir "extranjeros".

La mujer se sonrojó. —¡Yo soy nacida en el país! —dijo agitando la cabeza—. Ya lo eran mis padres... No seremos descendientes de ingleses... —Se mordió los labios—. Abigale Johnson es un nombre respetable y dista mucho de Marnie Lytha Algo Así u Otra Cosa!

—¡Lytha! —Escuché el grito sin palabras de Timmy. ¿Lyhta? Timmy se precipitó tambaleando sobre la mujer, sus pies inseguros por primera vez. La mujer se protegió con la mano y lo apartó disgustada.

—¡Ten cuidado! —chilló con voz aguda—. ¡Mira por dónde vas!

—Es ciego —dijo Mamá suavemente.

—Oh —dijo la mujer volviéndose a poner colorada—. Oh, bueno...

—¿Usted dice que conoció a una chica llamada Lytha? —preguntó Timmy desmayadamente.

—Bien, nunca tuve mucho que ver

con ella —dijo la mujer, insegura de su situación, titubeante—. La vi una o dos veces...

Los dedos de Timmy le buscaron la muñeca y ella se apartó con un movimiento violento, como si se hubiera quemado. —Lo siento —dijo Timmy—. ¿Me puede decir de dónde viene?

—De Margin —dijo la mujer.

Las manos de Timmy temblaron un poco cuando se volvió. —Gracias —dijo.

—Bueno, eres bienvenido, creo —dijo la mujer con un chasquido. Se volvió hacia Mamá quien estaba mirando detrás nuestro, extrañada—. Ahora todos los nuevos vestidos vienen con...

—No pude ver nada —murmuró Timmy a medida que nos alejábamos atravesando el pasto verde del prado y los sauces del huerto—. No permitió que la tocara. ¿A qué distancia está Margin?

—A dos días de camino, atravesando Desolation Valley —le dije, balbuceando excitado—. Es una ciudad minera.

—¡Dos días! —Timmy se detuvo tomándose de un arbolito—. ¡Solo a dos días durante todo este tiempo!

—Puede no ser tu Lyhta —le advertí—. Podría ser uno de los nuestros. ¡Yo he oído cada nombre extraño! A los pioneros les encanta embrollar el sentido de los nombres de las personas.

—La llamaré —dijo Timmy—. La llamaré y cuando ella conteste...

—Si te logra escuchar —le dije sabiendo que su llamado no sería todo



lo poderoso que él imaginaba y que tal vez no se diera cuenta de la distancia exacta que nos separaba de Margin—. Quizás ella piense que todos están muertos, como piensas tú.

Quizás ella ni siquiera piense en escuchar.

—Ella debe pensar a menudo en el Hogar —dijo Timmy con energía—. Y en cuanto lo haga, me oirá. Empezaré ahora mismo. —Hilvanó el camino entre los sauces y nogales que bordeaban la laguna como si pudiera verlos.

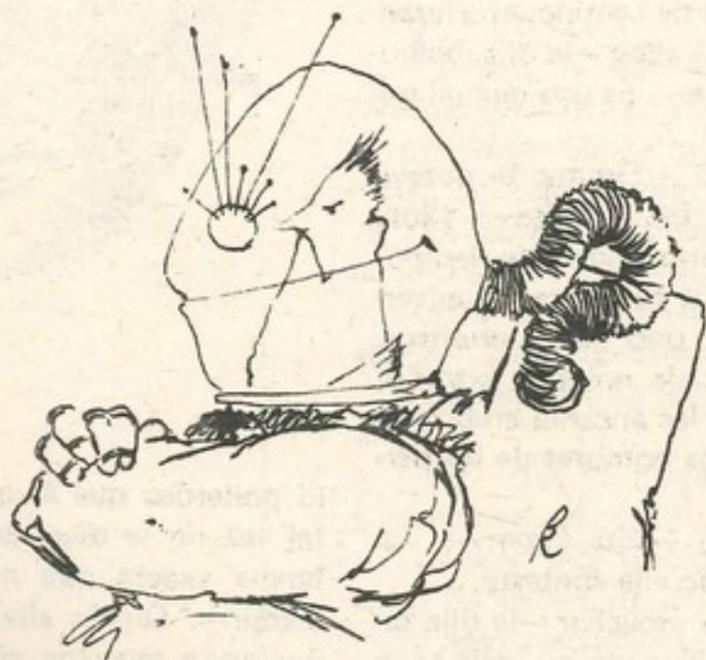
Lo seguí con la mirada y suspiró. Quería que fuera feliz y si esa felicidad proviniera de un reencuentro con Lytha deseaba que pronto estuvieran juntos otra vez. Pero, si él llamaba y llamaba una y otra vez y no obtenía ninguna respuesta...

Me fui a sentar sobre una roca cerca de la laguna, pensando en el pequeño lago que estábamos proyectando; un lago que tendría peces y quizás hasta un bote.

Chapoteé con mi mano dentro del agua fría y pensé que todo aquello era polvo antes de que Timmy llegara. El había sido suficientemente pertinaz como para lograr que las corrientes se abrieran paso hasta la superficie.

—Si Timmy llama —le dije a un pajarito que se balanceaba sobre una rama al borde del agua—, ¡alguien contestará!

Título original en inglés  
Troubling of the water  
(c) 1966 Mercury Press Inc.  
Traducción de A. Graciela Parini



**LIGA ARGENTINA DE AJEDREZ  
POR CORRESPONDENCIA (LADAC)**

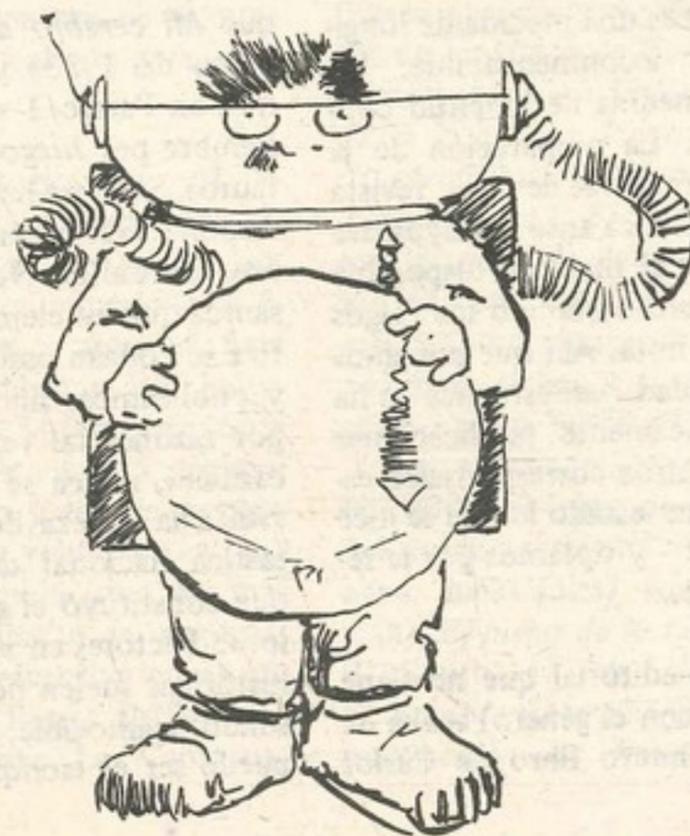
Torneos postales, matches internacionales, torneos temáticos — Revista trimestral informativa y técnica — Informes por correspondencia

TERRERO 1015

(1406) Capital Federal

**NO DUDE EN PONERSE EN CONTACTO CON  
EL CIRCULO ARGENTINO DE CIENCIA FIC-  
CION Y FANTASIA (CACyF) Y PREGUNTAR  
SOBRE LAS ACTIVIDADES QUE DESARROLLA**

C.C. 7 — 1453 Sucursal 53 — Buenos Aires



## UN PARSEC DE INFORMACION

### Libros

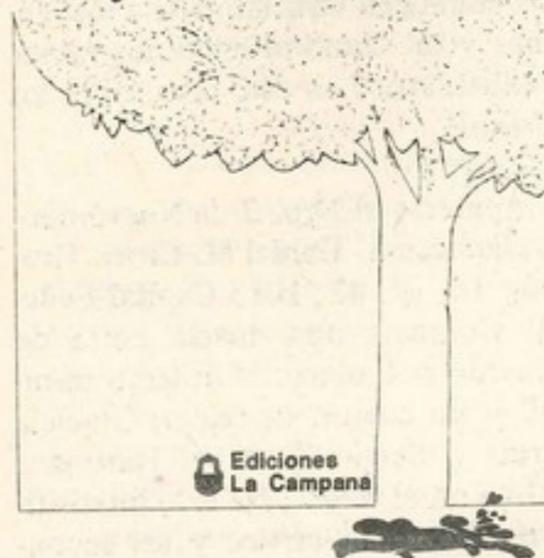
Un parsec es una medida de longitud espacial inconmensurable. Un mes es una medida de longitud temporal exigua. La preparación de la sección informativa de una revista mensual nos coloca ante la disyuntiva de *amarretear* el material disponible o variar número a número los rasgos faciales de la nota. Así que ponemos cara a la realidad —en este mes no ha habido prácticamente publicaciones locales y nuestros corresponsales españoles no han estado lo que se dice *comunicativos*— y optamos por la segunda variante.

Riesa (una editorial que no tiene nada que ver con el género) acaba de presentar un nuevo libro de Carlos

Gardini. *Sinfonía cero* es el tercer libro del autor en un año (recordemos que *Mi cerebro animal* apareció en mayo de 1983) y como anunciáramos en Parsec/1 será seguido en septiembre por *Juegos malabares* (Minotauro). Siempre hay algo que nos predispone favorablemente hacia los libros de Carlos. No sólo porque pensamos que los elementos de su narrativa se codean con lo que escribimos y publicamos, sino también porque por razones tal vez causales (tal vez casuales, nunca se sabe con certeza) está, a la cabeza de la literatura fantástica nacional desde ese impacto que constituyó el galardón del Círculo de Lectores en 1982. Los períodos históricos suelen necesitar de un hito sólido, inamovible. Y ese premio bien puede ser el trompetazo del heraldo

Angélica Gorodischer

### Mala Noche y Parir Hembra



que anuncia el comienzo de un ciclo positivo para la ciencia ficción y la fantasía en la Argentina. Ni siquiera necesitamos hacer balance para comprobarlo.

Con *Kalpa Imperial*, libro II: El imperio más vasto, se cierra por ahora el ciclo de relatos de Angélica Gorodischer sobre ese imperio que es todos los imperios y ninguno. Este segundo libro publicado por Minotauro (el quinto de la serie argentina) contiene seis relatos y 185 páginas, es decir un relato y treinta páginas más que el primer volumen. La tapa es de Oscar Chichoni (una vez más notable). Y a propósito de la autora, omitimos hacer referencia en el número anterior de Parsec al libro que publicara Ediciones La Campana:

*Mala noche y parir hembra*. Si bien el número de cuentos clasificables como cf o fantasía entre los doce que componen el volumen es mínimo (quizá “De como cinco aventureros...”, “La perfecta casada” y algún otro —con buena voluntad y fina distinción— Angélica es la clase de escritor sobre la que siempre que publique tendremos algo que decir... aunque lo que publique sean recetas de cocina o pronósticos turfísticos. ...Y cuando no publica también, porque Angélica se fue a los Estados Unidos (invitada, ojo) a dictar conferencias, a desasnar un poco a los yanquis sobre temas exóticos como literatura argentina y todo eso. Nos mandó una postal y en ella dice que se la pasa hablando de nosotros. Como para no sentirnos halagados...

Volvemos a Minotauro para confirmar que aparecieron las reediciones de los libros de Italo Calvino que anunciáramos en Parsec/1. *Las ciudades invisibles*, *Tiempo cero* y *Las cosmicómicas* se presentaron en el transcurso de la Feria del Libro 1984 con la presencia del autor. Las tapas son de Oscar Chichoni y ya no queda casi nada por decir sobre este ilustrador, uno de los talentos más firmes aparecidos en los últimos años.

Los próximos libros que anuncia esta editorial (algunos de ellos agotados desde hace muchos años y todas obras ineludibles) son *Ciudad* (Simak), *El juego de la rata y el dragón* (C. Smith), *El árbol de las brujas* y *El hombre ilustrado* (Bradbury), *La intersección de Einstein* (Delany),

*Solaris* (Lem) y para dentro de algunos meses *El mundo subterráneo* (Fowler Wright), *El hombre en el castillo* (Dick), *La mano izquierda de la oscuridad* (LeGuin) y *La república de los sabios* (Schmidt).

Por otra parte hemos sabido (infiuencias que le dicen) que es muy probable que los libros que está editando Minotauro en España en tapa dura (*Los desposeídos*, *Rascacielos*) y blanda (*Invernáculo*, *La pasión de la nueva Eva*, *Un verano infinito*) aparezcan en ediciones locales, tapa blanda y cubiertas de los mismos artistas que están produciendo las de las reediciones.



#### Revistas y fanzines

Una serie de problemas técnicos

ha impedido que tengamos un ejemplar de Minotauro Nro. 6 a tiempo para reseñarlo en este Parsec. Tampoco hay noticias de Nueva Dimensión Nro. 149. Esas dos razones de peso nos conducen directamente a los fanzines y tal como prometimos vamos a extendernos en este caso sobre los mismos.

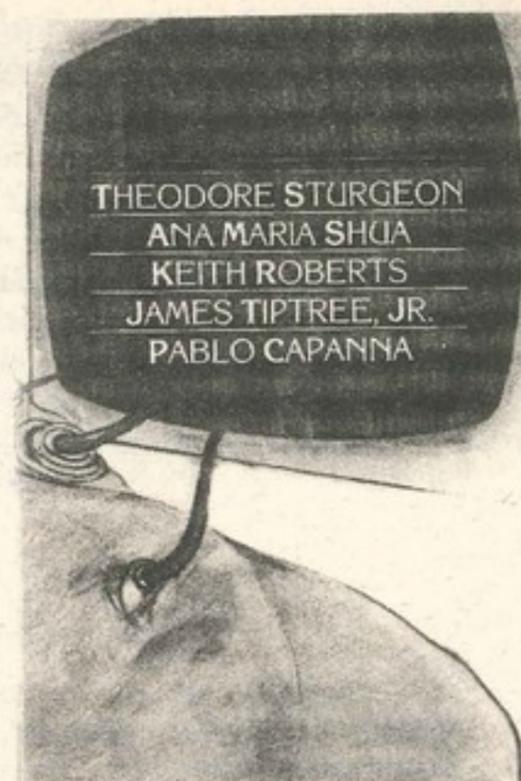
Apareció el Nro. 3 de Nuevomundo. Dirección: Daniel M. Croci. Uruguay 16, of. 43; 1015 Capital Federal. Contiene una novela corta de Eduardo J. Carletti: "Un largo camino" y un cuento de (ejem) Graciela Parini y Sergio Gaut vel Hartman: "El amor, el valor". Ha sido intensificado el aspecto crítico y así encontramos muchas más páginas dedicadas al comentario de libros y revistas y artículos referidos a "La fantasía y la ciencia ficción en nuestro continente", al fanzine Kadath (del que se extrae el relato "Pornografía" de Gerardo D. López), a una "Cronología de la ciencia ficción en la Argentina" y a una polémica generada por el director a partir del Editorial del Nro. 2 que se manifiesta en una serie de cartas agudas (algunas de ellas probablemente firmadas con seudónimos).

Cuásar sufrió una demora en la aparición de su Nro. 2 (anunciada para abril), pero debíamos referencias concretas al Nro. 1. Dirección: Luis M. Pestarini y Mónica Nicastro. Canning 2069, 11 "F", 1425 Capital Federal. Contiene relatos de Angélica Gorodischer ("A las cinco en punto,

Milady, se sirve el té"), Juan Carlos Prieto Cané ("Los caprichos de Orión"), Tarik Carson ("El pez que espera"), Litto Imwinkelried ("Gloria y confrontación"), Raúl Alzogaray ("Clan de clones"), Eduardo J. Carletti ("Cuestión de escala") y Frederik Pohl ("Algo de alegría bajo las estrellas"). Se completa el número con notas sobre libros, fanzines y películas, una entrevista a Pohl, una nota sobre Pohl por Norma Dangla, la bibliografía del escritor norteamericano y un artículo de Mónica Nicastro sobre el *comic*.

Cuando Parsec/2 esté en la calle ya habrá aparecido Clepsidra Nro. 2. Este fanzine de rasgos muy particulares (une la filosofía y la fantasía y a veces hasta da cabida a la ciencia ficción) está dirigido por Alejandro Schwerdel. Av. Juan B. Justo 3167, 1414 Capital Federal. El Nro. 1 contiene relatos de Ryunosuke Akutagawa ("El biombo del infierno"), Cecilia Polisena ("Estación"), A. Graciela Parini y Sergio Gaut vel Hartman ("La logia del jardín") y notas y artículos de Fernando Savater, Sergio Gaut vel Hartman, Raúl D'Antonio (discusiones con Elvira Puzzó y Miguel Doreau en torno a Almarmira), Luis Benítez, Marcelo Pachecho, Glamo Fuyrods y una entrevista de Josep Sarret a Eugenio Trías.

La Feria del Libro 1984, celebrada entre el 6 y el 23 de abril en Buenos Aires permitió comprobar que fuera de la presencia concreta y específica de libros de ciencia ficción en el



*stand* de Minotauro y la visita de un escritor que sólo se puede considerar como "perteneciente al género" haciendo en enorme esfuerzo de la voluntad (hablamos de Italo Calvino y esto no significa menosprecio hacia su obra) seguimos siendo un pariente pobre o peor aún, un opa que avergüenza y al que hay que esconder en el altillo...

Así que no tuvimos más remedio que corretear entre los estantes de las editoriales (infructuosamente) y detenernos ante las representaciones de los países invitados. Abrigamos ciertas esperanzas de que España, Chile o la Unión Soviética presentaran algún libro nuevo, algún libro desconocido. Pero no. Una larga serie de repeticiones, de material que ya vimos en librerías y (en el caso de Mir de Moscú

que en el pasado nos proporcionara más de una obra de interés) lo que ya vimos en la Feria del año pasado... o del anterior.

La única excepción fue Cuba. Conseguimos un libro de Angel Arango (el escritor cubano de cf más conocido fuera de su país) llamado *El arco iris del moho* y una antología muy curiosa: *Misterio y galaxia*, compuesta por trabajos de ciencia ficción (José Eduardo Barredo, Lem, Bilenkin y Diana Chaviano), ciencia ficción policíaca (Asimov, Galouye, Julián Péres y Bradbury) y policíaco (Simenon, Agatha Christie, Chandler y Juan Carlos Reloba). El primero de los libros citados es una edición de Letras Cubanas, colección Radar y el segundo de Gente Nueva. Esperamos tomar contacto con los editores y ampliar nuestro conocimiento de la ciencia ficción que se publica en ese rincón de latinoamérica.

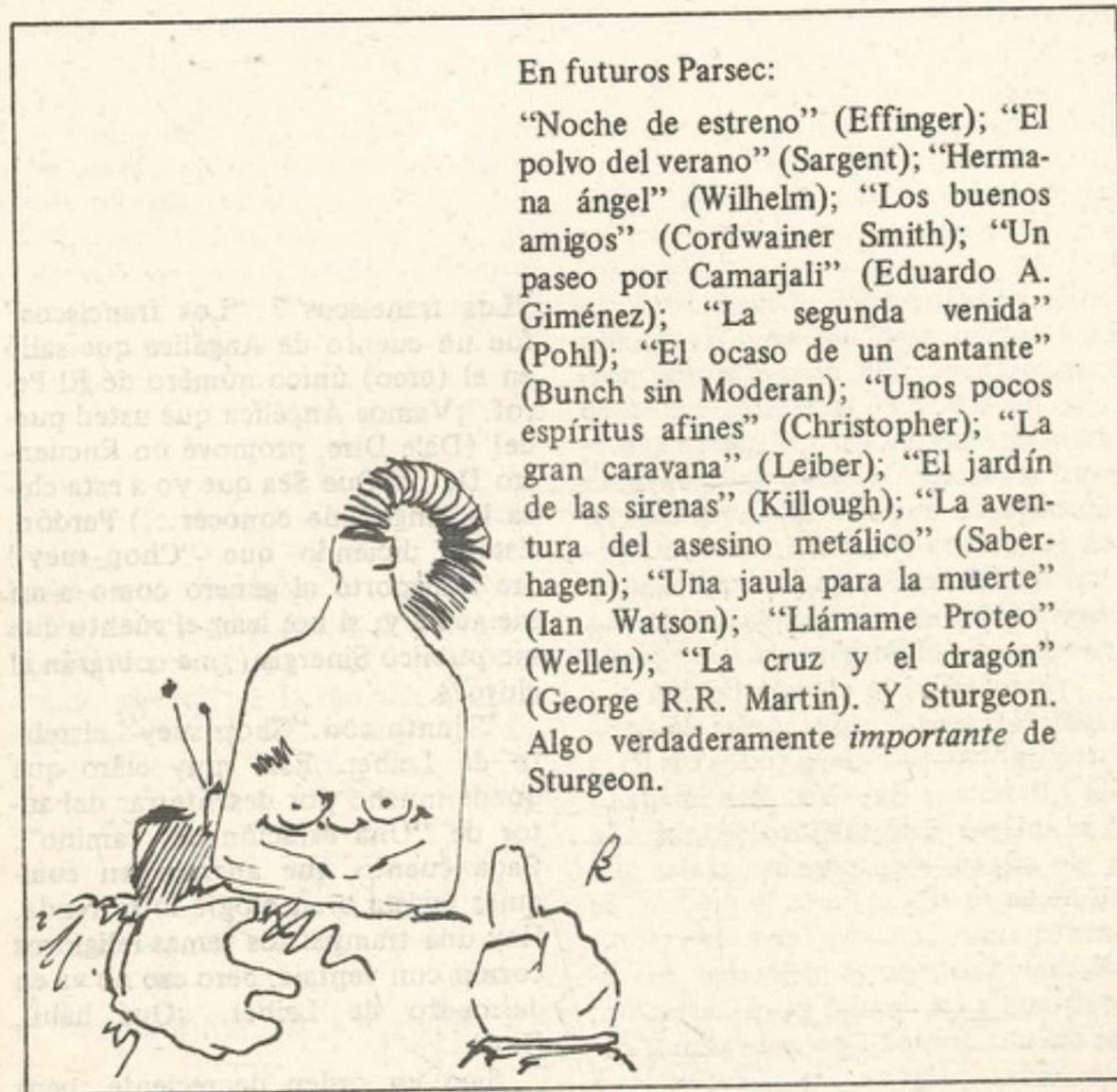
El otro evento al que vamos a hacer referencia está patrocinado por el Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía (CACyF). Se trata de la reunión realizada el 28 de abril de 1984 en la que se exhibieron los cinco films que compitieron por el premio Más Allá. Se trata de trabajos realizados por aficionados en color y super 8 que tienen la particularidad de basarse en relatos de ciencia ficción de autores importantes o en guiones originales de quienes han incursionado en el género de uno u otro modo. Los films exhibidos fueron "Regreso" y "Las cosas que no existen", guión y dirección de Clau-



dio Bollini y "El peatón" (basado en Bradbury), "Mi objetivo sublime" (basado en Anderson) y "El hombre imposible" (basado en Ballard), los tres con guión y dirección de Juan A. Bucich. Al margen de la calidad de las películas (calidad que no vamos a analizar aquí) fue una experiencia altamente estimulante asistir a la proyección de trabajos realizados por argentinos, a contracorriente de la escasez de medios y de la imposibilidad de recuperación del dinero que se in-

vierte en estas experiencias. Desde Parsec no podemos menos que alentar a estos y otros realizadores que se embarcan (y se embarcarán) en aventuras similares. Tal vez en un futuro próximo podamos hablar en estas mismas páginas de un largometraje de ciencia ficción producido por el cine independiente nacional.

Pedidos de informes y asociación al CACyF: Casilla de Correo 7, 1453 Suc. 53, Buenos Aires, Argentina.



En futuros Parsec:

"Noche de estreno" (Effinger); "El polvo del verano" (Sargent); "Hermana ángel" (Wilhelm); "Los buenos amigos" (Cordwainer Smith); "Un paseo por Camarjali" (Eduardo A. Giménez); "La segunda venida" (Pohl); "El ocaso de un cantante" (Bunch sin Moderan); "Unos pocos espíritus afines" (Christopher); "La gran caravana" (Leiber); "El jardín de las sirenas" (Killough); "La aventura del asesino metálico" (Saberhagen); "Una jaula para la muerte" (Ian Watson); "Llámame Proteo" (Wellen); "La cruz y el dragón" (George R.R. Martin). Y Sturgeon. Algo verdaderamente *importante* de Sturgeon.

Estimado Director:

Imagino que me veo favorecido por mi condición de suscriptor porque he recibido la revista antes de verla en los kioscos. Así que me apresuro a escribirle presionado por la fantasía de que mi carta se publique en el número dos. (Ultimamente, gracias a Marcial Souto, me asalta muy seguido la idea de que mis cartas siempre se publican).

¡Bienvenida la ciencia ficción clásica! No tengo nada contra la otra, pero uno, que no tiene todos los años que tiene por tenerlos, algo chapado a la antigua y nostálgico de Más Allá y de ciertas aventuras espaciales que lo hicieron vibrar hasta la médula, se siente como "en casa" con esta Gorodischer (las damas primero) reconquistada para la más pura narración, el cuento contado para deleitar y nada más. ¿Alguno de ustedes leyó

"Los franciscos"? "Los franciscos" fue un cuento de Angélica que salió en el (creo) único número de El Perof. ¡Vamos Angélica que usted puede! (Dale Dire, promové un Encuentro De Lo Que Sea que yo a esta chica la tengo que conocer...) Perdón. Estaba diciendo que "Chop-suey" me transportó al género como a mí me gusta y, si no, lean el cuento que me publicó Sinergia (¿me cobrarán el chivo?).

Y junto con "Chop-suey" el relato de Leiber. Está muy claro que queda mucho por desenterrar del autor de "Una estación del camino". Cada cuento que aparece en cualquier revista o antología lo refrenda. Hay una trampa: los temas religiosos corren con ventaja, pero eso no va en desmedro de Leiber. ¡Qué hábil, Dios!

Sigo en orden decreciente, pero

todavía en el cuadro de honor el "desconocido" Hubert. Buena la idea de publicar material francés. Un poco confuso, pero intensamente climático. Menos efectivo resulta el relato de Sheckley, tal vez porque no puedo evitar relacionarlo con esa vertiente satírica que cimentó su fama. Si no fuera de Sheckley lo habría elogiado hasta pelar la lapicera (la gata Flora en tinta)...

Admito que Disch, Wolfe y Zelazny fueron "nombres" de relleno. Se nota en "Fiebre de coleccionista", especialmente flojo. El de Wolfe es simpático y nada más. El balance es positivo y el rincón pobre de la revista no pasa del 10 por ciento.

Demasiado largo Un parsec de información. ¿Será que ya leí muchos de los libros y fanzines?

¡Bravo por la iniciativa! Creí que no viviría para ver dos (subrayen dos, subrayenlo dos veces) revistas de cf en la Argentina.

¡Suerte, mucha suerte!

*Saúl Finger*

Amigos de Parsec:

Hace dos días recibí el primer número de su revista y me la devoré, así como suena, me la devoré. Después de haberme suscripto, no guardé mu-

chas expectativas y esperaba encontrarme con otro fanzine. Cuando abrí el sobre, ¡no lo podía creer!: TAPA A TODO COLOR, ¡se jugaron! A partir de allí, en el tiempo que me deja mi laburo que, lo digo con orgullo, es de cuatro horas diarias, me senté a leer con más entusiasmo y, ahora sí, expectativas.

La gráfica me pareció agradable, no molesta, es decir: acompaña bien la lectura, y no copia a otras revistas; hubo uno o dos dibujitos que me divertieron mucho.

Lo mejor: el cuento de Angélica Gorodischer, me parecía estarlo viendo. Lo peor: lo de Zelazny, el final se ve venir desde el primer párrafo, realmente me pareció muy malo y muy lejos de "Halfjack" de Parsec Antología Nro. 1. El relato de Hubert voy a tener que leerlo de nuevo, me apasionó su lectura y es como si el final hubiese llegado de improviso; me dejó con la impresión que dejan los magos: siempre hay algo que nos salteamos por apurados y simplistas.

La información viene bien, hay algunos textos que desconocía y que voy a tratar de comprar urgentemente.

Les deseo la mejor de las fortunas y ya estoy impaciente por que me llegue el número 2. Hasta pronto.

*Eduardo Defilippi*

Correspondencia a PARSEC REVISTA, Av. Juan B. Justo 3167,  
(1414) Capital Federal

**TITULOS PUBLICADOS POR EDICIONES FILOFALSIA:**

**FILOFALSIA OTOÑO 1983**, cuentos y ensayos de varios autores.

**FILOFALSIA PRIMAVERA 1983**, cuentos y ensayos de varios autores.

**CLEPSIDRA**, revista cuatrimestral nacida en enero de 1984 con cuentos y ensayos referidos a la fantasía, la ciencia ficción y la filosofía.

**PARSEC - CIENCIA FICCION - ANTOLOGIA Nro. 1**, con cuentos inéditos en español de Disch, Aldiss, Zelazny, Tiptree Jr., Malzberg y Budrys.

**PARSEC - CIENCIA FICCION - REVISTA**, aparece mensualmente con informaciones y cuentos inéditos en español, nacida en junio de 1984.

**Serie de La Bruju trampa:**

**ALGUNA MEMORIA**, (segunda edición, 1983) de Raúl Gustavo Aguirre.

**EL PENULTIMO CANTO DE LOS PAJAROS**, de Daniel Joanen.

**EL SUEÑO EN QUE VIVIMOS**, de Osvaldo Elliff.

**LOS MUNDOS QUE TE HABITAN**, de Osvaldo Elliff. (En prensa)

**Libros referidos a la Ronda de Almarmira:**

**REENCUENTRO EN ALMARMIRA**, grupo de cuatro libros supervisados por Daniel Rubén Mourelle, con los siguientes títulos:

EN LOS OJOS

EN EL UMBRAL

EN LA TRAMA DE FUEGO, 1: Las Visiones

EN LA TRAMA DE FUEGO, 2: El Inicio

**ALMARMIRA**, novela de Miguel Doreau. (En prensa)

**DIALOGOS INTERRUMPIDOS**, supervisados por Elvira Puzó y Raúl D'Antonio. (En prensa)

**DZANA**, supervisado por el Consejo Superior de Investigaciones Arturas y Daniel Rubén Mourelle. (En prensa)

**PRIMERAS INVESTIGACIONES ARTURAS**, edición no comercial en cassette de Los Cómplices. (Agotado)

Para informes sobre suscripciones y/o envíos, dirigirse al **TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES**, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Buenos Aires, República Argentina. Teléfonos: 855-3472 y 854-9982.

**CONTENIDO:**

EDITORIAL .....	2
Robert F. Young EL ABISMO DE TARTARO .....	3
Alfred Bester HASTA EL ULTIMO ALIENTO .....	18
Harlan Ellison EL CHIVO EXPIATORIO .....	24
Tarik Carson LA GARRA PARPETUA .....	28
Zenna Henderson LAS PENURIAS POR EL AGUA .....	50
UN PARSEC DE INFORMACION .....	88
LA NAVE CORREO .....	94



Ediciones Filofalsía, Buenos Aires, República Argentina